

EL

GRIAL CÁTARO

Cristina Durán

David Barreras

de



Lectulandia

Novela breve, *thriller* cuya trama principal transcurre en el año 2014 pero que, al mismo tiempo, tiene un trasfondo histórico: un relato paralelo ambientado en la Edad Media. Dos arqueólogos, Javier Claramunt y Mario Tejedor, descubren casualmente un pergamino medieval que narra la crónica de un enigmático personaje, Pedro de Pertusa, caballero cuya vida parece ligada a una importante reliquia de la cristiandad. A raíz de los hallazgos de los dos colegas alguien trata de evitar que puedan hacerse públicos, motivo por el cual comienzan a verse rodeados de misteriosos asesinatos.

Octubre de 2014. Un guardia de seguridad aparece brutalmente degollado en el yacimiento arqueológico localizado en el lugar donde se desarrolló la batalla de El Puig en el siglo XIII, al tiempo que el asesino daña una de las antiguas piezas del lugar, una losa de piedra que contiene un texto medieval grabado, todavía no descifrado en su totalidad. Poco después, el director de la excavación, Javier Claramunt, y otro colega, Mario Tejedor, se verán envueltos en misteriosos acontecimientos relacionados con este crimen y con un enigmático y casual hallazgo: un pergamino medieval que parece revelar un secreto relacionado con una reliquia cristiana. La novela intercala la narración de los intrigantes acontecimientos protagonizados por el caballero Pedro de Pertusa, a modo de crónica medieval, con la investigación que a un ritmo trepidante los dos arqueólogos realizan en el presente en varias ciudades de Europa, de forma que en un recorrido por España, Turquía e Italia irán recopilando lo que parecen ser las diferentes piezas de una especie de *puzzle*. Esta búsqueda les acabará conduciendo hacia la verdad que encierra el pergamino...

Lectulandia

Cristina Durán & David Barreras

El grial cátaru

ePub r1.0
Titivillus 17.12.17

Título original: *El gríal cátaró*
Cristina Durán & David Barreras, 2014
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

A José Luis Ibáñez Salas, director editorial de Punto de Vista Editores, por confiar en nuestros proyectos de Historia y también por brindarnos ahora la oportunidad de que nuestra primera novela pueda ver la luz.

A Alejandro Noguera Borel, director del Museo L'Iber, centro aglutinador de la cultura literaria valenciana, por su inestimable ayuda con el latín.

A Blanca Agut Gago, guía del Real Monasterio de El Puig de Santa María, por mostrarnos todos los secretos que encierra este emblemático edificio religioso en el que trabaja y permitirnos con ello trazar el principal hilo conductor de esta obra.

PREFACIO

El Grial cátaro es una novela. Una novela en la que la trama principal se desarrolla en la época actual y entre la cual se entreteje una historia paralela ambientada en el Medievo. No busque el lector en esta obra poder desvelar los secretos de la herejía cátara que hasta ahora aún no han revelado los historiadores, tampoco persiga hallar toda la verdad sobre el Santo Grial o alcanzar un conocimiento arcano en relación con la temática ocultista que puede sugerirnos su título. Precisamente por ser una novela, a la cual podríamos calificar como novela histórica, en este libro conviven personajes históricos y de ficción, así como se suceden hechos que realmente tuvieron lugar en tiempos pretéritos, junto con relatos ficticios, pero a pesar de que nuestro relato es de ficción, no por ello hemos dejado de ser lo más fieles posible a la realidad, y por eso la mayor parte de las descripciones de los lugares citados en nuestra obra, así como los datos aportados en la misma, son verídicos. No obstante, en ciertas ocasiones el hilo de la narración nos ha exigido algún que otro cambio en relación con estos lugares y datos que puede llegar a distorsionar, aunque solamente sea de manera muy leve, la realidad, histórica y del presente, pero deseamos hacer hincapié en que ello tiene en esta obra carácter excepcional.

Por lo mencionado en el anterior párrafo, cierto es que el lector puede con esta novela conocer cómo se desarrolló la batalla de las Navas de Tolosa, qué fue la herejía catara, qué ocurrió durante la Cruzada albigense o cómo es posible que la inexpugnable Constantinopla cayera tras ser sometida a un breve asedio. Pero, sin embargo, el objetivo principal de este libro no es enseñar historia, sino que, básicamente, como cualquier otra novela, pretende simple y llanamente entretener al lector.

Hemos considerado que es preciso destacar antes de iniciar la lectura de esta obra que todos los personajes de la familia Pertusa que aparecen en la misma son ficticios, excepto el caballero Juan de Pertusa, que combatió junto al rey de Aragón, Jaime I, durante la conquista de Valencia, personaje histórico que sirvió para inspirarnos a la hora de crear esta familia de mesnaderos de los monarcas aragoneses a lo largo de la Baja Edad Media. Debido a ello, todos y cada uno de los hechos relacionados con los miembros del clan Pertusa que aparecen en la novela son mera ficción y carecen de cualquier tipo de base histórica.

Por otro lado, debemos comentar también que todas y cada una de las costumbres,

creencias, doctrina, rituales y ceremonial cátaros descritos en la obra son reales, del mismo modo que lo son el proceso judicial, las torturas, las penurias sufridas en prisión, las sentencias, las ejecuciones y las penitencias impuestas por la Inquisición que se incluyen en la narración, información que, en este caso concreto, se ha basado en el contenido recogido en documentos reales del siglo xv pertenecientes al Tribunal del Santo Oficio. No obstante, es preciso decir con respecto a la trama de la novela que transcurre en época actual que los hechos descritos en la misma en los que pueda existir algún tipo de relación con el estamento eclesiástico, a excepción hecha de la descripción propiamente dicha que existe en la obra en relación con la Fiesta Anual del Santo Cáliz, son mera invención.

EL GRIAL CÁTARO

Madrugada del miércoles 8 al jueves 9 de octubre de 2014

En la localidad de El Puig la noche se presenta oscura, a pesar de que hay luna llena, dado que el cielo se halla completamente cubierto de nubes. La madrugada es además fría, un húmedo viento de Levante provoca que cualquiera se quede congelado, la sensación térmica se sitúa incluso unos cuantos grados centígrados por debajo de la temperatura real, algo muy común en el litoral valenciano.

En las proximidades de las ruinas del castillo medieval del municipio, los primeros volúmenes de tierra de lo que es una excavación arqueológica aparecen amontonados en un recinto rudimentariamente vallado que acota la zona de trabajo donde se pretende desenterrar más pistas sobre lo que realmente ocurrió allí a mediados de agosto de 1237. En esta localización tuvo lugar un sangriento combate que enfrentó a dos ejércitos muy diferentes: las huestes de la Cruz contra los infieles musulmanes. El campo de batalla se llenó aquel día de cadáveres. Se trataba sobre todo de jinetes islámicos, el grueso de la caballería de la taifa de Valencia, que allí yacieron incluso con sus cabalgaduras.

Y otro muerto más se añadiría a los ya presentes. Éste tardaría en llegar, pero llegaría, concretamente setecientos setenta y siete años después. Y moriría exactamente en ese mismo lugar, aunque en pleno siglo XXI. Caería en la zanja, abierta por el equipo de arqueólogos del yacimiento, sin yelmo, cota de malla, ni espada. En su lugar una gorra, un uniforme, una porra y una pistola que de poco le servirían.

Un extraño en la noche viste un grueso abrigo claro. Se trata de un individuo de aproximadamente cincuenta años de edad, alto, de unos ciento ochenta y cinco centímetros, y de complexión robusta. Pasea sigilosamente por las afueras del pueblo, bien protegido del frío. ¿No lleva demasiada ropa si tenemos presente que estamos en octubre? Refresca, pero tampoco es como para ir cubierto hasta los tobillos. ¿Es un abrigo? No, más bien parece un manto o túnica, es más, casi podría afirmarse que se trata de una especie de hábito.

Mientras tanto, Félix se enciende un cigarrillo que acaba de liar.

—Me queda nada para acabar el turno —debe pensar—. Con lo ciego que voy paso de hacer otra ronda más, no me tengo en pie ¡Y me estoy meando! —Estas dos últimas frases las pronuncia en voz alta.

Es entonces cuando se quita hasta el cinturón, lo deja por ahí tirado y se marcha hacia un montículo de tierra, lugar que no le queda demasiado lejos. Menos mal, pues su estado de embriaguez no le permite caminar demasiado. En esos momentos comienza a orinar para dar salida a las cervezas que todavía no ha evacuado. Tiene la boca seca después de tanto porro de marihuana y, en el fondo, es normal que haya

bebido algo. En el estado en el que está no es de extrañar que no llegue a escuchar nada cuando alguien se le aproxima por la espalda y le corta la garganta con un afilado cuchillo. No obstante, antes de caer a la zanja ensangrentado y prácticamente sin vida este hombretón de más de cien kilos de peso aún tiene tiempo para aferrarse con fuerza a una de las mangas de la extraña indumentaria del asesino, la cual finalmente se desgarró y cae junto a Félix en su improvisada tumba. Un silencio sepulcral rodea la excavación y al municipio entero. Nadie ha reparado en lo que le ha pasado al desgraciado Félix ¡Era un buen día para dejar de fumar! Al menos podría haber evitado meterse en el cuerpo esos “cigarrillos de la risa” que hacen que uno no esté en lo que tiene que estar.

Dan las cuatro y media de la mañana.

Javier Claramunt se despierta entonces. Se trata de un personaje atípico, alguien extremadamente reservado, muy celoso por guardar para sí no sólo cuestiones relacionadas con su vida privada, sino que, además, también incluso habla muy poco acerca de su trabajo con los que le rodean. Básicamente es una persona que, en condiciones normales, realiza poco o ningún uso de la dialéctica, excepto cuando debe de hablar en público por cuestiones relacionadas con su profesión, menester en el que entonces demuestra ser extremadamente resuelto.

Pero sin duda, el aspecto que más caracteriza a Javier Claramunt es ser un hombre feliz. Eso es lo que piensa todo el mundo y como él mismo afirma sentirse. Feliz porque se dedica a lo que ha sido su pasión desde niño. Es arqueólogo y a sus cuarenta y dos años acaba de iniciar el que puede ser el proyecto de su vida, una excavación que está desenterrando más pistas sobre la conocida como batalla de El Puig, un enfrentamiento bélico medieval cuyo desenlace resultaría decisivo a la hora de despejar el camino hacia la capital del reino de Valencia para los ejércitos del rey de Aragón, Jaime I.

Javier dedica cuerpo y alma a la historia y la arqueología, tanto es así que es soltero y no tiene demasiadas relaciones personales, a excepción de las estrictamente laborales, aunque incluso en estos casos trata siempre de no establecer vínculos demasiado estrechos con sus colegas. Admira profundamente a aquellos con los que comparte profesión, pero no a todos, solamente a los que, a su entender, contribuyen de manera decisiva a reconstruir nuestro pasado. Para Javier hay demasiados historiadores que se aferran a verdades consideradas como absolutas, que no admiten discusión, y que no están en absoluto dispuestos a mancharse las manos para escudriñar más en nuestro pasado y tratar de dar respuesta a múltiples cuestiones que aún quedan en el aire sobre los tiempos pretéritos. Por todo ello, Javier prácticamente ignora a la mayoría de los mortales que le rodean, y casi podría afirmarse que no es capaz de apreciar el trabajo desarrollado por los demás. Podría decirse de él que vive encerrado en su propio mundo, todo un universo de piedra, metales corroídos, trozos de vasijas, restos humanos, mucha tierra y polvo, bibliotecas y también libros, muchos libros de historia y arqueología, con los que, en la mayoría de ocasiones, se

muestra no poco crítico. Y es que Javier, esbelto y apuesto, se halla inmerso cuasi constantemente en nuestro pasado, en un tiempo que le hace recordar no sólo los acontecimientos históricos fundamentales del Medievo, sino que también incluso le conduce a evocar escenas cotidianas que debieron formar parte de la vida más mundana de personajes anónimos, tales como bien pudiera ser un sencillito campesino, un simple fraile o un minucioso cantero. A Javier, además, le interesa más saber todo lo posible acerca de aquellos hombres y mujeres que llevan ya muchos siglos muertos que conocer, aunque sólo sea mínimamente, a la gente que le rodea e incluso le aprecia, y no sólo por su trabajo, sino por sus valores humanos, pues aunque sea en lo más profundo de su ser, Javier, como el resto de las personas, también los posee.

Javier Claramunt, todo un personaje que sería diagnosticado por cualquier psicólogo de padecer fobia social, se levanta siempre al alba. Acto seguido se asea con extremada rapidez, básicamente se lava la cara, mal peina su espeso pelo rubio y se viste en un santiamén, siempre de manera informal. Todos los días elige para ello ropa limpia pero, sin embargo, solamente puede lucirla el tiempo que transcurre entre que sale de casa y se toma el primer café, momento en el que, frecuentemente, ya se ha manchado con su frugal desayuno *express*, lamparón que no tarda en ser adornado con otros más cuando al poco comienza a manipular sucias muestras de la excavación.

El rostro de Javier Claramunt es bastante lampiño pero a medida que avanza la semana se va poblando de una especie de barba de adolescente que parece como si fuera comiéndose sus grandes ojos azules, y la cual, además, únicamente se afeita los viernes por la mañana, independientemente de que su agenda, de la que no puede separarse jamás, le indique que debe acudir a un acto importante o de que sepa de cualquier otro motivo que merezca del máximo decoro. En definitiva, cuida poco su imagen, siempre anda desaliñado, lo que a buen seguro le facilita las cosas para que tan sólo transcurridos unos diez minutos desde que se despierta parta ya en coche hacia su puesto de trabajo en la excavación, lugar al que es el primero en llegar de todos sus compañeros, incluso antes que los peones.

Hoy, 9 de octubre, salta de la cama todavía más temprano que de costumbre, ya que ni tan siquiera ha amanecido. Porque Javier es así, puro nervio. Es un día especial, es festivo en la Comunidad Valenciana, se conmemora el día en el que el rey Jaime I el Conquistador entró triunfal en la ciudad del Turia en 1238, poniendo fin a cinco siglos de predominio musulmán en esta urbe. Por ello nadie acudirá hoy a la excavación, están todos disfrutando del día de asueto. Aunque Javier, que este día se encuentra radiante como consecuencia de los actos que se conmemoran, sí que asiste al lugar, para realizar personalmente una criba entre las muestras de tierra extraída durante las jornadas anteriores. Hoy trabajará, sin ningún género de dudas, con suma tranquilidad. No tendrá que pelearse con nadie y nadie podrá fijarse en los típicos lamparones de su polo o su camiseta. Por el contrario, sí que podrá dedicar todo su tiempo a hacer lo que considere sin que constantemente alguien le interrumpa cada

vez que, sumamente concentrado, se haya conseguido meter de lleno en el siglo XIII, que es a lo que se dedica su mente con mayor frecuencia.

Así, mientras buena parte de los valencianos en unas horas estarán viendo por televisión o en vivo y en directo el descenso de la real *senyera* desde el balcón del ayuntamiento de Valencia, por la cabeza de Javier pasa constantemente la imagen del pendón real de Aragón, aquel que se conserva en el Museo Histórico Municipal de la capital, supuestamente el mismo que los musulmanes que rindieron la ciudad ante Jaime I el día 28 del mes de septiembre de 1238, víspera de la festividad de San Miguel, colgaron, una vez fijados los términos de la capitulación, en la conocida como torre de Barbacazar, punto de la muralla, actualmente inexistente, que hoy en día ocupa la llamada iglesia del Temple.

Y no sólo eso, sino que su imaginación es capaz incluso de llevarle hasta agosto de 1237, al mismo lugar en el que ahora está excavando, para ver cómo el tío de Jaime I, Bernardo Guillermo de Entenza, conducía a la guarnición del castillo de El Puig hacia la victoria. Dicho enclave estratégico, El Puig de Santa Maria, se encuentra a tan solo quince kilómetros de Valencia y su pequeña fortaleza servía desde la primavera de aquel año 1237 como posición avanzada a partir de la cual una pequeña hueste de cien caballeros cristianos lanzaría razias por las alquerías moras de Valencia, con dos objetivos fundamentales: minar la moral de los musulmanes y amasar un buen botín. Mientras el tío del rey se dedicaba a estos menesteres, Jaime I empleaba casi todo su tiempo en reclutar al ejército necesario para llevar a cabo el asedio definitivo de la capital. Ahora bien, cien caballeros podían resultar ser tropa suficiente para realizar correrías por la huerta valenciana pero, sin embargo, esta hueste, aún teniendo en cuenta la presencia adicional en esta fortaleza de una guarnición de unos dos mil soldados cristianos de infantería, exigua se antojaba a la hora de defender su posición en el castillo de El Puig frente a un posible ataque organizado por el rico rey moro de Valencia, Zayyan. Y es más, la herida en el orgullo que para el rey Zayyan podía suponer esta incómoda presencia, prácticamente a las puertas de su palacio, así como la amenaza que para sus súbditos representaban las operaciones de castigo emprendidas por los caballeros cristianos, provocaron, finalmente, que el caudillo musulmán se jugara el todo por el todo y preparara un ataque sobre El Puig, muy consciente, además, de la ausencia de la mesnada real. Para ello lanzaría a lo más granado de su ejército, es decir, a su caballería ligera, constituida por seiscientos jinetes, y a unos once mil peones, contra los hombres comandados por Bernardo Guillermo de Entenza. Ciertamente era que los cristianos podían contar con la defensa que les proporcionaría la colina de El Puig, así como su castillo, pero la realidad hacía así mismo patente que las diferencias entre los dos ejércitos eran abismales en cuanto a número se refiere. Se podían contar aproximadamente seis guerreros moros por cada combatiente catalano-aragonés. ¿Cómo pues pudieron las tropas dirigidas por el tío de Jaime I vencer a su enemigo? Javier Claramunt, gran admirador de la figura de Bernardo Guillermo, siempre que se le presentaba la

oportunidad lo explicaba de la siguiente manera:

—Bernardo Guillermo de Entenza, en lugar de esperar con toda la guarnición del castillo de El Puig al abrigo de sus murallas, decidió sacar de allí a la mitad de su ejército antes de que llegara el enemigo. De esta forma, cuando las huestes procedentes de Valencia arribaron para iniciar el asedio creían que se enfrentaban a la totalidad del ejército cristiano, pero lo cierto es que la mitad de las tropas de Bernardo Guillermo se hallaban ocultas hasta que, llegado el momento, hicieron acto de presencia en el campo de batalla. Los musulmanes fueron entonces cogidos por sorpresa y el pánico no tardó en apoderarse de la mayoría de ellos, que rompieron pronto la formación y huyeron en desbandada al creer que Jaime I en persona acudía con un gran ejército a socorrer a los defensores del castillo. No obstante, como bien podemos imaginar, no se trataba del ejército del rey Jaime, sino de un puñado de jinetes junto a algunos infantes montados sobre mulas, que aparentaban ser una tropa de caballería mucho mayor de lo que realmente era. El resultado para Zayyan sería nefasto. Perdió la práctica totalidad de su caballería, motivo por el cual la Valencia musulmana estaba condenada a ser asediada por Jaime I ante la imposibilidad de emprender nuevas iniciativas militares extramuros de la ciudad. El camino, por lo tanto, quedaba abierto para que Jaime I conquistara Valencia.

Estos son los pensamientos que constantemente rondan la inquieta mente del arqueólogo Javier Claramunt. Con ello es capaz de subirse a su coche y recorrer la aproximadamente media hora que invierte en realizar el trayecto entre su apartamento, ubicado en el centro de Valencia, y la excavación, sin apenas darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor, inmerso en su mundo de reyes, caballeros, castillos, batallas y demás que capturan perpetuamente su cerebro. De esta forma todas las mañanas que Javier acude a su puesto de trabajo entra con su coche en la autovía V-21 y aunque a su izquierda puede divisarse la cada vez más escasa huerta valenciana, con sus típicas alquerías y cultivos característicos, mientras que a su derecha los ojos de cualquiera se deleitarían contemplando la inmensidad del mar, para él nada de esto parece existir.

Aquel día tras su desplazamiento por carretera Javier entra en el recinto de la excavación, todavía inmerso en las fantasías medievales de su cabeza. Tan sólo son las seis de la mañana y, como de costumbre, su testa continúa fantaseando con estas historias del pasado. Sin embargo, de cuando en cuando nuestro arqueólogo presenta algún instante de lucidez, que si bien escasos, durante los mismos su alma consigue regresar a la época actual. De tal manera que nada más abrir la puerta del recinto de acceso restringido se queda extrañado de que el guarda no acuda a recibirle y le dedique su típico amable saludo matinal.

—¡Ah no! —Piensa al poco Javier—. Hoy le tocaba el turno de noche “al otro” y como todavía no son las siete Julián aún no ha debido de relevarle. Este inútil debe de estar por ahí perdido, voy a la caseta a hacerme un café. No sé para qué lo han traído, es como si no estuviera. Le sería de más provecho quedarse en casa durmiendo que

estar aquí toda la noche.

Javier entra entonces en una caseta prefabricada, donde tiene su despacho, dispuesto a preparar el desayuno, pero pronto cambia de opinión y sale de nuevo. No sabe porqué pero decide aproximarse a una de las zanjas de la excavación para echar un vistazo. Se acerca al lugar en cuestión pero continúa sin ver a Félix, el guardia de seguridad, por ninguna parte.

—¿Dónde se ha metido el tipo este? —se pregunta para sus adentros.

Sin embargo, lo que si aparece pronto es el cinturón del guardia, revólver incluido, sobre una caja de herramientas en la que los operarios de su equipo de arqueólogos tienen guardados sus utensilios de trabajo.

—¡Será estúpido el segurata este, pues no se deja por ahí tirada la dichosa pistolita! —exclama Javier en esos precisos instantes.

Pero el arqueólogo calla inmediatamente cuando descubre que ahí está Félix, o al menos lo que queda de él: un bonito cadáver con algo menos de sangre en su interior que un ser humano vivo. Al parecer el rojo y vital fluido que manaba de forma abundante por la herida de su cuello y por su boca ha sido absorbido por la tierra. Para Javier resulta evidente que Félix está muerto, ya que el amplio corte que presenta su garganta así parece confirmarlo.

Transcurre un tiempo incierto en el cual el director del yacimiento arqueológico de El Puig permanece inmóvil. Debe de haberse quedado bloqueado, no ya por sus habituales fantasías medievales, sino como consecuencia de la trágica experiencia que está viviendo. Por fin se retira unos pasos y realiza una llamada con su teléfono móvil. Minutos después llega al lugar del crimen la policía.

Mañana del viernes 10 de octubre de 2014

Día laborable, a pesar de que siendo viernes mucha gente ha hecho “puente” tras el jueves festivo.

En la prensa local y nacional destaca una noticia que hace que todos se pregunten: ¿ha asesinado un fraile a un pobre guardia de seguridad que vigilaba una excavación arqueológica? El asesino ha dañado además una losa medieval hallada en el lugar semanas antes. ¿Por qué habrá matado al guardia de seguridad? ¿Qué ha llevado al “monje” a destruir las palabras grabadas en la piedra del siglo xv hallada por el equipo de arqueólogos? En el momento de ser descubierto el cadáver, la víctima portaba aún en la mano, como consecuencia del *rigor mortis*, la manga de un hábito blanco, posiblemente perteneciente a un monje mercedario, cuya orden monástica fue fundada en el siglo XIII con el objeto de redimir a los cristianos cautivos en tierras del islam. Los diarios también se hacen eco de la proximidad al lugar de los hechos del monasterio de frailes de la orden de la Merced en la localidad de El Puig.

Mañana del lunes 13 de octubre de 2014

Transcurren los días y nada esclarecedor se conoce del crimen. ¿Qué ha podido llevar a un fraile a asesinar de una manera tan sádica a aquel pobre guardia? ¿Por qué además se dedica a dañar los hallazgos de la excavación arqueológica próxima al castillo y al monasterio de El Puig? Eso mismo precisamente tiene intrigado a Mario Tejedor, el sepulturero municipal de Massamagrell, localidad cercana a El Puig, a quien, curiosamente, a pesar de ejercer este oficio no le hace demasiada gracia que le llamen “enterrador”, dado que ha tenido que estudiar muchos años y ha trabajado muy duro para, antes de ejercer como funcionario en este puesto, llegar a ser arqueólogo.

—Parece que se dirijan a mí empleando el nombre de esa estrella estadounidense del *Pressign Catch, The Undertaker* —acostumbra a decir con mucho humor.

No obstante, Mario, a sus treinta y cinco años, trata de disfrutar de su trabajo, sobre todo cuando tiene que exhumar restos humanos, tarea a la que estaba acostumbrado cuando ejercía como arqueólogo. Pero las becas se acabaron y hubo que buscarse la vida. Y la oposición de sepulturero fue una buena opción para un tiempo de crisis y recortes. Mario es un tipo muy afable, con don de gentes, extremadamente educado y tranquilo, así como profundamente culto. Posee una estatura y peso medios, unos profundos ojos oscuros y uno no sabe a ciencia cierta cuál debe de ser su grado de calvicie, pues afeita constantemente su cabeza, al igual que su barba. Tanto es así que Mario, a diferencia de Javier, emplea cerca de una hora cada mañana para asearse antes de partir a desempeñar su trabajo, menester que realiza concienzudamente.

Sin embargo, Mario Tejedor no deja de tener otras inquietudes derivadas de su amplia formación intelectual. Persona curiosa por naturaleza, no duda un buen día, este lunes 13 de octubre de 2014, en encaminarse a la excavación de El Puig, pues con ello logrará satisfacer dos anhelos al mismo tiempo. Por un lado, si se lo permiten, podrá observar cómo prosperan los trabajos del equipo dirigido por Javier Claramunt. De otra parte, Mario no es malo a la hora de ayudar a reconstruir los hechos del pasado a partir de las pistas halladas en una excavación arqueológica, entre las cuales están incluidas las tumbas. ¿Y por qué no, además, ayudar a esclarecer tan misterioso asesinato? Pero con lo que no cuenta Mario es que Javier Claramunt es un hueso duro de roer y, además, no le gusta nada el intrusismo.

—Mario Tejedor, sepulturero —se presenta ese día el “enterrador”, humilde como él solo, ante el director de la excavación de El Puig. Después añade que es también arqueólogo.

Mario conoce a la perfección el currículum de Javier Claramunt, trata de estar al

día en todos esos asuntos, y aunque no tarda en detectar la falta de interés de su colega, es mayor el deseo por conocer más sobre el apasionante mundo de la historia y la arqueología que la vergüenza por meterse uno donde no le llaman. Javier, aún desconfiando y con más ganas de enviar a “freír espárragos” a Mario que de cualquier otra cosa, accede, sin embargo, a mantener una conversación con él, aunque solamente sea en la puerta del recinto. Es, al igual que Mario, sumamente educado, aunque, en ocasiones, puede llegar a resultar antipático. En cualquier caso, espera que pronto esa especie de friki se dé por vencido y al no obtener mucha más información se dé la vuelta y se marche por donde ha entrado. No obstante, aunque no lo parezca y en ciertos aspectos sean como la noche y el día, ambos tienen mucho en común y, a pesar de las reticencias de Javier, éste no tardará en conectar intelectualmente con el sepulturero. Verdad es que Mario puede parecer en principio un pedante entrometido, pero no es menos cierto que la tranquilidad que este chico rezuma por todos los poros de su piel, su bondad, su profundo interés cultural, así como sus amplios conocimientos en historia y arqueología provocan que Javier, aunque ni para sus adentros quiera reconocerlo, tarde poco tiempo en caer rendido a sus pies. En un instante pasa de hablar en un tono malsonante e incómodo con su colega sobre cómo resultó ser la experiencia del hallazgo de la primera pieza importante de la excavación, a invitarle a visitar un día el monasterio de El Puig. No obstante, a pesar de ello, Javier continúa tratando de mantener las distancias con Mario, al tiempo que intenta salvar las apariencias, motivo por el cual, con todo, no deja de resultar todavía un punto antipático.

Y es en estas condiciones los dos continúan conversando sobre el asesinato, la batalla del siglo XIII que allí mismo tuvo lugar, Jaime I el Conquistador y un sinfín de temas que les inquietan. La tertulia a las puertas del vallado de la excavación está resultando ser de sumo interés para Javier. Si a esto le añadimos que lleva levantado ya más de cinco horas y que su habitual dolor de espalda últimamente le está matando, es fácil entender porqué decide finalmente proponer a Mario dar un paseo hasta el monasterio e iniciar inmediatamente la visita, por supuesto, sin dejar ni un segundo de dialogar los dos.

—¿Entonces, estás seguro de qué la losa hallada es del siglo XV? —pregunta el curioso Mario.

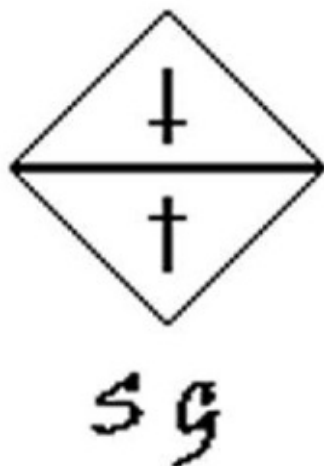
—Sí, sabes de sobra, como todo el mundo que ha podido seguir las informaciones publicadas en prensa, que consta en la misma que fue colocada en el lugar por mandato de Alfonso V para conmemorar la batalla de El Puig —replica Javier, en el mismo tono en el que un padre respondería a su hijo ante una pregunta cuya respuesta ya debería conocer.

Semanas antes, al poco de iniciarse los trabajos del equipo de arqueólogos dirigidos por Javier Claramunt en lo que fuera este campo de batalla del siglo XIII, se había anunciado en rueda de prensa el hallazgo de dicha pieza, una losa conmemorativa de esta contienda, depositada en el lugar por orden expresa del rey de

Aragón, Alfonso V el Magnánimo, dos siglos más tarde.

—Nadie sospechaba de la existencia de una losa tallada así —se hacía saber a los numerosos periodistas que había en la sala.

—En la piedra, además de las palabras que sobre ella hay grabadas en relación a la batalla, hay una inscripción en latín, muy deteriorada, en la que se leen las palabras “Copa de Cristo” y unas líneas después la palabra “Santo” —anunciaba Javier Claramunt rodeado de micrófonos, al tiempo que mostraba unas fotografías de la inscripción, en las que también se observaba una destacada marca de cantería—. Iniciaremos en breve los trabajos para lograr leer completamente la frase, la cual, al tratarse de una inscripción epigráfica del siglo xv, época en la que el Santo Grial de la catedral de Valencia llegó a su destino actual, muy probablemente arrojará más luz sobre el origen de tan misteriosa reliquia —concluía el arqueólogo, en un tomo muy serio, incluso con voz temblorosa, lo que delataba la enorme emoción que debía recorrer todos los nervios de su organismo.



De camino al monasterio, Mario continúa incordiando al director de la excavación.

—¿Crees realmente que fue un fraile el que se cargó al guardia de seguridad? ¿Para qué destrozó la losa? ¿Por qué...?

—Mira, —interrumpe Javier de forma brusca a su colega, quien con tanta pregunta llega incluso a resultar, aunque esa no sea su intención, un poco impertinente— de lo que no me cabe la menor duda es de que se trataba de un maniaco.

—Ya, está claro que ha debido de ser un zumbado, pero ¿piensas que es casual que no solamente descargara su ira sobre la garganta del guardia, sino que, además, destrozara también la losa? Algo no me cuadra, pero puede que si colaboramos con la policía ayudemos a esclarecer los hechos —indica un Mario que parece lanzado a obtener respuestas para todas sus dudas.

—¡Chaval, estás mal de la cabeza, no estamos capacitados ni autorizados para ayudar a aclarar nada! —contesta Javier, subiendo considerablemente el tono de voz,

un tanto ya molesto y presionado por el sepulturero.

—Insisto —replica Mario incansable, aún no obteniendo todas las respuestas que desearía oír—: ¿crees que un monje, mejor dicho, un austero y redentor monje mercedario, va a cometer un doble crimen como éste? Digo doble porque considero que destruir de esa forma la losa es un acto casi igual de despreciable que un asesinato, sobre todo si, como dice la prensa, nunca ya se podrá conocer qué decía exactamente la inscripción.

Y entre tanta pregunta, la pareja de arqueólogos llega a la entrada del monasterio. Es a partir de ese momento cuando Mario se queda extasiado y para incluso prácticamente de hablar, lo que no deja de ser motivo también de cierta relajación para Javier. No es la primera vez que Mario visita el monasterio, pero este tipo de colosales construcciones siempre provocan en él el mismo efecto. Los dos colegas entran por la puerta de acceso a las visitas y desde el atrio dejan a la izquierda el Museo de la Imprenta, sito en este edificio histórico, para ascender por la amplia escalera situada en la parte derecha, hasta que llegan al claustro bajo. A partir de aquí los arqueólogos se hallan prestos para dirigirse ya directamente a visitar lo que más interesa a ambos, es decir, aquellas estancias donde puede respirarse aún a día de hoy los hechos de la batalla de El Puig y las gestas de Jaime I y sus caballeros. Es ese el motivo también por el que están dispuestos a entrar en aquellas salas donde se hallan los orígenes del monasterio y de la orden de la Merced, pues, a su entender, para cualquier persona debería de resultar impresionante transitar por los amplios corredores de esta emblemática construcción, pasillos en los que impera el silencio, donde puede gozarse en verano del frescor, o en invierno de la calidez, de los muros góticos de sillería que todavía se conservan, en algunas de cuyas piedras labradas pueden apreciarse marcas medievales de cantería aun en el presente. La visita al monasterio permite, además, recorrer sus múltiples estancias, tales como el conocido Salón Gótico, el refectorio o el vestíbulo que da acceso a las dependencias privadas que constituyen la residencia oficial de los reyes de España en Valencia.

Javier está tan entusiasmado o más incluso que Mario con la visita y, cuando acceden a la iglesia a través de la sacristía, ya en el claustro alto, concretamente en el ala norte del mismo, el primero está deseoso por enseñar a su colega la tumba de Bernardo Guillermo de Entenza, presto a narrarle la historia de este personaje. Pero antes de arribar a la capilla en la que se localiza el sepulcro, cuando se encuentran junto al altar mayor, pueden observar a un conjunto de visitantes acompañados por una chica que les sirve de guía, al tiempo que aprecian a un operario, hombre muy menudo, con el pelo totalmente cubierto de canas, de cerca de sesenta años, que está encargándose de preparar yeso para faltar una losa de piedra que da entrada a una cripta.

—La cripta no es visitable —comenta la guía al grupo de personas cuando buena parte de sus componentes no puede evitar, al igual que los dos arqueólogos, dejar de mirar hacia el acceso subterráneo localizado justo detrás del altar. Acto seguido, la

chica se separa unos metros de todos ellos, extasiados aún por el irresistible halo de misterio que parece desprender ese lúgubre y estrecho paso que parece conducir directamente hacia el pasado.

Mario y Javier, al unísono, como si lo hubieran pactado previamente, se aproximan a la guía, una atractiva joven de largos cabellos teñidos de rubio y largas piernas estilizadas, además, por unos zapatos que la elevan bastantes centímetros del suelo. Los dos colegas reclaman su atención, mediante gestos y, a continuación, Mario deja que Javier hable y que se presente ante la muchacha como director de la excavación arqueológica localizada en el lugar de la batalla. Presentadas sus credenciales, el paso siguiente para Javier es insistir, de forma discreta, ante la chica para que les permita acceder a la cripta. Ante el *currículum* acreditado por Javier, la guía, muy amable, no puede negarse a autorizarles.

—El otro día un curioso se coló ahí y por suerte no tocó nada. ¿No seréis amigos suyos? —advierde la guía, bromeando y en voz muy baja—. Que mi compañero espere un poco —justo ahora guiña un ojo— a que subáis de nuevo al siglo XXI y proceda entonces a cerrarla definitivamente. ¿Sabéis que vais a caminar entre tumbas de ilustres personajes de la Baja Edad Media? —Y vuelve a susurrar, en un tono cuasi inaudible—. Os dejo, me llevo a los “guiris”.

Finalmente se despide, diciendo adiós con la mano, sin dejar de sonreír ni el más mínimo instante. A los dos colegas casi se les cae la baba ante aquella encantadora mujer, que se aleja con hipnótico caminar y con el armónico movimiento de su cabellera. Mientras tanto, el peón que hay en la entrada también les saluda gesticulando, a la vez que parece invitarles a bajar. Cuando llegan a su altura, el pequeño hombre le da a Javier un portalámparas con un larguísimo cable para que puedan alumbrarse en el interior de la cavidad subterránea, al tiempo que el director de la excavación arqueológica de El Puig y Mario alcanzan a apreciar cómo su boca parece sostener a duras penas una colilla mínima de puro caliqueño, cigarro que curiosamente se encuentra apagado, pero aun a pesar de esto el fuerte olor a tabaco que desprende el sujeto en cuestión debe de delatar, a juicio de los dos colegas, que se trata de un fumador empedernido.

—Dejamos a esa belleza bien perfumada ahí arriba con los domingueros esos y al abuelete con olor a tabaco y fermento para adentramos en el fétido mundo del rancio subsuelo. ¡Esto es lo que más me gusta de mi trabajo, tierra, polvo y suciedad por doquier! —bromea Javier, un tipo cuyo carácter puede resultar bastante seco, antes de adentrarse en la cripta a través de una escalera de mano.

Mario ríe entonces a carcajadas, pero pronto deja de hacerlo cuando comprueba cómo un estruendoso eco eleva su voz a la enésima potencia. Y es más, de forma casi inmediata el sepulturero cambia totalmente la expresión de su cara, mostrando ahora un gesto reflexivo, a pesar de que cada vez empatiza más con Javier, pues intuye que están a punto de tratar asuntos bien serios y, por supuesto, como consecuencia del profundo respeto que siente por aquellas personas que están fallecidas, aunque

pertenezcan a épocas muy remotas.

Al iniciar el descenso hacia la cripta por la escalera, Javier alcanza a observar en la pared de piedra que queda justo enfrente un relieve antiguo que representa una copa y bajo el mismo la siguiente inscripción en latín: *Anfortius Dei Gratia Rex*.

—¡Vaya, qué casualidad, si queríamos hallar alguna pista sobre el Santo Grial parece que estamos llegando al lugar más adecuado. Estos viejos muros hacen referencia a Anfortas, el Rey Pescador de la leyenda artúrica! —comenta Javier, en tono de sorna, nada más leer las palabras allí grabadas, mientras que Mario, anonadado por la emoción que le produce visitar tan misterioso lugar no alcanza a entender nada de lo que su colega comenta, motivo por el cual únicamente ríe y asiente con la cabeza.

Finalmente, llegan a lo más profundo de la cripta, una cavidad construida durante el periodo medieval y que se halla prácticamente intacta desde que fue descubierta de forma casual en los años sesenta del pasado siglo. Los dos colegas observan perplejos y en silencio durante unos minutos las tumbas de piedra que les rodean. Hasta que, por fin, nuevamente como sí de relojes suizos se tratara, ambos se aproximan sincronizados y con paso ligero hacia uno de los sepulcros que llama poderosamente su atención.

—¡La misma marca de cantero! —exclaman al unísono los dos colegas señalando la losa que cubre uno de los sepulcros.

—¡Si, si, dos triángulos unidos, invertido el uno con respecto al otro, con sendas cruces en su interior y debajo las letras S y G! —replica Mario con voz entrecortada y con su pulso y su respiración muy acelerados.

Sumamente excitados los arqueólogos se apresuran a soplar para quitar la suciedad que hay depositada sobre la losa, sorprendentemente escasa para un lugar tan descuidado como aquel, y al poco pueden leer claramente en latín la siguiente inscripción:

SCYPHUM CHRISTUS MYSTERIUM REUELATUM ERAT OREMUS IN NOMINE IUDAS
APOSTOLUS FALSUM PAENITENDUS EST QUOD IAM SANCTUM EST

Javier y Mario están alucinando. Se hallan ante un sepulcro de piedra del siglo xv construido por el mismo maestro cantero que cinceló la losa conmemorativa de la batalla de El Puig hallada recientemente por el equipo de arqueólogos de Javier Claramunt. Y es más, si bien el grabado sobre la copa de Cristo que había en la losa conmemorativa es ya irrecuperable y nunca se podrá leer en su totalidad, en esta otra piedra cincelada por el mismo autor aparece un mensaje muy similar, es más, probablemente se trate incluso del mismo texto.

—¡El secreto de la copa de Cristo fue revelado, oremos en el nombre de Judas,

falso apóstol finalmente arrepentido que por ello ahora santo es! —grita Javier, muy excitado, tras leer el texto en latín mirando fijamente a Mario, en estos momentos más impetuoso incluso que el inquieto sepulturero—. ¡Ese era el mensaje oculto en la losa conmemorativa!

—¿Estás seguro? —replica con cierto nerviosismo Mario, quien, curiosamente, parece ahora mostrarse mucho más prudente que Javier, al contrario de lo que debería ser habitual.

—Sí, mira la foto —dice Javier mostrándole la pantalla de su teléfono móvil a Mario mientras busca en sus archivos—. ¡Fíjate, las palabras que no pueden leerse encajan a la perfección con las de la losa sepulcral! ¡No puede ser de otra forma, lo tenemos!

—Lo tienes, has dado con el mensaje oculto en cuestión de días, mi enhorabuena —dice Mario con tristeza, demostrando con ello su extremada humildad.

—Si no hubiera sido por ti jamás hubiera hallado la respuesta —responde Javier, al tiempo que no para de sacar fotografías de los párrafos grabados en la losa, con las manos muy temblorosas a consecuencia de la emoción que le invade—. Aunque el mensaje poco parece esclarecer sobre el Grial de la catedral de Valencia...

Javier no puede acabar esta última frase, ya que un fuerte ruido procedente de la entrada a la cripta y la más absoluta oscuridad se adueñan en esos instantes de la escena ¡Se encuentran sin luz alguna y además están encerrados!

Mientras tanto, en la superficie la losa de piedra bloquea la entrada de la cripta y un pesado altar de mármol ha sido colocado justo encima, así como el cable del portalámparas que ilumina a los dos arqueólogos ha sido desenchufado. Sangre en el empedrado piso y otra garganta más cortada. El operario permanece tumbado en el suelo, con convulsiones, al tiempo que su boca emite curiosos sonidos que hacen parecer que este pobre desgraciado está haciendo gárgaras de fluidos corporales. Pero pronto callará para siempre.

Paralelamente, la guía despide a la visita en las proximidades de la salida. Se ha quedado ya sola y trata de regresar con premura a la iglesia, a la vez que no para de tocarse el pelo y de retirarse el flequillo de la cara. Sube escaleras aceleradamente y surca corredores a toda prisa. El sonido de sus zapatos de tacón parece retumbar por todo el edificio como si se tratara de una especie de alarma que anunciara su llegada. Pero no consigue alcanzar su destino, pues nada más doblar la esquina de uno de los pasillos del claustro alto choca de bruces con un misterioso fraile. Ambos se quedan entonces cogidos por los brazos.

—Perdón —exclama ella.

Él nada dice.

—¿Qué extraño? —Piensa la chica—. ¿Un hábito de monje sin mangas?

Baja la vista y cuando comienza a apreciar en tan peculiar individuo unas pequeñas manchas rojas a la altura de su abdomen, que le suben también por su tórax, él sujeta firmemente su boca con una mano, mientras que con la otra le asesta un

sinfín de puñaladas. Poco más que el sonido del frío acero penetrando en la turgente piel y en los músculos de la pobre guía puede llegar a escucharse. Su vida se apaga en cuestión de segundos sin que llegue a emitir ni tan siquiera un gemido.

La desgraciada chica no ha podido regresar a las proximidades de la cripta, como era su intención. Nadie hay ya, por lo tanto, en la iglesia y no mucha más gente cruzará hoy las puertas del monasterio de El Puig, esa joya arquitectónica que, a día de hoy, prácticamente permanece en el olvido para la mayoría de los mortales. La cripta medieval es profunda y sus paredes son gruesas. Por todo ello pasan los minutos y aunque los dos arqueólogos no han parado en un principio de vociferar y dar golpes en la losa de la entrada para que les permitan salir de su encierro nadie parece escucharles, motivo por el cual acaban por comprender, a la luz de sus teléfonos móviles, que tardarán en abandonar aquella húmeda cavidad del subsuelo del monasterio. Están indudablemente perplejos, a la vez que asustados. ¿Por qué les habrán encerrado? Se preguntan.

—Un momento, un momento —comenta Mario una vez que su cabeza es capaz de comenzar a ordenar ideas en medio de la confusión generada como consecuencia de su forzado aislamiento—. Acabo de caer en un detalle, que no creo que tenga que ver nada con nuestro encierro, pero que me resulta bastante curioso. Lo decías como en plan guasa pero va a resultar que tanto la pared de entrada a la cripta como este sepulcro nos indican que aquí podemos hallar información relevante relacionada con el Grial, con la losa de tu excavación, cuyo autor es el mismo cantero que aquí también firma, así como con el misterioso asesinato. No obstante, ¿qué narices era eso del rey Anfortas y la leyenda artúrica qué antes me has comentado?

—¡Es cierto, ya no me acordaba de la inscripción de la entrada a la cripta! ¡Lo decía bromeando pero ahora estoy convencido de que esta tumba puede aportarnos muchos datos acerca del Santo Cáliz que en la actualidad se encuentra en la catedral de Valencia! —contesta Javier visiblemente excitado, aunque con ello continúa sin dar respuesta a la cuestión planteada por su colega.

—Sigo sin entender quién es ese rey Anfortas, Javier —le replica Mario, en voz muy baja, receloso por si su ignorancia con respecto a este tema le deja en ridículo ante la eminente figura del director del yacimiento arqueológico de El Puig.

—¡Me refiero al *Parsifal* de Eschenbach, Mario! ¿Ya caes ahora? —responde Javier a grito pelado al tiempo que esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Veamos, por favor, centrémonos, no conozco nada relacionado con todo lo que me estás contando —reconoce al fin Mario, empleando para ello ya un timbre de voz mucho más sonoro—. Es más, no sé qué narices hacemos encerrados en este lugar en el que ya me está incluso costando respirar por culpa de su enrarecida atmósfera —esto último lo dice al tiempo que presiona con intensidad con los dedos pulgar e índice de su mano derecha sobre las cuencas de sus ojos—. Si al principio me sentía abrumado por este impresionante entorno y no alcanzaba a poder mantener contigo una conversación totalmente coherente ahora me ocurre lo mismo pero por motivos

bien distintos. Vamos, que me estoy empezando a sentir mareado y es en parte por ello por lo que no doy pie con bola —concluye el sepulturero, notablemente apesadumbrado.

—No te preocupes —intenta animar Javier a Mario—, que pronto saldremos de aquí. Seguramente se le habrán cruzado los cables a ese vejete de ahí arriba y pensando que ya habíamos salido ha cerrado la entrada. Pronto la chica se percatará del error y levantarán la losa. Mientras tanto trataré de amenizar nuestra ya de por sí agradable “velada” contándote algunas de las leyendas medievales que existen sobre el Grial, especialmente aquellas en las que en ocasiones el mito puede que haya surgido de la realidad de tiempos pretéritos. De todos modos me niego a creer que no sepas nada acerca de la poesía épica medieval, del ciclo artúrico, o cuanto menos de... —Javier no puede finalizar su última frase, ya que es interrumpido abruptamente por Mario.

—No Javier, no sé nada, lo poco que conozco, y no te rías por ello, procede de la película *Excalibur* —contesta un tanto afligido Mario, volviendo a emplear otra vez una voz cuasi inaudible, a la par que desliza con delicadeza la mano derecha sobre su sudorosa frente.

—Bueno Mario, no te lamente por ello, ahora te contaré un poco acerca del mito medieval del Grial. Por cierto, muy buen *film* el de John Boorman, ya que si no pasamos por alto los extravagantes vestuarios y las anacrónicas armaduras de placas que lucen sus personajes lo cierto es que se adapta bastante bien a *El cuento del Grial* de Chrétien de Troyes. No obstante, prefiero hablarte de la versión de Wolfram von Eschenbach, que es la historia medieval del Cáliz de Cristo que más nos interesa. Este literato alemán del siglo XIII sin duda basó su relato en el poema épico de Chrétien de Troyes. Eschenbach debió conocer, a su vez, las historias que circulaban acerca de la presencia de una misteriosa copa ritual en el Pirineo oscense, pero de eso mejor hablaremos al final —sentencia Javier, al tiempo que realiza una pausa considerable para poder observar mejor la expresión de la cara de Mario ante la escasa iluminación de la que disponen—. ¿Qué tal ese mareo?

—No es nada, estoy bien. Continúa por favor, continúa —insiste a su colega un impaciente e interesado Mario ante lo que él considera un parón innecesario.

—De acuerdo. Veamos, los Evangelios nos dicen —da por fin Javier inicio a su relato— que durante la conmemoración de una de las Pascuas judías, que tuvo lugar en torno al año 30, Jesús de Nazaret se dispuso a celebrar una tradicional cena junto a sus discípulos más allegados, es decir, los conocidos como doce apóstoles, probablemente en la casa del acaudalado hebreo José de Arimatea, aunque el Nuevo Testamento no da demasiados detalles acerca de este último dato. Cuenta una leyenda que tal y como manda la tradición para este evento se utilizaría la mejor de las vajillas que poseía este rico personaje, piezas de delicada cerámica entre las cuales destacaba una copa de ágata de muy bella factura, recipiente que se mostró en aquella ocasión como objeto principal del ceremonial allí empleado, rito que se erigiría, a su

vez, en la primera eucaristía. Tanto es así que José de Arimatea guardó celosamente este cáliz aquella misma noche y al día siguiente lo emplearía para recoger la sangre derramada por la herida que presentaba en el costado el Hijo de Dios cuando estaba siendo crucificado.

—Poco de leyenda desconocida hay en lo que hasta ahora me has contado, — protesta Mario ante su colega— pues prácticamente todo está descrito en el Nuevo Testamento o, en su efecto, en los Evangelios apócrifos.

—Vaya, vaya —responde Javier en tono de sorna—. Veo que eres un buen católico.

—Más bien “cristiano viejo” —replica Mario también bromeando—. Soy católico, de cultura católica, vamos, como la mayoría de españoles, aunque no por ello dejo de ser ateo como mi abuelo. Perdón, quise decir más bien agnóstico.

—De acuerdo —comenta Javier riendo a carcajadas—, pero lo que te voy a contar a partir de ahora no fue escrito por ningún evangelista. El caso es que una vez muerto el Mesías, José de Arimatea se haría cargo del sepelio, para lo cual empleó un sepulcro de su propiedad... —Javier es nuevamente interrumpido por su compañero de cautiverio.

—Un momento, un momento, no sé a ciencia cierta si eso lo dicen los Evangelios canónicos pero estoy seguro de que esto que comentas lo conoce prácticamente todo el mundo, aunque proceda de textos apócrifos —replica Mario.

—Tranquilo Mario, no seas impaciente —responde Javier sonriendo—. Tienes razón en que esto fue escrito por los evangelistas, pero no te preocupes que a su debido tiempo llegaremos al meollo de la cuestión. Sea como sea, como tú bien dices, todo el mundo sabe que según cuenta la tradición al tercer día de producirse la muerte de Jesucristo éste resucitó y fue entonces cuando los miembros del Sanedrín, el consejo de jueces judíos presidido por el sacerdote Caifás, acusaron a José de Arimatea de haber robado el cadáver de tan popular reo. José fue por ello encarcelado, no sólo porque según el Sanedrín con esto pretendiera hacer creer a ojos de todos que Jesús había vuelto a la vida, sino porque, además, la ortodoxia judía considera impuro el contacto con los muertos. Su encierro transcurriría en una torre, lugar en el que permanecería privado de su libertad durante mucho tiempo, totalmente aislado de cualquier contacto con el exterior. Durante su encarcelamiento los judíos no le proporcionaban agua ni tampoco alimento alguno, pues era deseo de sus sacerdotes que pereciera en estas míseras condiciones. Fueron al parecer las autoridades romanas quienes ordenaron que lo liberaran al enterarse de que este inocente e influyente personaje estaba encerrado por los propios judíos. Lo cierto es que los evangelistas San Marcos y San Lucas llegan incluso a afirmar que José era decurión, o, como se ha traducido en algunas versiones de la Biblia, senador. Pero esto último no nos importa demasiado. El caso es que cuando el de Arimatea salió de su encierro, por sorprendente que parezca, estaba todavía vivo y gozaba tanto de buena salud física como mental. Este milagro fue posible solamente porque José de

Arimatea tenía consigo el Grial, objeto sagrado que llegó hasta él misteriosamente cuando estaba encerrado y que le proporcionaba sustento inagotable, así como le daba la fuerza necesaria y le proporcionada la imprescindible fe para vencer sus temores y poder hacer frente al sufrimiento que padecía en prisión.

—Bueno, bueno, estabas en lo cierto cuando has afirmado que no iba a conocer esta historia —indica a su colega un cada vez más interesado Mario.

Javier se limita únicamente a sonreír de nuevo y prosigue con sus disertaciones.

—El evangelio que mejor describe los hechos relacionados con el entierro de Jesucristo es a mi entender el de San Mateo. Bueno, mejor dicho, me refiero al evangelio que normalmente es atribuido al apóstol Mateo, que lo más probable es que sea de anónima autoría. Creo que concretamente la parte que nos interesa comienza en Mateo 27:57. A ver si lo encuentro —comenta Javier mientras trata de acceder a Internet con su teléfono móvil—. ¡Esto es increíble, cada vez qué me encierro en algún lugar no me funciona el 3G!

—No te preocupes, yo sí tengo bastante cobertura —dice Mario mientras comienza a utilizar el navegador de su teléfono celular y a los pocos segundos añade—. Lo tengo, Mateo 27:57 y siguientes versículos —y acto seguido el sepulturero comienza a leer este fragmento del Nuevo Testamento.

—27:57 Cuando llegó la noche, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también había sido discípulo de Jesús.

—27:58 Este fue a Pilatos y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilatos mandó que se le diese el cuerpo.

—27:59 Y tomando José el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia.

—27:60 y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña; y después de hacer rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro, se fue.

—27:61 Y estaban allí María Magdalena, y la otra María, sentadas delante del sepulcro.

—27:62 Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilatos.

—27:63 diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré.

—27:64 Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Y será el postrer error peor que el primero.

—27:65 Y Pilatos les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis.

—27:66 Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y

poniendo la guardia.

—28:1 Pasado el día de reposo, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.

—28:2 Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removi6 la piedra, y se sent6 sobre ella.

—28:3 Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve.

—28:4 Y de miedo de 6l los guardas temblaron y se quedaron como muertos.

—28:5 Mas el ángel, respondi6, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado.

—28:6 No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor.

—28:7 E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis. He aquí, os lo he dicho.

—28:8 Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos.

—28:9 he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.

—28:10 Entonces Jesús les dijo: No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

—28:11 Mientras ellas iban, he aquí unos de la guardia fueron a la ciudad, y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido.

—28:12 Y reunidos con los ancianos, y habido consejo, dieron mucho dinero a los soldados.

28:13 diciendo: Decid vosotros: Sus discípulos vinieron de noche, y lo hurtaron, estando nosotros dormidos.

—28:14 Y si esto lo oyere el gobernador, nosotros le persuadiremos, y os pondremos a salvo.

—28:15 Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

—28:16 Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado.

—28:17 Y cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaban.

—28:18 Y Jesús se acerc6 y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.

—28:19 *Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

—28:20 *enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.*

Con ello Mario concluye la lectura del Evangelio y con un gesto parece invitar a Javier a que realice sus propios comentarios.

—Bueno, queda claro que en esta parte del Evangelio de San Mateo, José de Arimatea es uno de los principales protagonistas al dar sepultura al Hijo de Dios y que como consecuencia de ser el propietario de la tumba recaerían sobre él, con toda probabilidad, las principales acusaciones de robo del cadáver del supuesto resucitado —retoma Javier su intervención—. Sigamos pues hablando de nuestro interesante personaje, aunque lo que ahora voy a decir solamente consta en documentos apócrifos. Cuando José de Arimatea era ya de nuevo libre fue, al parecer, muy consciente de los múltiples enemigos que se había ganado y puesto que no deseaba ser de nuevo capturado acabó huyendo con otros seguidores de Cristo hacia el oeste. Es así como, al cabo de un tiempo, José desembarcó, junto a su preciada reliquia y su séquito de acompañantes, en algún lugar del sur de Francia y a partir de aquí es cuando tanto el Cáliz como él desaparecerían para el resto del mundo.

—Bueno, de esto último sí que he oído algo, sobre todo que entre los que transportaron el Cáliz a Francia se encontraba la mismísima María Magdalena e incluso la hipotética descendencia que ella engendró con Jesús —comenta muy sutilmente Mario, por temor a hacer el ridículo ante su colega como consecuencia de su ignorancia con respecto a estos temas.

—Eso no son leyendas medievales, más bien son especulaciones que han surgido en época reciente sin basarse para ello en información contrastada o sin tan siquiera haber surgido a partir de mitos del pasado —responde Javier frunciendo el ceño—. De todos modos, es precisamente en el momento en que se le pierde la pista en Francia al Grial de la leyenda cuando esta historia entronca con la epopeya del *Parsifal* de Von Eschenbach. Muchos años después de que José de Arimatea arribara a las costas de Europa occidental, el noble Titurel de Capadocia tuvo una visión sobre el Grial y como consecuencia de la pureza que poseía el alma de este caballero una voz misteriosa le animó para que emprendiera el camino de la búsqueda de este sagrado objeto. Pero para ello únicamente una pista le fue dada, el nombre de la guarida del Grial: Montsalvatch. Titurel vendería todas sus posesiones y únicamente se quedaría con su armadura y su espada para de esta guisa recorrer áridos desiertos y espesos bosques, cruzar escarpadas montañas y profundos valles, vadear caudalosos ríos y navegar por procelosos mares, en busca de ese misterioso lugar del que sólo conocía el nombre. Pero no por ello le venció el desanimo, pues sabía que cuando estuviera preparado la montaña del Grial aparecería ante sus ojos. Y así fue, pues

Titurel buscó el Grial al tiempo que impartía justicia combatiendo el mal como caballero andante, hasta que un día, tras múltiples peripecias, apareció ante él una imponente montaña y tras escalarla tuvo la visión del Cáliz de Cristo transportado por unas invisibles manos. Titurel formaría entonces un séquito de caballeros, elegidos de entre los hombres más nobles y de más puro corazón, hueste que le ayudó a construir un grande y lujoso templo-fortaleza en el que guardar la reliquia, labor en la que participarían todos estos guerreros casi sin descanso, e incluso cuando el ansiado reposo llegaba para ellos, era la mismísima Providencia quien continuaba con el trabajo. Y, a partir de entonces, Titurel reinaría en Montsalvatch al frente de sus “templarios”, tal y como a ellos se refiere Von Eschenbach en el poema. La magia del Grial aportaría prosperidad al reino de los custodios de la sagrada reliquia, pues la Copa proporcionaba alimento perpetuo, sanación para las heridas, así como una longevidad de cientos de años a todos aquellos que de él bebieran. El tiempo transcurrió en Montsalvatch de esta forma, hasta que el rey Titurel cumplió la insólita edad de cuatrocientos años. Pero Titurel era tan puro de espíritu que no comenzaría a dar muestras de cansancio hasta entonces, momento justo en el que el Todopoderoso le anunció que sería sucedido por su hijo, Frimoutel.

—¡Has dado en el clavo, macho! —exclama un entusiasmado Mario—. Lo cierto es que he de reconocer que no tengo la menor idea de esta leyenda. Ni tan siquiera me suenan ni lo más mínimo los nombres de los personajes.

—Sin embargo, Frimoutel no se mostraría tan apto como su padre —prosigue con su menester Javier, al parecer ya impasible ante los comentarios de su colega— para soportar la carga de proteger el Grial, motivo, por el cual pronto se cansaría de su monótona vida en el templo de Montsalvatch y abandonaría la residencia real en busca de aventuras. Pero ni su audacia como caballero andante ni el hecho de ser el custodio del Grial le librarían de hallar pronto la muerte en un combate, pues la participación en dicha justa no se produjo con motivo de la defensa de la sagrada reliquia. Su hijo Anfortas, es decir, el nieto de Titurel, sería entonces coronado y dado que era de carácter muy parecido a su padre pronto estuvo a punto de correr la misma suerte que aquél cuando nada más recibir el trono tampoco tardó mucho tiempo en cansarse de la vida cotidiana de Montsalvatch. Partiría entonces a recorrer mundo, hasta que una lanza le provocaría una herida que hubiera resultado mortal a no ser porque sus caballeros le condujeron a tiempo al templo del Santo Cáliz y allí pudo beber del Grial. Fue así como la Copa pudo salvarle la vida, aunque Anfortas nunca llegaría a sanar por completo de sus ponzoñosas dolencias, pues éstas, al igual que las que a su padre le arrebataron la vida, no habían sido producidas como consecuencia de la salvaguarda del Grial. Algo que provocaría en él un gran sufrimiento, una especie de maldición que le condenó a padecer un intenso dolor que no revertería hasta que un caballero de alma pura se atreviera a preguntar cuál era el motivo de su aflicción y tormento. Solamente entonces dicho noble demostraría ser digno para sucederle al frente de su reino y también para convertirse en el principal guardián del

Santo Grial. Pero hasta que ese ansiado día llegara, para tratar de redimir, aunque sólo fuera en parte, su error, Anfortas, conocido como el Rey Pescador, nunca se casaría, jamás abandonaría ya Montsalvatch y dedicaría plenamente su vida a la guarda y custodia de la reliquia. Mucho tiempo pasaría hasta que un joven caballero procedente de la corte del rey Arturo, llamado Parsifal, llegara a encontrar el castillo del Grial. Parsifal fue entonces invitado a entrar al templo de Montsalvatch y mientras que era agasajado por el séquito de Anfortas, era vestido con los mejores y más lujosos ropajes, así como su cuerpo era cubierto de las más valiosas joyas, sería invitado a la mesa del rey. Allí Parsifal podría contemplar el Santo Grial y sería testigo de cómo Anfortas y sus caballeros disfrutaban a partir de la reliquia de los mejores manjares. Al mismo tiempo Parsifal también pudo apreciar el dolor que sufría su anfitrión, pero, sin embargo, nada preguntó al respecto, pues consideraba que ser indiscreto no era atributo deseable para ningún caballero. Pero además de no querer ser un entrometido lo cierto es que el joven e ingenuo caballero no llegaba a entender qué podían significar todas aquellas misteriosas escenas que estaban contemplando sus ojos en el lujoso templo del Grial. Debido a todo ello, a la postre, se le acabaría recriminando que no fuera capaz de romper la maldición del rey Anfortas, motivo por el que se le expulsó finalmente del templo del Grial, momento en el que Parsifal se dio cuenta de su error, aunque era ya demasiado tarde para poder enmendarlo, pues el castillo desapareció ante él como si de una visión se tratara y ya no pudo volver a hallarlo. Parsifal no dejaría ya nunca de buscar el Grial, principalmente porque no podía vivir con el sentimiento de culpa a sus espaldas de no haber podido librar de su dolor a aquel pobre anciano. Transcurrirían, sin embargo, muchos años de infructuosa búsqueda, largo periodo de tiempo en el que Parsifal sufriría grandes penurias, hasta que finalmente hallaría de nuevo la montaña sagrada, la escaló y entró en su templo y una vez allí vio de nuevo al Grial y a su afligido rey. No obstante, esta vez no dejaría pasar la oportunidad y preguntaría a Anfortas cuál era el motivo de su dolor. Con ello acabaría por fin con la maldición del Rey Pescador, recibiría su corona y se convertiría en el líder de los caballeros custodios del Grial.

Javier realiza una nueva pausa, respira profundamente y, acto seguido, alumbra con la luz de su teléfono directamente a la cara de Mario, preocupado por su estado de salud. No obstante, Mario está tan entusiasmado con el relato de su colega que la expresión de su rostro le ha cambiado totalmente y ya uno no es capaz de ver en él a una persona que aparenta tener náuseas, sino, más bien todo lo contrario, parece tratarse de alguien que está disfrutando de un inmenso placer. Es por ello por lo que Javier, ante la ausencia además de una respuesta hablada por parte de Mario, decide continuar con la leyenda griálica.

—Pues nada. Dicho esto planteémonos ahora una pregunta: ¿posee el poema de Von Eschenbach una base histórica? Lo cierto es que argumentos para dar una respuesta afirmativa a esa cuestión no nos faltan, dado que el número de

coincidencias entre esta epopeya sobre el Grial y un personaje histórico de renombre como es Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y de Navarra entre los años 1104 y 1134, puede llegar a ser abrumador. En primer lugar, resulta que en su reino aragonés se custodiaba el Grial que a día de hoy está en la catedral de Valencia, la reliquia que estuvo depositada en el monasterio de San Juan de la Peña, en la actual provincia de Huesca, rodeada de abruptos picos montañosos que bien podrían asimilarse al mítico Montsalvatch. Es más, el nombre de la guarida del Cáliz de Von Eschenbach, con ligeras variaciones, quiere decir en occitano o en aragonés “monte salvaje”, una probable alusión a la naturaleza escarpada del lugar en el que se localiza ese monasterio aragonés. Recordemos, además, que la leyenda que nos habla de la huida de José de Arimatea portando el Grial desde Jerusalén nos cuenta que desembarcó en las costas del sur de la actual Francia, es decir, en Occitania. Desde allí perfectamente podría haberse trasladado el Santo Cáliz hacia el sur, a los Pirineos, que se encuentran a escasa distancia de esta región.

—Sorprendente —únicamente alcanza a comentar Mario.

—Vayamos ahora a las cuestiones directamente relacionadas con el rey Batallador —prosigue Javier—. Fue soltero durante toda su vida, se dedicó a lo largo de su extenso reinado a combatir por la fe de Cristo y fue un fiel defensor de las órdenes militares de hospitalarios y templarios, fuerzas de combate que le resultarían de gran ayuda en sus campañas de reconquista, a las que prácticamente podríamos considerar como su brazo armado. ¿No nos recuerda todo esto al propio Anfortas? ¿Cómo llamaba precisamente Von Eschenbach a los caballeros que junto a los reyes Titurel y Anfortas custodiaban el Grial? Ni más ni menos que *templarios*. Precisamente Anfortas tenía otra cosa en común con Alfonso I: también este último padeció grandes dolores como consecuencia de ser herido en combate. El Batallador fue derrotado mientras asediaba Fraga y aunque logró huir de allí con vida, sus heridas le provocaron un gran sufrimiento, hasta que finalmente murió siete semanas después a la edad de sesenta y un años. Al igual que el rey Anfortas, Alfonso de Aragón jamás dejaría de tratar de cumplir la misión que Dios le había encomendado. Por eso es por lo que incluso emplearía su testamento para este menester, ya que en él legaría todas sus posesiones, así como sus dos reinos, a las órdenes del Temple y el Hospital. Es más, ¿sabes cómo llegaría a firmar documentos en numerosas ocasiones? Con el nombre de Anfortius. ¿Curioso, no? No obstante, hay que tener presente que todo lo que te he contado no son más que leyendas, con una cierta base histórica, eso sí. Es muy probable que Von Eschenbach tuviera conocimiento de la existencia del Grial de San Juan de la Peña y que se inspirara en Alfonso el Batallador para crear el personaje de Anfortas, pero esto no tiene porqué querer decir que José de Arimatea llevara el Cáliz hasta el área pirenaica, ni mucho menos —concluye con esta frase su larga exposición Javier.

—Claro, claro, ni por asomo, vamos —alcanza a expresar Mario, que hasta el momento prácticamente ha permanecido escuchando en silencio muy sorprendido por

la brillante disertación de su colega.

—En fin, este es en resumen nuestro *Anfortius, Dei Gratia Rex*, nuestro rey del Grial —añade el director del yacimiento arqueológico de El Puig.

Tras este último comentario se hace el silencio. Javier considera que ya ha hablado lo suficiente y Mario todavía no es capaz prácticamente de articular palabra. El sepulturero parece cada vez más entusiasmado con las leyendas que Javier le ha contado sobre el Grial, de forma que incluso da la sensación de que se hubiera olvidado de que están encerrados en la cripta medieval. Aunque su enardecimiento no alcanzará el nivel máximo de excitación hasta que descubra un nuevo misterio relacionado con el enigmático sarcófago de piedra que tiene justo a su lado. Es entonces, mientras sus ojos no dejan de mirar la inscripción de la misteriosa losa a la luz de su celular, cuando Mario, cuya cabeza, al mismo tiempo, no para de darle vueltas a todo lo que le ha contado Javier, grita nervioso:

—¡Javier, fíjate, el sepulcro ha sido profanado!

Javier repara también en ello y asiente con la cabeza a pesar de que Mario no le puede ver a consecuencia de la oscuridad que reina en la sala, pues no aparta su vista ni la luz de su teléfono de la tumba de piedra del siglo xv. Es indudable que la losa horizontal superior ha sido desplazada, ya que no encaja totalmente con el resto del sarcófago, detalle que no se le ha escapado a ninguno de los dos arqueólogos. Además, ambos piensan, sin decirlo, que si bien la losa estaba algo sucia, extrañamente no había excesivo polvo acumulado en su superficie, sobre todo si tenemos presente que se trata de una cripta prácticamente condenada al ostracismo.

—Mira, Javier, el sarcófago está dañado, tiene por el lateral una grieta que parece reciente, algún incauto ha debido de dejar caer fuertemente la losa que lo cerraba y no ha quedado bien encajada —comenta Mario con voz temblorosa, mostrando con ello su evidente estado de nerviosismo—. ¿La levantamos?

—¿Estás tarado, chaval? —responde Javier muy molesto—. ¿Piensas que eres una especie de Indiana Jones? No tenemos permiso. ¡Tú puedes ser un aficionado pero yo soy un profesional, tengo un amplio currículum qué así lo acredita! ¡Esto no es ningún juego, lo entiendes, enterrador!

—¡Sepulturero! —le replica Mario gritando, notablemente enojado, al tiempo que propina un fuerte golpe con la mano al lateral del sepulcro.

A Mario Tejedor le cuesta sacar el nervio que, muy dentro de sí, tiene, pero esta vez no ha podido controlar el mal genio, normalmente inexistente en su persona, al oír ese vocablo que nada le gusta.

A partir de entonces el silencio absoluto se apodera del lugar y, justo cuando Javier se dispone a pedir disculpas a su colega, un gran trozo de piedra procedente del lateral del sepulcro se desprende y cae al suelo rozándoles los pies. Javier y Mario se apresuran, como si un resorte les impulsara, a iluminar el interior de la tumba con sus teléfonos móviles, más preocupados por el contenido del antiguo sarcófago que por la integridad de sus extremidades inferiores, para, finalmente, descubrir lo que al

parecer es el cadáver de un caballero bajomedieval. Dentro del sepulcro, junto a los restos de la momia, también hay un largo pergamino medio enrollado que además está rasgado por uno de sus extremos. Javier y Mario no pueden dejar de fisgonear en el sarcófago a la tenue luz que les proporcionan sus teléfonos, pero no osan tocar nada por miedo a provocar más daños. Es tal el nivel de detalle que alcanzan sus observaciones que ambos no tardan demasiado tiempo en apreciar que posiblemente quien profanó la tumba no sólo deterioró el sarcófago, sino que también desenrolló el pergamino. Muy probablemente trató de llevárselo de manera apresurada, motivo por el cual, al estar parcialmente adherido al fondo del sepulcro de piedra, se rasgó y se fragmentó. Así parece confirmarlo el borde que aparece en la zona por la que ha debido de quedar dividido este documento medieval, extremo éste que posee una tonalidad más clara que el resto del pergamino, el cual presenta matices ocres oscuros como resultado del paso de tiempo.

Los arqueólogos continúan su análisis e inspección visual del interior de la tumba, sobre todo Javier, quien parece más decidido.

—Fíjate, por la zona en la que aparece este desgarro el pergamino debe de estar pegado a los restos de las ropas del cadáver —afirma Javier—. De la forma que lo han dejado, medio desenrollado y todo revuelto, ha quedado en una posición muy desfavorable para su correcta conservación. ¡Me da no sé qué verlo así! —Nada más decir esto último, Javier saca un pequeño *cutter* del bolsillo izquierdo de su pantalón mientras dice muy excitado—. Voy a despegarlo y a doblarlo bien para que no sufra más daños. Cortaré un poco la tela de la ropa que lleva el cadáver, ya que parece, a su vez, adherida al fondo del sepulcro. —Mario nada dice y Javier prosigue con su monólogo—. Ya está suelto —al tiempo que va extrayendo cuidadosamente el larguísimo pergamino y comienza a enrollarlo lentamente y con sumo cuidado—. Anda, ayúdame —exclama, y es entonces cuando él, hasta esos momentos, inmóvil Mario procede a hacer algo que llevaba ansiando desde hacía minutos: tener entre sus manos aquella auténtica joya arqueológica.

Los dos colegas finalizan su delicada labor apoyándose sobre otra de las tumbas de piedra de la cripta y, a continuación, se sientan en el suelo. Transcurren unos minutos y el silencio es absoluto. Ambos están muy emocionados por haber podido experimentar el roce de aquella piel de cabra escrita por alguien en el siglo xv, pero los pergaminos no fueron inventados para que la gente se deleitara con su delicado tacto. Entre unas cosas y otras, Javier y Mario ya llevan encerrados varias horas y, aunque es cierto que no han tenido tiempo para aburrirse, ya no encuentran nada con lo que matar el tiempo. En un principio, cuando comenzaron a alcanzar sus descubrimientos en la cripta, estaban entusiasmados, aunque ahora ya esto no parece importarles demasiado. Querrían poder indagar más. Es mucho mayor el deseo por leer el documento medieval que acaban de enrollar que incluso la necesidad de salir de aquel oscuro y misterioso cautiverio. Ninguno de los dos se atreve a proponer satisfacer su anhelo al otro, pero finalmente el más decidido de ellos es quien da el

primer paso.

—No va a pasar nada si echamos un pequeño vistazo —parece querer romper el hielo con esta frase Javier.

Mario asiente con la cabeza, nuevamente sin pronunciar palabra, motivo por el cual Javier, que ya alumbra con su teléfono hacia la zona donde está el pergamino, no se percata de ello. Pero poco parece importar a Javier lo que opine Mario de su proposición e inmediatamente comienza a desenrollar, de nuevo con una gran delicadeza y de forma muy pausada, el antiguo documento sobre el sepulcro que anteriormente les había servido de improvisada mesa.

—Está escrito en catalán medieval —dice Javier, moviendo constantemente su teléfono móvil de izquierda a derecha para realizar un barrido por la superficie del pergamino que acaba de desplegar.

—No, no —balbucea Mario atropelladamente, y Javier comprende así que su colega no debe de dominar la lectura de esta primigenia lengua romance.

Es entonces cuando el director de la excavación arqueológica del lugar de la batalla de El Puig comienza a leer en voz alta el documento, realizando directamente la traducción al castellano contemporáneo.

—Aquí yace enterrado el caballero don Pedro de Pertusa, fallecido el séptimo día del mes de agosto del año de Nuestro Señor Jesucristo 1452, quien fue mesnadero del rey de Aragón Alfonso y custodio del Santo Grial.

Esta es la crónica de los principales pasajes de mi vida, la vida del caballero valenciano don Pedro de Pertusa. Para conocer cómo fue el comienzo de la relación del linaje Pertusa con la Casa real aragonesa hay que remontarse atrás diez generaciones, concretamente a la figura de don Blasco de Pertusa...

—Se trata del bisabuelo de su retatarabuelo —apunta Javier tras haber echado cuentas con los dedos. Después de esto, el arqueólogo continúa leyendo el pergamino.

—... noble caballero que combatió valientemente contra los infieles almohades en el año 1212...

—¡En las Navas de Tolosa! —exclama Mario con entusiasmo.

—... y frente a los franceses en el año 1213 en el sitio de Muret, junto a las huestes del rey Pedro, llamado el Católico, quien fuera padre de Jaime, el conquistador de los reinos moros de Mallorca, Valencia y Murcia.

En la gran batalla del año 1212 este excelentísimo caballero ya destacaría entre las filas cristianas demostrando un gran arrojo en el combate. Y yo os digo que esta valentía es bien cierta, pues no sólo sus

intrépidas hazañas fueron contadas de generación en generación por mi familia, sino que su siempre heroica lucha fue mismamente descrita por los miembros de las mesnadas de los reyes de Aragón que sucedieron a Pedro el Católico, así como constantemente se ensalzaría su figura como arquetipo caballeresco. Del mismo modo, también es bien cierto que Blasco de Pertusa era el más devoto cristiano que combatía entre las filas aragonesas y catalanas, no sólo para defender a su rey y su patria, sino también para proteger la fe de Jesús de Nazaret. ¿Qué más os puedo decir yo si los hechos son los que son, si jamás ha existido en tierras aragonesas o catalanas tan justo caballero, tan avezado guerrero, tan franco vasallo, ni tan pío creyente? Los principales reyes y ricoshombres cristianos habían formado en el año 1212 una gran alianza para lograr doblegar al peligroso enemigo almohade. Habían partido de la bella ciudad de Toledo, desde donde su arzobispo, don Rodrigo Jiménez de Rada, les había hablado en nombre del papa de Roma, pues el Sumo Pontífice les instaba a combatir con mano de hierro a los infieles, seguidores del profeta Mahoma, que ocupaban las extremaduras y que si continuaban realizando incursiones y avances en territorio castellano acabarían amenazando a toda la cristiandad. Es por ello que no sólo los reyes de Castilla, Navarra y Aragón habían enviado a la convocatoria de Toledo a lo más granado de sus ejércitos, sino que, además, se habían unido a la causa de Cristo incluso gentes del reino de Francia y de otras partes de ultramontes. Un largo camino debieron recorrer los ejércitos de la Cruz, atravesando páramos y cruzando escarpados parajes, antes de llegar a su destino final. La batalla daría comienzo al alba del decimosexto día del mes de julio, cuando los dos ejércitos se encontraron en unas navas rodeados de abruptos picos montañosos similares a los que habían dejado atrás durante las jornadas previas. Acudieron en persona a tan trascendental cita incluso los reyes Alfonso de Castilla, Sancho de Navarra, llamado el Fuerte, y Pedro de Aragón, que formaban en posición de combate con sus huestes en la retaguardia tras otras dos líneas de caballería. Por su parte los almohades poseían un numeroso ejército constituido por una formación de arqueros, ubicados en vanguardia, y a continuación un nutrido cuerpo de soldados de infantería, mientras que sus raudos jinetes se situaban en los flancos. La primera línea de la caballería cristiana asestaría el golpe inicial y cuando ésta lograba penetrar entre las filas de arqueros sarracenos fue atacada por los jinetes almohades. Pero este contratiempo no sería obstáculo para que los cristianos lograran causar un gran número de bajas al enemigo. El terreno de las navas se estaba comenzando a teñir de color rojo aquella mañana de verano con la abundante sangre que corría por los cuerpos desmembrados, ensartados o decapitados de los arqueros y jinetes almohades que en el combate cuerpo a cuerpo se convertían en fácil blanco para las lanzas y

espadas de los enérgicos caballeros cristianos. Esto fue así hasta que la presión de la primera línea de los ejércitos de la Cruz chocó bruscamente con el cuerpo de peones sarracenos, éstos fuertemente equipados con pesadas armaduras, escudos y cascos, que se habían localizado al principio de la batalla en el centro de la formación almohade, justo detrás de las líneas de arqueros. Debido a ello el empuje inicial cristiano fue detenido en seco. Y no sólo se erigiría esta violenta colisión en potente freno para el hasta entonces imparable avance de la caballería a través de las filas enemigas, sino que tan robusto era el cuerpo de infantería almohade que sus guerreros lograron finalmente invertir el empuje e incluso comenzaron a poner en serios aprietos a los jinetes cristianos, que empezaron retroceder y a sufrir importantes pérdidas en hombres. Debido a ello, para que el campo de batalla no quedara sembrado de cadáveres cristianos, los tres reyes ordenaron cargar a su segunda línea de jinetes. La ayuda de estas tropas de fresco fue sin duda bien recibida por sus correligionarios que aguantaban a duras penas el embate sarraceno. Serían instantes de enorme confusión en medio de los cuales el devenir podía conducir a cualquier desenlace para la batalla. Es por ello que los cristianos, a pesar de haber sido reforzados con la segunda carga de caballería, no lograban domeñar por completo al enemigo y, si bien, de nuevo el llano volvía a cubrirse con los cadáveres de multitud de enemigos sarracenos, no es menos verdadero que muchos jinetes cristianos hallaban, así mismo, también la muerte. El equilibrio alcanzado podría llegar a romperse de un momento a otro si los reyes cristianos no lanzaban a su tercera y última línea de caballería a la carga, dado que los sarracenos contaban con un mayor número de combatientes. No obstante, esta decisión se estaba demorando porque los tres reyes no deseaban precipitarse y lanzar al resto de sus tropas al combate en un momento inadecuado. Mientras los líderes cristianos meditaban esta importante decisión un joven y temerario caballero, que formaba parte de la última de las tres líneas del ejército aliado junto a Alfonso de Castilla, Sancho de Navarra, Pedro de Aragón y los mejores caballeros de sus respectivas mesnadas, se lanzaría en solitario a perseguir, espada en mano, a un par de raudos jinetes sarracenos que habían quedado aislados de sus conmlitones durante la segunda carga de caballería. Llegó un momento en el que en un visto y no visto el impetuoso caballero sería sorprendido por cuatro sarracenos más que surgieron de forma repentina con sus cabalgaduras como si hubieran aparecido de la nada y, blandiendo sus alfanjes, se disponían ya a dar buena cuenta de lo que parecía una presa fácil. Con el caballo prácticamente agotado por el lastre que para el animal representaba portar a lomo a su jinete, así como aguantar la carga adicional de sus pesadas armas y su coraza, el joven no pudo reaccionar y en un breve lapso temporal pronto se vio completamente

rodeado por estos cuatro raudos enemigos en una zona del campo de batalla a medio camino de las retaguardias cristiana y almohade, y, a su vez, lugar éste también bastante alejado del área en la cual se desarrollaban las principales acciones del enfrentamiento armado. Al primer choque uno de los sarracenos desarmó al joven cristiano cuando su exhausto caballo se encontraba ya totalmente inmóvil, de forma que su espada fue recogida rápidamente por otro de los cuatro enemigos. Otro de los jinetes almohades se disponía a propinar una mortal estocada a su insensato rival cuando de pronto el agudo silbido de una lanza lo descabalgó con una violencia tal que quedó inmóvil en el suelo atravesado como si se tratara de un animal de caza a punto de ser cocinado. Don Blasco de Pertusa se había desmarcado también de la tercera línea de las huestes cristianas nada más observar como el joven caballero aceleraba la marcha, al intuir que pronto se vería metido en un aprieto, no sin antes haberle pedido a Dios que le diera fuerzas para combatir a su infiel enemigo y no sin que le encomendara la guarda de su alma en el caso de que cayera en justo combate. Una vez eliminado el primer enemigo, nada tardaría en derribar al segundo, que se apresuraba a propinarle una estocada. Para ello se serviría de un fuerte golpe de su escudo, de tal manera que este arma defensiva quedó destrozada y el sarraceno malherido arrastrándose por el suelo como si de una lombriz se tratara. Con ambas manos libres, Blasco de Pertusa desenvainaría entonces su larga espada y tendría el tiempo justo para alzarla por encima de su cabeza y de un sólo mandoble decapitar a otro de los sarracenos, que a punto estuvo de alcanzarle con su alfanje. Ese golpe de la espada de Blasco sería tan brusco, al tiempo que tan preciso, que serviría a su vez para provocar una severa herida al cuarto de los jinetes almohades, aquel que se había apoderado de la espada del joven caballero y que ahora presentaba un amplio corte en el pecho. Éste último, muy atemorizado por los rápidos y precisos movimientos de tan misterioso caballero, trató de escapar a galope de lo que parecía ya una muerte segura si trataba de responder con sus armas a tan poderoso enemigo. Fue entonces cuando los dos jinetes que habían quedado aislados durante la segunda carga de caballería entrarían de nuevo en escena para tratar de defender a su tullido compañero. Para ello comenzarían a disparar flechas a los dos cristianos hasta que el jinete sarraceno consiguió llegar a su altura. La lluvia de saetas sería tal que Blasco de Pertusa no podría avanzar hacia ellos hasta que cesaron de tensar sus arcos, más aún si tenemos en cuenta que fue alcanzado en una pierna. Incluso el caballo del joven cristiano sería muerto asaeteado y serviría a su jinete de parapeto para evitar que este último corriera la misma suerte. Fue entonces cuando los tres almohades emprendieron la huida. Una vez que las flechas dejaron de silbar en el aire, Blasco se desprendería de los guanteletes,

las calzas de malla, el capell de ferro y el gonió...

—Casco y cota de malla, respectivamente —le indica Javier a su mudo oyente.

—... al tiempo que dejó caer su espada y una maza al suelo y sólo entonces, cuando ya había aligerado todo el peso que podía, se lanzaría a perseguir a los tres sarracenos. Pronto los jinetes infieles descubrirían al audaz caballero lanzado a galope hacia ellos y no dudarían de nuevo en tensar sus arcos para tratar de acabar de una vez por todas con tan temido enemigo, el cual debía esquivar flechas constantemente sin apenas ya protección. Ese día Jesucristo estaría de parte del devoto Blasco de Pertusa, pues no puede ser fruto de la casualidad que ninguno de los proyectiles le alcanzara provocándole heridas graves. La Providencia Divina quiso que Blasco continuara con vida cuando los jinetes sarracenos dejaron de emplear sus arcos ante la proximidad del grueso del ejército almohade, momento en el que comenzaron a sentirse ya seguros y decidieron centrarse únicamente en acelerar la marcha. Lo que éstos no esperaban es que en cuanto pudo el caballero aragonés se armó con una azcona y la lanzó con tanta fuerza que ésta atravesó la cabeza, casco incluido, del sarraceno herido que portaba la espada robada al joven cristiano, cayendo este arma al suelo junto con su portador. Cuando esto sucedió los otros dos jinetes enemigos se detuvieron sorprendidos, sin saber porqué su compañero se quedaba atrás, y entonces, antes de que pudieran percatarse siquiera de su muerte, Blasco de Pertusa se abalanzó, como si de un rayo se tratara, saltando del caballo sobre uno de ellos, al que degolló de forma inmediata con una daga. Mientras que este sarraceno se desangraba a través del amplio corte que presentaba su garganta, Blasco de Pertusa, se apresuró a recoger del suelo la espada perdida por el joven caballero, motivo por el cual el último de sus enemigos que quedaba con vida aprovecharía para huir, obteniendo las fuerzas necesarias para ello del terror infundido por aquel guerrero que parecía poseído por el Demonio. Sólo así podía explicarse que a ojos de los almohades resultara ser inmortal y que gozara de fuerza sobrehumana. No obstante, Blasco de Pertusa no saldría ya en persecución del sarraceno. En lugar de ello montaría nuevamente sobre su caballo y marcharía en dirección contraria. Su afán por matar enemigos le hubiera llevado a tratar de dar alcance a aquel cobarde que se le escapaba, pero su corazón le dijo que era más importante salvar la vida propia y la de aquel joven que había quedado en tierra de nadie, sin caballo y sin su bien máspreciado: su espada. De esta forma Blasco regresó a la altura donde aquél se encontraba, devolvió la espada a su dueño, recuperó del suelo las armas y el equipo arrojado y montó en su propio caballo al joven cristiano, dirigiéndose ambos al galope de su

única montura al encuentro de las filas aliadas que todavía no habían entrado en combate. Nada más arribar hizo desmontar al joven caballero, saltó del agotado caballo, y profirió un ensordecedor grito: “¡Un caballo, por Dios Todopoderoso, entregadme un caballo, nuestros hermanos están muriendo defendiendo la fe que todos tenemos en Cristo!”. La heroica escena no había pasado inadvertida para los reyes y caballeros cristianos, motivo por el cual un escudero satisfizo pronto la demanda de tan noble caballero y le entregaría las riendas de un brioso corcel. Blasco de Pertusa rezó entonces un Padrenuestro y se volvió inmediatamente en dirección al enemigo, partiendo al trote hacia donde se estaba desarrollando el sangriento combate. Ello fue sin dudas el acicate que daría el impulso definitivo a la vanguardia aliada para lanzar la tercera carga de la caballería cristiana, iniciada justo en ese momento, y con esto se asestó el golpe definitivo a los almohades. Blasco sería el primero en alcanzar el centro de la acción y esa jornada mancharía su espada todavía más de lo que ya lo estaba con la sangre sarracena. Fue tal la carnicería por él causada que desde entonces se mostraría como una persona mucho más retraída, arrepentido como estaba por haber privado del don de la vida a tantos enemigos, aún a pesar de que éstos fueran practicantes de un credo equivocado. No había día ni noche que no lamentara haber quitado la vida a tantos enemigos. No había día ni noche que no pidiera perdón por ello. No había día ni noche que no rogara a Dios por el alma de los que cayeron bajo el filo de su acero. Aunque en lo más profundo de su corazón sabía que si el Padre celestial le había permitido salvar la vida en aquella batalla debía ser porque el Todopoderoso había establecido que el desenlace fuera el que fue. Aquel día los aliados alcanzaron incluso la tienda del califa Miramamolín, pero el cobarde caudillo almohade había escapado antes, cuando la victoria cristiana resultaba ya evidente. Previamente Blasco de Pertusa, junto a un puñado de intrépidos caballeros navarros de la mesnada del rey Sancho el Fuerte, se había abierto paso mediante los tajos de su espada a través del nutrido grupo de esclavos armados con lanzas que se interponía entre él y el campamento califal. Diez mil de estos pobres desgraciados acabaron siendo masacrados cuando el grueso del ejército cristiano arribó a la zona, pues ninguno de ellos podía huir, al estar encadenados, y tampoco ninguno quiso rendirse, de forma que con ello garantizaron a su dueño poder ponerse a salvo. En medio de lujosas tiendas de campaña con sus delicadas telas y tapices teñidos con la roja sangre de los caídos en combate, entre los innumerables eslabones de hierro cortados y los incontables miembros cercenados de aquellas pobres gentes de tez morena, los más nobles caballeros rodearían a don Blasco de Pertusa, aclamado ya como el héroe de las navas, y gritarían como si de una única voz se tratara: “¡victoria!” Blasco pasó a formar parte desde entonces

del selecto grupo de caballeros de la mesnada real encargados de proteger al rey Pedro. Pero en ocasiones la extrema valentía de un caballero y su fortaleza física y espiritual no son suficientes para defender a un rey contra su peor enemigo: la soberbia. Si a su vanidad le añadimos dos pecados capitales más cometidos frecuentemente por este rey, como son la gula y la lujuria, entenderemos porqué para todo buen católico no resultare extraño comprender que aquel doceavo día del mes de septiembre del año 1213 Dios no se pusiera de parte suya. Sería entonces cuando el caballero Blasco de Pertusa tendría una nueva oportunidad para demostrar su fidelidad hacia el rey y su fe en el Todopoderoso, cuando combatiría de nuevo con las huestes aragonesas y catalanas bajo las órdenes de Pedro el Católico.

Esta nueva batalla tendría lugar al norte de los dominios catalanes de Pedro de Aragón, entre las tierras del rey de Francia y las del conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles, el más noble y rico de entre todos los caballeros que habitaban más allá del Pirineo. Hacia el final del estío del año 1213 se hallaba Pedro el Católico en Occitania poniendo sitio al castillo de Muret, que había sido vilmente arrancado por parte de las huestes francesas de Simón de Monfort de las manos de su legítimo dueño, el conde Raimundo, declarado vasallo del rey de Aragón. No debería aquel día haber tenido allí lugar batalla campal alguna, pues la hueste aragonesa era numerosa y se encontraba bien parapetada y defendida por las milicias tolosanas, además de contar con el respaldo de los experimentados mercenarios a los que el acaudalado conde Raimundo de Saint-Gilles pagaba cuantiosas soldadas por su excelente servicio de armas. Sin embargo, el jactancioso rey Pedro decidió salir al encuentro de la poderosa caballería francesa, cuando ésta se hallaba fuera de la fortaleza que Aragón y Tolosa deseaban reconquistar, en lugar de aguantar su carga, bien cubiertos por una lluvia de dardos disparados por las ballestas tolosanas y después contraatacar a lomos de caballo a los franceses, una vez que los caballeros enemigos hubieran roto su formación y fuesen en su conjunto mucho más vulnerables. Porque cuando la caballería pesada francesa, la mejor del mundo, lanza una carga, los guerreros que forman parte de sus filas se desplazan al unísono, como si de un solo ser se tratara, y es tal el ruido que propagan a través del aire y la vibración que transmiten por el suelo que aunque los jinetes que lanzan este ataque a buen seguro gritan arengas y consignas o cantan himnos, que les dan un mayor coraje antes de entrar en combate, resulta imposible escucharlos. En su lugar, los oídos de sus enemigos sólo pueden captar el estruendo de los cascos de sus imponentes cabalgaduras al golpear contra el suelo fuertemente, pues estos formidables animales soportan un gran peso, consecuencia de la pesada coraza que les protege, además de la carga adicional de su jinete, equipado éste de su armadura, un escudo, una larga lanza, su espada y otras armas

menores. Es por ello que los pobres desafortunados que se enfrentaban por esa época a este cuerpo militar lo hicieran sin ningún tipo de esperanza de lograr ya no la victoria, sino de salir incluso con vida de tan violento choque, motivo por el cual sus almas no podían sentir más que miedo ante la homogénea masa que se les venía encima y no era infrecuente que el pánico se apoderara de sus líneas y que acabaran por romper la formación, algo que resultaba ser fatal para ellos y que únicamente facilitaba a los caballeros franceses el trabajo: era entonces cuando la batalla acababa siendo una auténtica masacre. Debido a todo esto, resultaría sumamente extraño que cualquier enemigo que se enfrentara a este cuerpo de caballería lo hiciera en campo abierto y cuerpo a cuerpo, exactamente la táctica de combate que Pedro de Aragón decidió emplear aquel fatídico día. El rey desoyó los consejos del conde de Tolosa, excelente conocedor del terreno y del enemigo al que se enfrentaban, y tampoco escucharía las súplicas de sus caballeros más allegados, entre los que se hallaba don Blasco de Pertusa, para que entrara en razón, y en lugar de tratar de mantener las distancias con tan temidos guerreros decidió llevar él personalmente la iniciativa, motivo por el cual ordenaría a su mesnada atacar a lomos de caballo. Sin embargo, es comprensible que Pedro el Católico tomara una decisión tan imprudente como esa si tenemos en cuenta que la noche previa a este choque el rey había estado con una fogosa dama y disfrutó junto a ella de los placeres de la carne y del vino. Ya por la mañana no aguantaba en pie durante la misa que se celebró en el campamento aliado y antes de partir al campo de batalla sus escuderos casi no pudieron subirlo en su montura. En su lugar, Blasco de Pertusa se pasó casi toda la noche en vela, pensando en lo poderoso que era su enemigo y aunque no conocía el miedo no deseaba marcharse del mundo sin antes haber cumplido la misión que Dios le había encomendado y que aun no conocía. Fue por ello que rogó al Todopoderoso por el alma de aquellos que mataría con su espada en combate, por la de sus hermanos que junto a él combatían, por la de aquel rey pecador y por la de sus hijos, Jaime y Juan, el primero de ellos de catorce años, vástago que le acompañaba en el campo de batalla. Incluso rogó por su propia vida, pues tenía el presentimiento de que algo no saldría bien a la mañana siguiente. El rey Pedro se lanzó pues a la carga nada más lo acomodaron en su silla de montar. Justo a su lado cabalgaba su fiel caballero, don Blasco de Pertusa, quien sabía que entonces más que nunca debería de velar por la seguridad de su señor. Los contendientes de ambos bandos avanzaban el uno hacia el otro con sus caballos al trote hasta que se produjo el brutal choque. Lanzas astilladas, caballeros derribados, animales con las patas rotas, escudos quebrados, relinchos y gritos de dolor y pánico, el estridente choque del acero y el sonido de la carne cuando es cortada. Sangre y muertos por doquier, polvo en el

ambiente, instantes de gran desconcierto y en las filas aragonesas la desorganización comienza a hacerse ya patente. La primera de las tres líneas de la caballería francesa lograría penetrar en profundidad entre las filas aragonesas, de forma que consiguió alcanzar incluso la posición de Pedro el Católico. En medio de la confusión generada durante el combate, el rey llegó a ser descabalgado y no tardaría en verse rodeado por varios caballeros franceses, corriendo su vida un gravísimo peligro. Rápidamente, Blasco de Pertusa y otro caballero aragonés de gran envergadura desmontaron de sus caballos y pusieron sus espaldas contra la del rey. Un francés exclamó: “¡matemos al rey de Aragón!”, a lo que el fornido caballero y Blasco, casi al unísono, respondieron: “¡yo soy el rey de Aragón!”. Y las lanzas francesas atravesaron en un instante al primero de ellos, desgraciado caballero que al poseer una talla tan elevada se parecía más físicamente al rey que Blasco de Pertusa. Fue por ello que los caballeros franceses pensaron realmente que podría tratarse de Pedro el Católico, rey cuya gran estatura era de sobra conocida, y fue por ello que este noble aragonés murió aquel día heroicamente. Sin embargo, un valiente e inconsciente rey Pedro no tardó también en pronunciar estas palabras: “¡no, yo soy el verdadero rey de Aragón!”. Y al observar el blasón real en sus ropas, los enemigos fueron directamente hacia él. No obstante, se toparon esta vez con la espada de Blasco de Pertusa, quien hizo frente a un número de hasta catorce hombres, entre caballeros y peones, para defender a su señor. Con una lanza que recogió del suelo descabalgó casi simultáneamente a los dos primeros caballeros que se abalanzaron sobre el rey, quebrándose este arma cuando chocó con el segundo de ellos. Seguidamente asió su maza y de ella se valió para golpear en la cara a otro jinete, que cayó también de su montura ensangrentado y sin un solo diente, rematándolo, ya en el suelo, con una daga que Blasco le hundió en el cuerpo hasta la empuñadura. Este arma sería también empleada por el mesnadero aragonés para apuñalar en el corazón al escudero de la última de sus víctimas, que acudía a rescatar a su señor demostrando con esta acción su fidelidad y una gran valentía, algo de lo que carecían muchos de los caballeros que allí combatían. Es por ello que, como consecuencia del arrojo mostrado por Blasco en el combate, el temor comenzó a despertar entre la hueste francesa que rodeaba a Pedro el Católico y su obstinado defensor. Y es que no había en esos momentos caballero que se atreviera a enfrentarse en solitario a tan valiente guerrero, motivo por el cual los líderes del grupo de enemigos ordenaron a los seis peones que les auxiliaban que mataran al rey, al tiempo que ellos mismos, cuatro caballeros, comenzaron también a aproximarse lentamente a la posición ocupada por Pedro el Católico y su fiel mesnadero. Blasco de Pertusa blandió entonces su espada y comenzó a dar tajos y estocadas

matando a todos los que a pie osaron acercarse a su señor. Sin embargo, no tardó en llegar hasta su altura el primero de los cuatro jinetes, y mientras el ya agotado Blasco trataba de derribarlo un segundo caballero alcanzó finalmente a Pedro el Católico y consiguió darle muerte lanceándolo. El caballero de Pertusa había logrado seccionar la pierna de su rival pero, sin que le diera tiempo a darse la vuelta, su hombro derecho fue atravesado por la lanza del mismo enemigo que había eliminado al rey. Herido aún consiguió mantener a raya a éste y a los otros dos caballeros que ya le rodeaban, mientras que el amputado parecía desangrado en el suelo como si de una bestia se tratara. El tiempo que Blasco resistió resultaría ser suficiente para que, antes de que el grueso de las filas francesas le alcanzaran, llegaran hasta él cuatro nobles tolosanos, vasallos del conde Raimundo, que no deseaban ver cómo tan valiente caballero, tan fiel defensor de su señor, moría. Tres de los intrépidos caballeros de Tolosa apuntaron con sus lanzas a los tres jinetes franceses que aún había presentes en el lugar, al tiempo que el cuarto acudiría presto a socorrer a Blasco de Pertusa. Mientras aquel occitano decía a Blasco: “noble caballero, la batalla está perdida, las milicias aragonesas han roto filas y huyen en desbanda, alejémonos de este lugar”, uno de los caballeros franceses era atravesado por una lanza tolosana, a la par que los otros dos lograban resistir sobre sus cabalgaduras. Con la segunda carga otro de los enemigos fue derribado de un golpe de maza por parte de uno de los caballeros tolosanos, que había errado en el primer choque y cuya lanza se había quebrado al chocar violentamente contra un escudo. Este caballero francés fue rematado en el suelo, siendo atravesado por la lanza del tolosano que había conseguido derribar al primer francés, arma que se hundió en su cuello por el hueco que se dejaba ver entre la cota de malla y el casco. No obstante, el tercero de los caballeros enemigos, el más fuerte de todos y, a su vez, el que había matado a Pedro el Católico y herido a Blasco de Pertusa, resultaría no ser una presa tan fácil para los tres nobles occitanos. Uno de los aliados de Aragón fue pronto descabalgado de un violento ataque de espada y pisoteado por el caballo del enemigo, mientras que otro, que se apresuraba a socorrer a su compañero, recibió un fuerte golpe en su brazo derecho, perdiendo el arma y quedándosele dislocado el hombro. Cuando se apresuraba a rematar a su adversario el otro caballero occitano le replicó: “noble caballero, lucháis con honor, la batalla ha sido ya ganada por vuestros conmitones, permitidnos que retiremos a nuestros compañeros heridos del campo de batalla, pues sabéis que han combatido de forma honesta, no es necesario que haya más muertes en este lugar”. Pero el caballero francés, a pesar de que se hallaba en esos momentos completamente solo, sin mediar palabra alguna, se abalanzó al galope sobre el pobre tolosano lisiado y le atravesó el

pecho de una certera estocada. Se aproximó a continuación hacia el occitano que le había sermoneado y de un fuerte golpe, por suerte para éste, le destrozó el escudo. No daría el francés media vuelta para acabar con este enemigo, sino que continuaría su galopada hasta que alcanzó el lugar donde Blasco era auxiliado por el otro noble tolosano, pobre desgraciado que, en esos momentos de gran desconcierto en el campo de batalla, en medio de un enorme ruido, no se había dado cuenta de que el enemigo se abalanzaba hacia ellos como si de un rayo se tratara. Cuando el francés daba ya giros a su espada para imprimir una mayor fuerza a su ataque, el pobre Blasco se encomendó nuevamente a Dios y, a pesar de su lamentable estado, sacó la fuerza suficiente como para con la mano izquierda desenvainar la espada de aquel que le ayudaba a incorporarse y con un preciso movimiento deslizaría lentamente la hoja del arma por el aire, de forma que la elevada velocidad con que el jinete enemigo se desplazaba haría el resto. El caballo de aquel francés continuaría su loca carrera pasando de largo, al tiempo que el cuerpo decapitado, y sin mancha alguna de sangre, todavía sostenía con la mano derecha la espada. Los dos nobles tolosanos que aún quedaban con vida se apresuraron a montar a Blasco de Pertusa en uno de sus caballos con un único testigo de su huida: los ojos de aquella cabeza que permanecía en el suelo y que todavía parecía observarles fijamente.

Eran instantes de gran conmoción y enorme desconcierto entre las filas aragonesas, cuyos combatientes estaban siendo derrotados por tan fiero enemigo. El momento sería entonces aprovechado por los caballeros de la mesnada de Simón de Montfort, quienes, con el noble francés a la cabeza, mostrarían su gran valía en el arte de la guerra y, en un hábil movimiento, acabaron sorprendiendo a uno de los flancos aragoneses, provocándole enormes bajas. A partir de entonces el combate se convirtió en una gran carnicería, dado que la brutalidad del choque de la caballería francesa, unida a la noticia de la muerte del rey, provocó la desbandada generalizada de aragoneses y tolosanos.

Blasco de Pertusa pudo ser evacuado en dirección a Tolosa por los dos nobles occitanos y otros caballeros que se batían en retirada. Ningún aragonés o catalán les acompañaba, excepto su hijo, Jaime de Pertusa. En uno de los necesarios descansos que hubo que realizar durante el trayecto, el mesnadero aragonés solicitó a Jaime la presencia de un sacerdote. En el lugar en el que se habían detenido, a medio camino entre el castillo de Muret y la esplendorosa ciudad de Tolosa, solamente había soldados en retirada y refugiados que huían de los desastres de la guerra. Ningún clérigo pues se hallaba entre esa muchedumbre, pero sí se daba la presencia de dos predicadores, dos “buenos hombres”, que trataban de escapar de la persecución de las huestes francesas y que le ofrecieron recibir su tesoro más preciado: beber la sangre de Cristo. El devoto don Blasco aceptó de buen grado el ofrecimiento de los dos

perfectos (...)

—¡Son cátaros, los *bons homens*! ¿A que viene escrito así? En catalán y en lengua occitana se dice igual. Los herejes cristianos que eran respetados en tierras occitanas y que, sin quererlo, habían desencadenado la guerra en la que ahora se hallaban inmersos los occitanos y Aragón contra Francia, la conocida como Cruzada Albigense —interviene Mario, muy excitado.

Javier sonríe y retoma la lectura del texto medieval.

—El devoto don Blasco aceptó de buen grado el ofrecimiento de los dos perfectos —vuelve a repetir Javier— y a partir de entonces su alma quedó purificada y ligada al Cáliz de Cristo, privilegio al que sólo el Elegido puede tener acceso.

—¡Ahí está, fue seleccionado para la custodia del Grial, probablemente el Santo Cáliz que está depositado en la catedral de Valencia! ¡Según este pergamino del siglo xv, el Grial estaba en poder de los cátaros! —afirma Mario, nuevamente muy emocionado.

—Eso parece —indica Javier, siempre aportando algo de calma en casos como éste—, recuerda cómo se autodenomina su pariente, Pedro de Pertusa, “custodio del Santo Grial”. Esto desmontaría, además, la historia oficial de la peregrinación del Cáliz que hoy está en Valencia por los territorios de la Corona de Aragón desde el siglo III, siempre y cuando estemos hablando de la misma reliquia —y el arqueólogo continúa leyendo el pergamino.

—Blasco de Pertusa conocía poco de la actividad de los perfectos pero, no obstante, sabía de ellos lo suficiente como para comprender su bondad, su profundo ascetismo, su austeridad, la sencillez de sus ritos y la labor de evangelización que practicaban, ya que era sabedor de su existencia desde que acudiera a Tolosa en misión diplomática para establecer los términos de la alianza entre Raimundo de Saint-Gilles y Pedro el Católico. No es de extrañar que su primogénito, Jaime de Pertusa, marchara con los *bons homens*, creciera con ellos y aprendiera de sus creencias. Y no sólo predicó la palabra de Cristo en aquellas tierras que aún eran libres, sino que se adentraría en parajes hostiles...

De pronto, la lectura de aquella crónica medieval es interrumpida por Javier cuando escuchan un sonido procedente de la superficie que desvía la atención de los dos ensimismados arqueólogos, los cuales, aunque no parecen darse cuenta, llevan ya bastantes minutos encerrados en el subsuelo empleando el tiempo en leer en medio de la oscuridad de aquel recinto un texto escrito en una lengua romance medieval que, además, no se encuentra en perfecto estado de conservación. Aquel ruido sorprende a Javier y Mario, cuyas mentes se hallaban en esos momentos metidas de lleno en el relato del caballero Pedro de Pertusa, motivo por el cual ninguno de los dos es capaz de articular palabra. Sin embargo, es normal que permanezcan callados como tumbas puesto que durante los últimos minutos han podido introducirse en profundidad en el siglo XIII para que de repente el silencio sepulcral que rodeaba la cripta haya sido interrumpido por un sonido procedente del exterior que les ha devuelto a la cruda

realidad: continúan encerrados contra su voluntad. Pero pronto su cautiverio habrá acabado cuando con sorpresa aprecien que la cripta está de nuevo abierta y, aún medio a oscuras, y sin todavía pronunciar palabra alguna, asciendan por la escalera de mano alcanzando por fin la luminosidad de la iglesia del monasterio. No parece haber nadie allí arriba, hasta que de repente oyen una profunda voz.

—Caballeros, tranquilos, dense la vuelta.

Mario y Javier se giran entonces y sorprendidos ven a un fraile mercedario, un fornido hombre de mediana edad, con las mangas de su hábito recortadas y recosidas de forma rudimentaria, que les apunta con un revólver.

—¿Qué coño significa esto? —exclama Javier alterado y empleando una palabra que muy rara vez podemos hallar en su repertorio dialéctico.

En cambio, Mario, una vez que se ha girado, ya no es que no sea capaz de hablar, sino que ni tan siquiera consigue moverse.

—Vamos a bajar los tres, ustedes primero, por favor, y muy despacio —dice el monje con suma tranquilidad.

Los arqueólogos comienzan a adentrarse nuevamente en la cripta del siglo XIII seguidos a cierta distancia por el mercedario, pero de repente, sin que Mario y Javier, quien lleva en sus manos el portalámparas con su luz encendida, se percaten de ello, aquél asciende de nuevo por la escalera y sale hacia la iglesia. Los arqueólogos continúan descendiendo sin reparar en ello y, al poco, otra vez escuchan el mismo ruido que cuando hace horas les encerraron, con la salvedad de que ahora, por lo menos, si que se queda encendida la bombilla que Javier porta entre sus manos.

En el exterior, el fraile ha oído voces, motivo por el cual ha intentado sin éxito bloquear de nuevo la entrada de la cripta de forma apresurada y, acto seguido, al no conseguirlo, ha puesto pies en polvorosa por temor a ser descubierto.

—¿Te has fijado en la mancha de sangre? —pregunta Mario mientras tanto en la cripta—. ¿Qué tipo de monje es éste que lleva un hábito sin mangas? ¿Por qué narices nos han vuelto a encerrar?

Los arqueólogos permanecen un tiempo hablando entre ellos atropelladamente y prácticamente sin escucharse el uno al otro, hasta que llega un momento en el que sin saber muy bien porqué Javier asciende por la escalera y al llegar a la losa de la entrada, siempre más calmado que Mario cuando la situación lo requiere, alcanza a darse cuenta de que puede moverla. Con sumo cuidado, los dos colegas agudizan los oídos y sigilosamente acaban por salir de la cripta harto sorprendidos. El silencio se apodera nuevamente de la escena, fuera de la cripta no hay nadie. Salen incluso de la iglesia y continúan sin pronunciar palabra, tampoco encuentran a nadie a su lento y cauteloso paso. Mario y Javier no dan crédito a lo que están experimentando. Prosiguen su avance a través del claustro alto del monasterio, hasta que ya en el ala oeste Mario observa algo en el suelo que le llama la atención: parece tratarse de un rastro de sangre. Hace un gesto a Javier y, sin llegar a tener la necesidad de hablar nada entre ellos, pues cada vez están más compenetrados, siguen la roja mancha que

les acaba conduciendo hasta una puerta entornada en el ala sur. Mario no espera más y al abrirla aparece un pequeño cuarto en el que los dos arqueólogos pueden reconocer los cuerpos sin vida del operario, que estaba cerrando la entrada a la cripta, y de la joven mujer, que hacía de guía para las visitas. Ambos cadáveres presentan arañazos en sus respectivas frentes, pequeños cortes realizados con algún objeto afilado o punzante, el hombre una especie de cruz, mientras que la mujer tiene cuatro rayas verticales.

—¡Un momento, esa cruz de la frente es similar a una que aparecía en el pergamino más abajo de las líneas que estabas leyendo sobre los cátaros! —exclama Mario sin poder evitar proferir un grito—. ¡Hay que ir a por el pergamino y continuar leyéndolo para ver si nos aclara algo más de todo este asunto! El asesino es ese fraile y sin dudas todo esto debe de estar relacionado con el crimen de la excavación, las losas del cantero y el pergamino que habla sobre los cátaros y el Grial. Pero ¿por qué destruyó la primera losa? ¿Por qué asesina un fraile de esta orden monástica de redentores de cautivos?

—Efectivamente, los arañazos que presenta este pobre hombre parecen querer representar la cruz de la bandera occitana, el asesino no es demasiado buen dibujante, pero se intuye que se trata de este emblema —se decide finalmente a intervenir un Javier hasta el momento bloqueado, pues no le gusta nada toparse con cadáveres de personas recientemente fallecidas y en los últimos días ya se ha encontrado con tres—. Pienso, además —prosigue el arqueólogo— que ese fraile ha intentado dos veces hacerse con el pergamino. La primera ocasión fue cuando rompió la losa de la tumba y rasgó la piel del documento al tirar de él. La segunda hoy mismo. Creo también que este tipo arrancó un buen trozo de pergamino que ahora está en su poder. No sabemos dónde estará este fraile en estos precisos instantes pero creo que el pergamino está en peligro, ya que volverá a intentar hacerse con él. Y si el manuscrito se queda en la tumba, sin duda correrá la misma suerte que la losa conmemorativa, que debió de ser dañada por este mismo individuo. —Javier parece ahora lanzado, como si nada ni nadie pudiera hacerle callar—. Pienso que este personaje, a su vez, asesinó al guardia de seguridad de mi excavación, que muy probablemente ha matado también con ensañamiento a estos dos pobres desgraciados y que a nosotros, por suerte, solamente nos ha encerrado en la cripta y nos ha apuntado por unos instantes con una pistola. Me temo que estamos tras la pista de un secreto que se perdió en el siglo xv con la muerte del caballero Pedro de Pertusa, un enigma que estamos a punto de descifrar. Pero un fanático, o un grupo de ellos, está tratando de evitar que reconstruyamos el pasado. Voy por lo tanto corriendo a la cripta a coger el pergamino y a ponerlo a salvo. No puede continuar ahí —el director de la excavación arqueológica de El Puig finaliza su brillante reconstrucción de los hechos con esa última sentencia.

—De acuerdo, si tú así lo consideras... pero ten cuidado —indica Mario, y saliéndole la vena forense comenta—: Aquí hay mucho trabajo aún por hacer, fíjate, este maniaco se ha entretenido en realizar también la rúbrica del cantero en el pecho

del operario. A saber qué más habrá hecho. Pero no te preocupes, que no tocaré nada, sólo me limitaré a observar.

Javier esboza una media sonrisa y moviendo lentamente la cabeza de izquierda a derecha sale de la pequeña habitación.

En unos minutos, Javier regresa de la cripta con el gran rollo de piel sobre la mano derecha, apoyándose en el pecho, y en la mano izquierda portando el pequeño *cutter* que ha vuelto a utilizar para desbastar los restos de tela que aún quedaban adheridos, pero estaba tan nervioso que, si bien ha sido muy cuidadoso con el delicado documento medieval, en cambio no lo ha sido tanto consigo mismo. Tan mala suerte ha tenido que durante el proceso de “pulido” del pergamino se ha cortado en un dedo y sangra abundantemente. Cuando está a punto de llegar al lugar en el que se encuentra Mario, desde el ala este del claustro alto súbitamente doblan la esquina dos hombres corpulentos que visten de traje y que tienen pinta de no tener demasiadas intenciones de trabar amistad con aquel con quien se cruce en su camino. De repente, al ver a Javier que llega desde el ala oeste, ambos introducen sus manos en las chaquetas y sacan sendos revólveres.

—¡Alto, deténgase! —dice uno de ellos en voz alta mientras que el otro empieza a realizar una llamada de móvil.

Acaban de sorprender a Javier con el pergamino, que del susto está ya algo desenrollado, con el *cutter* que debido a los nervios aún lleva abierto, y con manchas de sangre por doquier. Tras escuchar la advertencia verbal, Mario sale corriendo casi inmediatamente del cuarto donde están los cadáveres, motivo por el cual el hombre que no está utilizando el teléfono móvil, más alerta que su compañero, realiza varios disparos. El otro, algo despistado con el celular en la mano, no sabe demasiado bien por qué su compañero a abierto fuego como loco, y comienza también a pulsar el gatillo de su revólver. Los dos arqueólogos, horrorizados, salen corriendo despavoridos por el largo pasillo tratando de salvar sus vidas, Javier sin soltar el pergamino ni el *cutter*. Los misteriosos individuos avanzan, armas en mano, muy pausadamente, pues no saben a ciencia cierta si alguien más puede salir por aquella puerta. Llegan al fin a la altura del cuarto y, apuntando con sus revólveres, cruzan velozmente su entrada para descubrir que lo que hay en su interior no representa ningún peligro. Allí permanecen un buen rato discutiendo entre ellos y hablando atropelladamente sobre lo que acaban de experimentar, al tiempo que no cesan de realizar constantemente llamadas de teléfono. Tiempo este más que suficiente para que los dos arqueólogos puedan abandonar el monasterio.

Mario y Javier se encuentran ahora rodeados de naranjos, en los campos próximos al monasterio, justo a las afueras del núcleo urbano de El Puig, en dirección sur. Están exhaustos. Javier sangra abundantemente por el dedo. Siempre lleva el *cutter* con la cuchilla nueva para poder trabajar con él cómodamente, por lo que el corte que se ha dado ha sido considerable. No obstante, esto no es nada comparado con la sangre que correría por las heridas que les habrían podido producir los múltiples

disparos efectuados por los dos tipos trajeados, en el caso de que todas las balas les hubieran alcanzado. Pero por suerte para Javier y Mario aquellos dos pistoleros no parecían tener demasiada puntería.

—¿Nos estará buscando aún el fraile? —pregunta Mario con la voz entrecortada por su acelerada respiración.

—¡No me fastidies tío, casi nos matan esos dos *gangsters* y estás pensando en el fraile! —replica un sorprendido Javier.

—Ya, pero a mí es que el fraile me da no sé qué... —responde Mario—. A mí, al menos, me provoca un mayor temor. ¿Te has fijado en la expresión de su cara? Tiene pinta de asesino en serie. Recuerda también que junto al cadáver de la excavación había un trozo de tela procedente de un hábito mercedario y que el fraile cuando nos encañonaba con la pistola iba manchado de sangre. Ahora, no tengo ni idea qué pintan en todo esto los otros dos tipos ¡Y cómo se han puesto cuando te han visto con el pergamino! —Remata el sepulturero.

—También es cierto que además del rollo de piel yo llevaba en la otra mano el *cutter*. Por no hablar de que llevo toda la ropa manchada de sangre, no obstante, está muy claro que este pergamino contiene información que, al parecer, interesa a otros, o éstos no desean que sea difundida, estando dispuestos a matar con tal de conseguir sus objetivos —afirma Javier, muy pensativo e incluso más serio de lo que en él es habitual—. Ya han muerto tres personas inocentes que simplemente se han cruzado en su camino y el “casillero” a punto ha estado de pasar a ser de cinco víctimas —prosigue el arqueólogo—. Si se han quitado de en medio a estas tres personas imagina el grave peligro que corren nuestras vidas, nosotros estamos metidos hasta el cuello en este asunto de las losas y el pergamino. Sólo por ello, y no por nuestro interés profesional, debemos averiguar más sobre este documento medieval. Sólo por ello tenemos que continuar leyéndolo —concluye Javier.

—No sé tú —responde Mario—, pero yo no me siento demasiado seguro ahora que sé que tres locos nos andan buscando y no lo hacen precisamente con buenas intenciones. Cerca de aquí, camino de la playa de Massamagrell, mi abuelo tiene un huerto con una caseta, muy probablemente estará allí ahora. ¿Nos acercamos a descansar y pensamos con más calma qué hacer? Necesitas además curarte ese tajo enorme que llevas en el dedo, que por cierto, no para de sangrarte.

A través de campos de cultivo los dos arqueólogos pasan del término municipal de El Puig a la Puebla de Farnals y, finalmente, a Massamagrell, llegando tras una buena caminata de unos cuarenta minutos a la caseta mencionada por Mario, rodeada por una parcela de unos dos mil metros cuadrados que se encuentra cerrada por una valla de media altura, finca rústica en la que hay sembradas pequeñas superficies de terreno con diferentes hortalizas y, por supuesto, con unos cuantos naranjos, el cultivo característico de esta zona. La entrada del huerto, curiosamente constituida por un viejo somier de muelles, está abierta y junto a la puerta de la pequeña casa un anciano nonagenario, quien da la sensación de que les estaba esperando mientras fuma un

cigarrillo, se encuentra sentado sobre una minúscula y vieja silla de madera con base de mimbre, pequeño mueble que, además, presenta múltiples capas de pintura aplicada con brocha gorda, la última de las cuales es de una tonalidad verde chillona. Juan, que así se llama el abuelo de Mario, se levanta nada más ver a los dos jóvenes y, sin pronunciar palabra, le tiende la mano a Javier, mientras el sepulturero realiza las pertinentes presentaciones. Tras intercambiar una par de frases más, en las cuales Mario expone a su abuelo, sin entrar en demasiados detalles, que se han metido en un lío, acaban entrando los tres en la caseta para curar a Javier.

—¡Seguro que eran fascistas! —Sentencia el anciano justo antes de que atravesasen el umbral del pequeño edificio.

La caseta a la que acaban de acceder posee una superficie de unos treinta metros cuadrados y sus cerramientos exteriores habían sido resueltos en su momento en ladrillo convencional enlucido con una capa simple de cemento, sin pintura, cal o cualquier otro material de construcción normalmente aplicado sobre las fachadas. Su pequeña puerta de entrada es de aluminio muy delgado, material del que también están hechas las dos ventanas enrejadas que posee. Una vez ya en el interior del edificio, Javier puede verificar que es de una única planta, sin buhardilla, a pesar de que posee un tejado con pendiente a “un agua” que es bastante alto. Del mismo modo, el arqueólogo observa que la pequeña caseta es también de una sola estancia, al tiempo que al divisar la presencia de una amplia y llamativa chimenea pronto tiene la sensación de que esta sencilla edificación resulta a todas luces muy acogedora. En una de las esquinas de la estancia hay dos pequeñas camas individuales, de las que llevan colchones de 80 centímetros de anchura y escasos 1,80 metros de largo, así como en el centro se halla una mesa rectangular, mientras que en otro rincón hay un pequeño armario de cocina que sirve para guardar una escasa vajilla, cubiertos y demás utensilios para guisar, enser que hace también las veces de despensa y de mueble bar. Pegado a este último útil, fabricado en aglomerado de mala calidad, hay instalada una vetusta encimera de gas que consta solamente de dos fogones, y justo a su lado una pequeña pila simple de aluminio, único punto de agua corriente que existe en toda la vivienda, la cual, como es bastante lógico entender después de conocer su distribución interior, carece de cuarto de baño. Precisamente esta pieza, fundamental en cualquier vivienda contemporánea, constituye el eterno proyecto frustrado para el bueno de Juan, quien, constantemente echa la culpa a la falta de tiempo, o plantea la falsa excusa de su escasez de fondos para descargarse de toda culpa ante la no ejecución de los pertinentes trabajos.

—Para eso está ya el campo, este es muy grande y nunca hay nadie. Además yo soy calvo y muy feo, por lo que no se van a fijar en mí —alega Juan cada vez que se le plantea la posibilidad de empezar las obras.

Cierto es que el anciano tiene alopecia y que el poco pelo que le queda en la zona baja de su cabeza es, lógicamente, blanco. No obstante, para la edad que tiene y a pesar de la gran cicatriz que presenta su cara, no puede considerársele una persona

exenta de belleza, tal y como delata la expresiva mirada de sus grandes ojos castaños, así como su sempiterna sonrisa. Fue siendo un niño de doce años cuando al mismo tiempo que llegaba con el agua que necesitaban dos oficiales de albañilería subidos a lo alto de un andamio éste cedió y todos cayeron al vacío. Los dos hombres fallecieron en aquel accidente, pero Juan, milagrosamente, se salvó. Se rompió los dos brazos, la mandíbula inferior y casi todos los dientes. No obstante, le colocaron todo en su sitio y le practicaron un buen “remiendo” en la barbilla con grapas de cobre fabricadas de forma improvisada con material que formaba parte del rudimentario tendido eléctrico de la época. Y es que esa era la cruda realidad que le tocaba vivir a los ciudadanos de clase baja de la España de principios del siglo xx. Por suerte para Juan no se le infectaron las heridas y los “apaños” funcionaron bien, motivo por el que pudo seguir creciendo llegando a alcanzar una altura cercana a los 1,70 metros y un peso de sesenta kilos. Nada que ver con su aspecto actual: solamente unos ciento sesenta centímetros de altura, producto del frecuente achaparramiento al que con la edad todos parecemos condenados, y algo más de ochenta kilos de peso. Pero aún así, Juan se mueve como si de un chaval de veinte años se tratara, aunque por suerte para él ya no tiene que trabajar, que es prácticamente a lo único a lo que ha dedicado toda su vida, aparte de participar en conflictos bélicos. Ahora solamente quema la mucha energía que todavía posee dando largos paseos, buscando caracoles o laborando en su huerto, aunque cuando acude a este último lugar pasa la mayor parte del tiempo en su caseta dormitando sentado en una silla, mientras mantiene el televisor encendido o, en contadas ocasiones, incluso se tumba en una de las pequeñas camas, momento en el cual para él el tiempo parece detenerse.

Y eso es justamente lo que Javier necesita en estos precisos instantes: descanso. Con tanto ajeteo, el pobre arqueólogo está rendido de cansancio, dado que, además, se ha levantado, como de costumbre, al amanecer, motivo por el cual acepta de buen grado la cama que le ofrecen Mario y su abuelo para que se eche un rato, a pesar de que debe tumbarse sobre ella en diagonal para caber mejor, y aún así sus pies de larguirucho acaban sobresaliendo por un extremo. Sin embargo, semejante *a priori* incómoda postura parece lo suficientemente apta para que el pobre Javier caiga al instante dormido como si le hubiera picado una mosca *tse-tse*. Es entonces cuando la siesta de Javier es aprovechada por Mario para contar a Juan un poco más de la experiencia vivida durante ese día, dado que cuando transcurren ya varias horas y el director del yacimiento arqueológico de El Puig continúa todavía dormido, abuelo y nieto comprenden que van a tener tiempo de sobra para conversar sobre este y otros temas que deseen. Así lo hacen y mientras de esta forma actúan les acaban dando las nueve de la noche, instante temporal en el que Juan enciende un pequeño televisor dispuesto, como es costumbre en él, a ver las noticias. El telediario comienza entonces a dar los titulares más importantes del día hasta que de súbito aparece en la pantalla un primer plano con una fotografía de Javier Claramunt.

—Este es Javier Claramunt —comunica la voz del presentador durante el tiempo en el que las cámaras muestran la imagen descrita—, el arqueólogo que descubrió el cadáver del guardia de seguridad asesinado en la excavación que él mismo dirige en la localidad valenciana de El Puig. Nos acaban de comunicar que pesa sobre él una orden de busca y captura como principal sospechoso de ese asesinato, así como de los otros dos cometidos en el día de hoy en el monasterio de ese municipio. Claramunt se halla en paradero desconocido desde que esta mañana partió de la excavación arqueológica en la que trabaja, acompañado, según testigos presenciales, de un desconocido. Al parecer se les ha visto hoy en el monasterio de El Puig, donde han sido asesinados una mujer y un hombre, lugar desde el cual esta misma tarde huían con una especie de antiguo pergamino en su poder, al parecer robado en este edificio religioso.

—¡Javier, Javier! —vocifera Mario muy alterado—. ¡Mira lo que acaba de salir en las noticias, estamos de mierda hasta el cuello!

Javier se levanta prácticamente de un salto. Habitualmente duerme pocas horas seguidas, motivo por el cual no le cuesta demasiado tiempo estar despejado para prestar suma atención a lo que Mario trata de explicarle atropelladamente, con la inestimable colaboración de su abuelo. No obstante, no necesitan contarle mucho más, ya que finalizados los titulares prosigue la edición de la noche del noticiero con más datos sobre los asesinatos y, nuevamente, con la fotografía de Javier Claramunt de fondo. El silencio es ahora absoluto, incluso cuando dan paso a otra noticia. Nadie en la sala parece atreverse a pronunciar palabra hasta que al cabo de un tiempo Javier, para sorpresa de los allí presentes, decide intervenir.

—Debemos tener mucho cuidado para evitar que nos pillen ahora que estamos a punto de desvelar un misterio que al parecer lleva oculto seis siglos —exclama el arqueólogo con suma preocupación y, acto seguido, pregunta—: ¡Juan!, ¿podemos permanecer aquí ocultos estudiando el pergamino?

—¿Solamente te preocupa el contenido del documento medieval? —pregunta Mario, al tiempo que su abuelo asiente con la cabeza para dar respuesta afirmativa a Javier—. ¿No tienes miedo de qué te metan en la cárcel?

—¿Y tú no temes que te enchironen también? —contesta Javier con otra pregunta.

—A mí no me buscan exactamente, tratan de encontrar a alguien que te acompañaba, pero ese sujeto no tiene nombre ni rostro, no me han identificado, y a día de hoy nadie sabe que haya relación alguna de amistad, de trabajo o de ningún otro tipo entre nosotros —sentencia con rotundidad Mario.

—Creo que tienes razón, no obstante, nuestro objetivo principal ahora ha de ser continuar leyendo el pergamino, ya que posiblemente ahí radique la clave para demostrar mi inocencia —concluye Javier, ahora aparentemente ya más tranquilo.

—No es por nada —le replica Mario—, pero durante los próximos dos días tengo que estar en el cementerio y de no acudir a mi puesto de trabajo más que arriesgarme

a perder el empleo me preocupa que me echen en falta y que esto comience a levantar sospechas. Luego libro unos días y podría cogermelos otros cuantos más de vacaciones, dado que en verano no puede disfrutar del correspondiente mes completo que me pertenece, de esta forma podré echarle una mano. Y mientras tanto aquí el abuelo Juan te ayudará en todo lo que necesites. ¿Verdad *iaio*? Pero habrá que andarse con cuidado, no salgas de la caseta, porque da la sensación de que todo el mundo nos busca: el que parece ser el asesino, es decir, el fraile, los dos tipos que casi nos han cosido a tiros esta tarde y ahora también la policía.

Las largas horas de oscuridad transcurren en silencio mientras Javier permanece tumbado en la cama que le ha servido para echar la siesta, aunque ahora ya no se siente nada cómodo en ese lecho que espera sea provisional, y no le ocurre esto principalmente como consecuencia de la estrechez de esa especie de catre, sino que son más bien los nervios los que intuye que prácticamente no le van a permitir pegar ojo en toda la noche.

Paralelamente, Juan y su nieto descansan en sus respectivas viviendas en el casco urbano de la localidad de Massamagrell.

Mañana del martes 14 de octubre de 2014

El sonido seco del cerrojo de la puerta despierta a Javier, que rápidamente se incorpora de la cama. Finalmente, rendido por el cansancio, por suerte para él se había quedado dormido, demasiado para su gusto, esperaba levantarse al amanecer y ya han dado las ocho. Por la puerta aparece el anciano Juan con una bolsa de supermercado.

—*Bon dia jove!* Vamos a preparar el desayuno —exclama sonriente el simpático nonagenario.

Javier le sonríe también y puede observar que de la bolsa, depositada sobre la mesa por Juan, que se ha puesto inmediatamente a preparar café, sobresalen un enorme paquete de magdalenas, el extremo de un cartón de tabaco *Sombra*, una botella de *brandy* y lo que parecen ser varias tabletas de chocolate.

—No lo mires con tanto recelo porque son sólo víveres, con lo que hay ahí puede uno soportar el frío que está por llegar y hacer más llevaderas las largas horas de soledad —comenta Juan, mientras le guiña un ojo a Javier, al darse cuenta que el arqueólogo está mirando el contenido de lo que acaba de llevar.

Javier no entiende demasiado bien porqué dice eso su anfitrión, aunque, sin que Juan sepa el motivo real por el cual ha hecho esa broma, las palabras que acaban de salir de la boca del afable nonagenario acabarán resultando ser proféticas y no precisamente porque la previsión meteorológica anuncie un descenso abrupto de la temperatura ambiente.

Minutos más tarde, con el humeante y aromático café ya sobre la mesa que hay en el centro de la estancia, ambos toman asiento para desayunar en sendas sillas con base de mimbre, las cuales, al igual que la mayoría de los otros muebles, así como otros objetos susceptibles, o incluso *a priori* no susceptibles, de ser pintados, presentan múltiples brochazos y capas de esmaltes que se intuyen de diferentes y variadas tonalidades. Pero poco parece importarles a los dos sujetos la estética o la antigüedad del mobiliario y de la decoración de la sala, ya que nada más comenzar a dar sorbos de sus abrasantes tazas, llenas a rebosar de torrefacto, comienzan a mantener una interesante y espontánea conversación que acaba derivando en un seductor monólogo en el que Juan cuenta sus experiencias vividas combatiendo en el frente del Ebro durante la Guerra Civil española. Y, sin que ninguno de los dos apenas haya podido darse cuenta, el reloj marca ya más de las diez... hasta que Juan finalmente se percata de la hora que es.

—Es un poco tarde —comenta el anciano frunciendo el ceño, pero al mismo tiempo esbozando una contagiosa sonrisa—, voy a dejarte trabajar con el papelote ese y mientras salgo un rato al huerto a ver si me gano el pan, porque a este paso este

gobierno es capaz de quitarme la pensión que tan a pulso me he tenido que ganar durante toda la vida.

—No se preocupe, Juan —trata de responder Javier, pero ni tan siquiera tiene tiempo de finalizar la frase porque su anfitrión ya ha salido por la puerta con una rapidez insólita para una persona de su edad.

Javier, sin demasiado afán, se dedica entonces a recoger la mesa. Su decepción se debe a que ha debido de abandonar algo que no hacía en mucho tiempo, es decir, una cosa tan sencilla como es mantener una distendida conversación con otra persona sin que nada más te llegue a preocupar. Ese precisamente era el efecto que las palabras de Juan habían provocado en Javier, un absoluto sosiego, aún a pesar de que hablaban de guerra, hambre, muerte y devastación, de forma que el arqueólogo había llegado a olvidar sus actuales preocupaciones. No obstante, el “abandono” de Juan pronto hace que Javier vuelva a la realidad y recordando las últimas palabras del anciano, en las que éste le animaba a continuar estudiando el pergamino medieval, no tarda en acabar de ordenar la estancia, fregar la vajilla y los cubiertos usados, limpiar la mesa, así como secarla escrupulosamente, con el único objetivo de proceder con suma delicadeza a desenrollar el antiguo rollo de piel de cabra sobre la superficie preparada con tanto esmero para ese fin. Es entonces cuando el arqueólogo, en lugar de avanzar más en el texto medieval, decide estudiar concienzudamente lo que ya había leído, por dos motivos. En primer lugar porque no quiere que se le escape ningún detalle que hubiera podido pasársele por alto en la oscura cripta. En segundo término porque prefiere que Mario esté presente para continuar con su avance en la crónica recogida en el documento medieval, pues Javier piensa que el destino ha propiciado que juntos realizaran dicho hallazgo arqueológico y cree que sólo unidos han de descifrar los misterios que encierra el texto.

Sin embargo, transcurren las horas y a un aburrido Javier nada nuevo le ha llamado la atención en el pergamino. No es de extrañar que, cuando Juan le ofrece que almuerzen juntos, agradezca con entusiasmo la propuesta, pues sabe perfectamente que esto le brindará otra excelente oportunidad para conversar con el anciano y mientras podrá hacer tiempo hasta que llegue Mario. Debido a ello, en torno a la una de la tarde se sientan de nuevo juntos a la mesa para “picar” algo y una vez están ya acomodados Juan retoma su monólogo sobre la Guerra Civil, realizando ya pequeños avances sobre su participación con la resistencia francesa durante la ocupación nazi del país vecino. Tan amplios relatos provocan que la comida servida, unos pequeños bocadillos y un plato de aceitunas, se llegue a acabar y que a partir de entonces lo más adecuado para continuar manteniendo esa grata conversación sea, a juicio de Juan Tejedor, “remojarse” las secas gargantas con sendas copas de *brandy*. No obstante, al antiguo militar republicano el licor pronto parece empezarle a hacer efecto, sus ojos comienzan a cerrársele y a brillarle más que de costumbre, al tiempo que su boca no para de emitir profundos bostezos, ante los cuales Juan se disculpa cada vez, a pesar de que en ningún momento el anciano deje de mantener el hilo de

su conversación. Cuando Javier le invita a que se acueste, Juan no duda en hacerle caso y cae dormido casi de forma fulminante nada más echarse en una de las pequeñas camas. Javier, algo ebrio también, no puede evitar mirar de reojo el otro catre, pero, sin embargo, vuelve a la mesa. Entre ronquido y ronquido del nonagenario, el arqueólogo continúa con su trabajo de repaso del texto medieval ya leído en la cripta, no sin antes haber recogido de nuevo y limpiado minuciosamente la superficie sobre la que apoya el pergamino, aunque, no obstante, el sueño pronto le vence también. La falta de costumbre a la hora de ingerir alcohol puede que tenga la culpa y, sin que apenas se dé cuenta, acaba cayendo también en los brazos de Morfeo. Y es que las copas servidas por Juan han sido bestiales, algo que no ha supuesto obstáculo para que en medio de tan interesantes relatos bélicos su contenido haya sido consumido por completo por los dos tertulianos.

Transcurre un tiempo indefinido y alguien llama a la puerta de la caseta. Javier está desorientado, alza la cabeza, que tenía apoyada sobre el pergamino extendido sobre la mesa, y nada dice. Juan en cambio grita como un poseso:

—¿Quién es?

Desde el exterior se escucha una voz que afirma ser Mario y los dos somnolientos habitantes de la cabaña suspiran de alivio.

—Abuelo, es bastante tarde. ¿Por qué no te vas a casa y descansas allí como toca? Te acerco en un momento con el coche —le dice Mario, una vez ya dentro de la caseta, sin parecer dar opción alguna a su anciano abuelo.

El sepulturero y su abuelo no tardan nada en abandonar el lugar y, en consecuencia, Javier se acaba quedando unos minutos a solas, momento que no dedica a trabajar en el texto medieval, sino que ocupa en despertarse del todo, pues esta vez el alcohol ha provocado que tarde muchísimo más tiempo en adquirir el estado de vigilia. Debido a ello casi no es consciente del avance del reloj y cuando comienza a tener otra vez la mente plenamente lúcida se halla de nuevo junto a su colega, Mario, que ha regresado a la caseta, leyendo el pergamino, ahora por la parte del texto en la que se quedaron al tener que salir de la cripta medieval del monasterio.

—*Su hijo* —reza el texto medieval—, *Jaime de Pertusa*...

—Es decir, el hijo del caballero Blasco de Pertusa —realiza Javier una pausa en la lectura del pergamino para hacer este apunte.

—... *marchó con los bons homens, creció con ellos y aprendió de sus creencias. Y no sólo predicó la palabra de Cristo en aquellas tierras que aún eran libres, sino que se adentraría en parajes hostiles, ahora dominados por el ambicioso rey de Francia una vez derrotados los ejércitos de Raimundo de Tolosa y Pedro de Aragón.*

—¡Eureka! —grita Mario más excitado que nunca—. ¡Las rayas verticales de la frente de la chica son las cuatro barras rojas de Aragón y la extraña cruz en la frente

del operario trata de representar el escudo de Occitania! ¡Los dos aliados que hicieron frente a Francia y al Papa para frenar la política expansionista de los Capetos y defender la libertad religiosa en Occitania! ¡Sus dos líderes fueron excomulgados por no someterse a la autoridad pontificia y no perseguir a la herejía cátara! ¡Ahora ya no hay dudas de que el asesino estuvo antes que nosotros en la cripta, arrancó un trozo de pergamino y luego ha vuelto para llevarse el resto, pero se ha encontrado con nosotros!

—Tienes razón —responde muy serio Javier—. ¿En qué lío nos estaremos metiendo? ¿Quién mata en pleno siglo XXI por algo que paso hace entre novecientos y setecientos años? ¿Quieren evitar que obtengamos la información que aportan el pergamino y las losas y por eso tratan de destruir o apoderarse de todo hallazgo arqueológico que hablan sobre la sagrada copa de Cristo? ¿Asesinan a todo aquel que se cruza en su camino? —Y, acto seguido, mientras Mario se encoge de hombros, continúa leyendo el pergamino.

—Su hijo menor, don Juan de Pertusa, había quedado en Tolosa, y se unió a su hermano Jaime y los predicadores. Ambos practicaron desde entonces la verdadera religión de Cristo, aquella que predicaban los bons homens, en principio los dos como simples creyentes, pero transcurrido un tiempo Jaime adquiriría el grado de perfecto. La vida religiosa de Jaime estaría muy ligada a la del obispo de Tolosa, el afamado perfecto Guilhabert de Castres, de quien dependería directamente el de Pertusa, puesto que llegaría a ser diácono de la comunidad religiosa de Colomiers. Porque dentro de la marcada estructura de la Iglesia de los bons homens sus religiosos pueden ser, en orden jerárquico decreciente, obispos, diáconos o predicadores, aunque es preciso destacar que todos ellos desarrollan labores de evangelización, pues para nuestra religión la misión más importante de un sacerdote es predicar.

Los perfectos siempre viajan de dos en dos con el principal objetivo de llevar el verbo de Dios allá donde sea más necesario que éste llegue, de forma que estas austeras parejas para ello se desplazan incluso a los lugares más remotos y a las áreas más peligrosas. Siempre que un enfermo precise de su asistencia, siempre que alguien necesite del consejo de un perfecto, siempre que un creyente deba confesarse, siempre que los bons homens son requeridos, sea por el motivo que sea, están dispuestos a poner su vida en peligro con tal de llevar el Espíritu Santo donde más falta haga. Los perfectos además viajan siempre a pie, antaño vestidos con un austero manto negro de lana que ceñían a su cuerpo con un sencillo cordón, mientras que acostumbraban a cubrir sus cabezas con la capucha de esta túnica. Y aunque cierto es que con frecuencia tratan de ocultar su identidad a sus perseguidores, sobre todo a los peligrosos inquisidores, esto no lo hacen

porque teman por sus vidas, sino porque si fueran apresados no podrían concluir la labor encomendada por el Todopoderoso, para lo cual visten en la mayoría de ocasiones con ropajes laicos, con lo que pueden confundirse con la gente común, y únicamente conservan de su clásica indumentaria el característico ceñidor ya mencionado, el cual queda oculto a la vista de los demás y así permite que el perfecto conserve el anonimato y viva en la clandestinidad.

Pero aún vistiendo como el resto de los mortales hay una cosa que por encima de todas distingue a un perfecto de la gente común: su riguroso ascetismo. Los bons homens nunca consumen carne, ayunan con frecuencia, practican un celibato real y absoluto, pues no sólo no contraen matrimonio, sino que tampoco tienen concubinas, así como carecen también de posesiones materiales desde el instante mismo en el que hacen su ingreso en la categoría de perfectos. En cambio los creyentes no tienen por qué sufrir todas estas restricciones ni llevar una vida llena de renunciaciones y libre de pecado, es más, nuestro credo no condena sus pecados, pues pecar es propio de los seres humanos, cuyas almas, creación de la Divinidad, están corrompidas por los cuerpos materiales que las encierran y que, como todo lo tangible, son obra del Maligno. Es a partir del día en el que el creyente adquiere el grado de perfecto cuando sus bienes pasan a formar parte de la comunidad religiosa y su frugal manutención es obtenida principalmente a partir de la caridad de los creyentes. Porque si bien los perfectos son pobres, incluso los que han sido ordenados obispo, en cambio su Iglesia hubo un tiempo en la que fue extremadamente rica en Occitania y sus cuantiosos bienes eran utilizados por los bons homens en beneficio de la comunidad, sobre todo para ayudar a los más necesitados. Las propiedades de nuestra comunidad religiosa procedían por entonces principalmente de las donaciones efectuadas por el pueblo y la nobleza occitanos, siendo las realizadas por estos últimos muy cuantiosas. Y también aportaban ingresos a la tesorería de la Iglesia de los bons homens los trabajos altamente especializados que realizaban los perfectos, muchos de los cuales continuaban desempeñando el oficio que tenían cuando eran laicos. Debido a ello entre los clérigos de nuestra Iglesia podemos hallar a mercaderes, artesanos o incluso hasta médicos, y por supuesto también a gente de origen muy humilde, mayoritariamente campesinos, pues nuestra religión no hace distinción entre los hombres por su cuna o su riqueza. Que los creyentes continúen realizando trabajos en beneficio de la comunidad religiosa una vez que han sido ordenados perfectos facilita el contacto directo de estos sacerdotes con los feligreses, dado que mientras desempeñaban sus oficios pueden, al mismo tiempo, predicar, dar consejo espiritual o realizar confesiones. De esta forma un perfecto que sea mercader puede acudir a una importante feria de un lugar lejano a vender sus mercancías y aprovechar

este viaje para evangelizar a los lugareños. O bien un perfecto que sea médico puede acudir a tratar de salvar la vida de un paciente o, en su defecto, aprovechando su condición de sacerdote, ayudarle a liberar su alma. De esta forma los creyentes siempre pueden contar con el fácil acceso a los perfectos, ya que al aire libre o al abrigo de un edificio, en el campo, en una casa, en un taller, en una feria, en las calles de una gran ciudad o en una pequeña aldea, cualquier lugar en definitiva puede llegar a ser el templo de la verdadera religión de Jesucristo, aquella que predicán los bons homens.

Y en definitiva este tipo de vida fue el que eligió Jaime de Pertusa, a pesar de que llegado su momento fuera reclamado por el regente de Aragón, el conde Sancho de Rosellón, para que acudiera a la corte, pero el primogénito de Blasco de Pertusa se había decidido definitivamente por el camino de la predicación. En su lugar partiría hacia Aragón su hermano Juan, y sin que llegara a abandonar su nueva fe, la cual sería conservada por nuestra familia en secreto, sería educado junto al joven rey, Jaime el Conquistador, para que cuando se hiciera un hombre pasara a formar parte de su mesnada y a ostentar, al igual que su padre, el título de custodio del Grial. De esta forma, generación tras generación, varones de la familia Pertusa, descendientes directos de Blasco y Juan de Pertusa, hemos sido mesnaderos de los reyes de Aragón y custodios del Grial, hasta llegar a recibir mi persona estos honores, siendo rey Alfonso.

—El Magnánimo —apunta Mario.

—Sí —afirma Javier y continúa indicando—. Al parecer, Blasco de Pertusa fue el primer mesnadero real de su familia, así como el primer custodio del Grial desde que, según Pedro de Pertusa, éste recibiera el cáliz de la Última Cena que estaba en poder de los cátaros occitanos. A partir de entonces, los sucesores de Blasco hasta llegar a Pedro no sólo heredaron el oficio de caballero de la mesnada del rey de Aragón, sino que, además, al parecer se les encargó la guarda del Grial que fue confiado por los bons homens al primero de los Pertusa.

Mario asiente con la cabeza, boquiabierto, dando a entender que está completamente de acuerdo, aunque no obstante una idea no para de rondar su cabeza.

—Javier, espera un momento. Dices que Anfortius o Anfortas hace referencia al legendario rey que era custodio del Grial, personaje mítico que se llega a relacionar con Alfonso el Batallador. ¿Pudiera ser que la inscripción de la cripta haga en realidad alusión a otro rey Alfonso de Aragón? Es más, el autor del pergamino es el caballero Pedro de Pertusa, que como él mismo afirma tuvo el título de custodio del Grial, así como también fue miembro de la mesnada de... —Mario no alcanza a finalizar de exponer su hipótesis, pues Javier le corta de raíz.

—¡Alfonso V el Magnánimo! ¡Ese es nuestro rey Anfortas, pues Alfonso V fue el rey que hizo posible que el Santo Cáliz llegara a la catedral de Valencia! ¡Ahora sí que estoy totalmente convencido de que el pergamino va a desvelarnos toda la verdad

sobre el Grial de Valencia! —interviene Javier excitadísimo y antes incluso de que llegue a acabar de hablar, Mario no puede evitar comenzar a aplaudir de forma espontánea.

No obstante, Mario no es capaz de articular palabra y, al mismo tiempo, parece obligar a Javier a que no hablé más, pues realiza un gesto con el dedo que su colega interpreta enseguida como su deseo de que continúe leyendo el pergamino para poder conocer nuevos e interesantes datos relacionados con la misteriosa reliquia.

—Pero don Blasco y su hijo Juan —prosigue Javier leyendo con traducción instantánea— no sólo llevaron a la casa de Pertusa estos títulos y reconocimientos, pues también le darían el que a partir de entonces sería su credo: la verdadera religión de Cristo.

No obstante, mi familia siempre ha destacado por mostrar su fidelidad hacia la persona del monarca de Aragón, motivo por el cual aunque desde Blasco de Pertusa todos los mesnaderos de mi familia hemos sido seguidores de la religión de los bons homens, siempre hemos defendido la causa aragonesa no sólo en sus tierras, sino, también en ultramontes y allende los mares. Para ello hemos combatido a los sarracenos en las extremaduras castellanas, en Murcia y hasta en Granada. Hemos luchado contra otros cristianos en Occitania, en Sicilia, en Cerdeña y en Nápoles. Hemos ayudado a contener invasiones en nuestra patria. Hemos prestado siempre nuestro apoyo a los reyes aragoneses en múltiples alzamientos protagonizados por sus ricos hombres. Hemos dado hasta la última gota de nuestra sangre con tal de proteger la vida de nuestros reyes. Hemos formado parte desde tiempos de Blasco de Pertusa del Consejo Real, dentro del cual siempre hemos sido la mano derecha del monarca. Pero, aún así, la Casa de Pertusa era diferente, pues estaba marcada por la doctrina que don Blasco y sus hijos adoptaron, motivo por el cual, a la postre el reino se mostraría ingrato con mi familia.

Hallábame yo combatiendo con las tropas reales en Nápoles cuando en el año 1426 llegaron noticias de la grave enfermedad de mi padre, don Martín de Pertusa. El propio rey me otorgó permiso para partir raudo hacia Valencia, donde se hallaba nuestra casa, al tiempo que me instó para que así lo hiciera. Pero la muerte no espera y antes de que pudiera arribar, mi anciano padre, sintiendo que había llegado su hora, solicitó recibir el Espíritu Santo. En medio del ritual irrumpieron en la casa un séquito de monjes dominicos con unos guardias fuertemente armados. “¡Herejía!”, gritó el inquisidor, y fueron todos apresados: mi padre, mi madre, mi hermana, mi esposa, mis tres hijos y mis criados. Los que opusieron la más mínima resistencia fueron allí mismo vilmente asesinados. Los demás, murieron entre múltiples tormentos, así como de inanición y debido también a las insalubres condiciones de vida en las mazmorras.

Yo nada pude hacer y suerte tuve de que mi elevada posición me permitió ser avisado a tiempo de lo ocurrido, motivo por el cual logré huir antes de que los implacables perseguidores de nuestra fe salieran a mi encuentro.

¿Dónde ir? Valencia, Aragón o Cataluña no eran seguras. Nápoles tampoco, puesto que era objeto de deseo de Alfonso de Aragón. No obstante, sí podía acudir al norte de Italia, a Venecia, un país de oportunidades, donde nadie me conocía. No obstante, allí me presenté como un viajero valenciano y preferí cambiar de nombre y ocultar mi identidad. En esos momentos nada poseía, por lo que había dejado de ser caballero y pasé a ser Guillem Peris, un simple peregrino que retornaba a su tierra tras peregrinar a Tierra Santa y que estaba haciendo escala en Venecia. Allí, teóricamente, Guillem debía conseguir con el trabajo de sus manos la cuantía suficiente para pagarse el viaje a Valencia. De esta forma, tras múltiples peripecias finalmente comencé a trabajar como Guillem Peris en obras de cantería, entre las que destaca los trabajos de ampliación del palacio ducal de Venecia. Con este oficio empecé como un simple peón, pero más tarde fui aceptado como aprendiz y finalmente, y tras no poco esfuerzo físico, mental y económico, alcancé el grado de maestro cantero. Desde el primer momento en el que cogí martillo y cincel descubrí cómo el arte de labrar la piedra se me daba bien, pues parecía como si hubiera nacido para ello. Es por ello por lo que comencé a adquirir una gran fama y una enorme fortuna desarrollando mi don recién descubierto.

De forma que los ecos de las obras del cantero Guillem Peris llegaron en el año 1446, siendo yo ya un anciano de cincuenta años, incluso a la corte napolitana de Alfonso de Aragón. ¿Cómo aquel rey, amante del lujo y el refinamiento, qué traía a su corte a gentes de todos los confines del mundo, podía dejar escapar a un artista procedente de su reino valenciano? Debido a ello aquel afamado maestro cantero que había trabajado en obras de renombre en la bella Venecia, el vecino del norte, comenzó a recibir pequeños encargos por parte del rey. Y los acepté, pues sabía que era el destino lo que había querido que volviera a encontrarme con él. Cierto es que fue la Iglesia católica la que condenó a mi familia, pero no es menos verdad que fue él quien aportó la fuerza militar para realizar las detenciones y el encarcelamiento de todos ellos. A partir de entonces sólo una idea pasó por mi cabeza para vengarme de Alfonso: revelar el secreto que los reyes aragoneses y mi familia llevábamos guardando desde hacía siglos.

Los encuentros entre el cantero Guillem Peris y Alfonso de Aragón fueron breves, ya que un rey siempre anda ocupado en múltiples asuntos. Gracias a ello, a los veinte largos años transcurridos desde mi huida y a los largos cabellos y a la poblada barba que ahora poseo, ambos muy blancos, el rey jamás llegaría a sospechar que Guillem Peris y don Pedro de Pertusa eran en realidad la misma persona.

Todos mis trabajos eran del agrado del rey, motivo por el cual cuando Alfonso de Aragón quiso preparar algo especial para conmemorar los doscientos diez años de la batalla de El Puig, en la que su antecesor en el trono, Jaime el Conquistador derrotó a la caballería sarracena de Valencia, me encargó una losa que recordara la victoria obtenida en dicho combate. Siendo entonces un pobre viejo, comprendí que nada ya tendría que perder si regresaba a mi tierra. Es más, pronto ello me brindaría la

oportunidad de revelar El Secreto, la única forma posible de vengarme. Llegué a Valencia en el año 1447, dispuesto a iniciar el trabajo que se me había encargado, y poco tiempo me llevó descubrir algo que me quebró el corazón. El menor de mis hijos, Vicente, había sobrevivido a la purga a la que fue sometida mi familia y para reconducir su vida espiritual había sido ordenado fraile de la orden del Císter.

¿Cómo pudo mi hijo menor librarse de hallar la muerte en prisión como había ocurrido con todos sus parientes? Tengo conocimiento de que las mazmorras empleadas para encarcelar a mis familiares procesados por la Inquisición eran fétidos y estrechos cuartuchos de solamente unos doce pies de largo por diez de ancho, lúgubres lugares en los que los desgraciados reos recibían únicamente iluminación procedente de un tenue hilo de luz que penetraba en la celda a través de una rendija ubicada en la parte más alta de una de sus paredes. Es por ello por lo que mis queridos familiares y sirvientes a buen seguro que permanecieron constantemente desorientados mientras duró su cautiverio. De esta forma quedaban aislados por completo del exterior, a lo que también colaboró que no pudieran llevar consigo ningún objeto personal, pues fueron obligados a desprenderse de todo, incluso de sus propias ropas. Allí los encerraron de seis en seis y, en el mejor de los casos, debían dormir sobre un tablado de madera colocada a ras de suelo, que hacía las veces de cama, o directamente sobre el frío y húmedo piso, el cual daba apenas espacio para que todos pudieran permanecer tumbados a un tiempo. Y eran tan sucias y húmedas estas celdas que había en su enrarecido ambiente un penetrante olor a moho putrefacto, de tal forma que en esas asquerosas condiciones cualquier tejido o alimento nada tardaba en malograrse. No obstante, la comida que recibían los presos consistía únicamente en una pequeña ración de pan duro que en no pocas ocasiones se encontraba lleno de inmundos gusanos. Del mismo modo, recibía cada reo un único vaso de agua al día, recipiente que llenaba el carcelero a partir de un sucio cántaro que jamás se limpiaba y que contenía larvas, así como excrementos y orines de roedores. A la fetidez y la insalubridad de este repugnante lugar colaboraba también, en buena medida, que los acusados se vieran forzados a recoger sus deposiciones en unos pequeños recipientes de barro, insuficientes para dar cabida a las necesidades corporales de toda una semana, periodo de tiempo en el que únicamente eran vaciados una vez éstos orinales por el carcelero.

Y muy pronto comenzarían también a recibir torturas todos los miembros de mi estirpe y el resto de mi gente, pues tenía interés el inquisidor en conseguir con premura su confesión admitiendo que su conducta religiosa era herética. Una vez logrado esto era objetivo de este cruel fraile que el reo se arrepintiese de todos sus crímenes o, de lo contrario, continuaría por tiempo indefinido en prisión hasta dictarse la sentencia definitiva que le condenaría a muerte. Es por ello por lo que todos y cada uno de los apresados en mi casa y en otras zonas de Valencia, es decir, mis familiares, mis criados y mis amistades más próxima, fueron conducidos a lo más profundo de aquellas mazmorras para sufrir el tormento que se acostumbraba a dar en

estos casos. Todos ellos pasarían en primer lugar por la garrucha, de forma que serían colgados desnudos por un verdugo mediante este artilugio que quedaba sujeto a una viga de la techumbre bien alto, con las manos atadas a la espalda por una cuerda sumamente tensa. Una vez transcurrido así un cierto tiempo el verdugo los dejaba caer de improviso deteniendo el impacto con el suelo repentinamente, de forma que todos los huesos del pobre desgraciado así torturado parecía como sí se quebraran, así como las cuerdas se incrustaban en su carne. El proceso se repetía varias veces hasta que el reo confesaba al fin o hasta que el inquisidor considerase, deteniéndose normalmente este tormento justo antes de que el prisionero pudiera llegar a recibir heridas mortales. De ocurrir esto último, es decir, en el caso de que el acusado se encontrara al borde de la muerte y no hubiera aún confesado, se le devolvía a su celda hasta que estuviera listo para sufrir una nueva tortura.

El siguiente tormento utilizado sería el potro, para el cual el verdugo ataba al procesado en este aparato y, acto seguido, aplicaba progresivamente vueltas al garrote que tensaba sus cuerdas estirando el cuerpo del reo. Y por si ya de por sí la respiración del pobre desgraciado que allí estaba sufriendo tormento no resultaba todavía lo suficientemente dificultada, el verdugo pronto introducía también un trozo de tela en su boca, dejando que una parte de la misma le cubriera la nariz, para a continuación ir empapando este tejido con agua constante y lentamente. Si aún así la víctima no confesaba, al igual que con la garrucha se detenía la tortura antes de que tuviera lugar la muerte, aunque el reo se encontraría entonces ya en tan mal estado que la sangre le brotaría, a buen seguro, abundantemente por la boca y por las múltiples heridas provocadas por las cuerdas en sus extremidades, las cuales, además, se hallarían también dislocadas o fracturadas.

De ocurrir esto último, es decir, de no lograr el inquisidor la confesión de culpa por parte del preso, se recurriría a un nuevo tormento, aplicado esta vez con la ayuda del fuego, para el cual los pies del procesado eran untados con aceite antes de colocárselos junto a una potente llama. La distancia entre el fuego y las extremidades inferiores del acusado se iba progresivamente acortando, con lo que de esta forma este pobre desgraciado cada vez se iba quemando más, experimentando con ello un gran sufrimiento.

Y por si no resultara ya suficiente con lo que he descrito, a los encarcelados no se les permitía quejarse en sus celdas por los dolores padecidos al haber sufrido todas estas penurias, de forma que si no obedecían esta norma eran atados y amordazados, con lo que no podían ingerir alimento alguno ni beber nada de agua. Y en no pocas ocasiones eran, así mismo, también azotados.

Estos castigos y torturas se aplicaron sin distinción de sexo ni de edad a todos los procesados por herejía o por no denunciar nuestra falta de lo que la Iglesia romana considera ortodoxia. Es por todo lo que aquí describo por lo que, como todos podréis comprender, ninguno de los que no abjuró de su fe sobrevivió demasiados días en prisión y, en consecuencia, éstos no tuvieron tiempo ni tan siquiera de poder llegar a

escuchar la sentencia definitiva del tribunal que los juzgaba. Pero el caso de mi hijo menor, Vicente, sería porque así lo quiso Dios, una excepción, pues siendo tan joven como era su alma no estaba todavía preparada para lograr que su cuerpo resistiera todos estos castigos, motivo por el cual renunció finalmente a su religión a cambio de dejar de padecer aquellos martirios y de salvar su vida, acto por el cual está por mi parte perdonado. Del mismo modo, aquellos de mis criados, así como todas mis amistades, que no eran seguidores del credo predicado por los bons homens, pudieron también esquivar a la muerte confesando simplemente su crimen como fautores de herejía y cumpliendo para ello, además, con la penitencia impuesta. A todos ellos mismamente les perdono, pues es un defecto inherente al ser humano no siempre hallar el camino correcto, y además estoy convencido que así actuaron por instinto de supervivencia y no con intención alguna de traicionarme.

Y aunque a todos pueda extrañar todo lo que aquí he contado yo admito en el nombre del Todopoderoso y por la honra de mi hijo Vicente que es todo bien cierto y que nada es fruto de mi invención, pues como persona influyente que un día fui, y que a día de hoy aún continuo siendo, esta información pude obtenerla de personas de mi plena confianza que tampoco mintieron al respecto.

Sería a partir del momento en el que descubrí que mi hijo Vicente estaba vivo cuando comprendí que entonces mi mayor deseo era no poner en riesgo su vida, motivo por el cual llegué a la conclusión de que mi secreto iría conmigo a la tumba. Y por eso es en mi sepulcro donde el secreto será revelado en su totalidad. Y si ya resultó duro para mí no poder saciar plenamente mi sed de venganza, ahora a esto se añadía una nueva inquietud y una fuerte sensación de impotencia, debido a que de una u otra forma anhelaba comunicar a mi hijo que yo aún seguía vivo. Pero muy claro tenía que no podía presentarme en el monasterio de San Bernardo de Rascanya, donde había tomado los hábitos, para buscarlo y entrevistarme con él, ya que era demasiado peligroso actuar de esta manera.

—Un momento. ¿Has dicho San Bernardo de Rascanya? —pregunta Mario muy excitado.

—Sí —asiente Javier, y nuevamente Mario plantea otras cuestiones.

—¿Sabes qué este antiguo monasterio fue en la Edad Contemporánea una prisión y más tarde un colegio? ¿Sabes qué está en el barrio de Orriols, donde yo me crié? ¡Adivina quien estudió en dicho colegio!

Javier sonríe y continúa leyendo.

—Tampoco podía escribirle una carta, aunque fuera en clave, dado que el más mínimo detalle podía no pasar inadvertido para los implacables inquisidores, los perseguidores de nuestro sagrado culto, que a buen seguro continuarían vigilando a Vicente, quien para ellos sin dudas siempre sería sospechoso de ser un hereje relapso. ¿Qué podía hacer entonces? Me sentía ya muy viejo, mi hora final se aproximaba y no descansaría en paz hasta que

podiera satisfacer este nuevo deseo. Pero por suerte, los seres humanos en el ocaso de nuestras vidas poseemos una mente cuyo funcionamiento es más pausado, lo que nos permite reflexionar de manera más sosegada a la hora de resolver problemas complejos, con lo cual damos con la solución más correcta sin que exista riesgo de precipitarse, pues para nosotros el poco tiempo que nos queda siempre es aprovechado al máximo como si de un regalo celestial se tratase, al contrario de lo que nos ocurre cuando somos jóvenes, aún cuando esto resulte paradójico, pues en la etapa de nuestra vida en el cual nos quedan muchos años por delante es cuando más ansiosos nos sentimos por el apremio que nos invade a la hora de hacer cualquier cosa.

Debido a ello, mientras avanzaba en los encargos de cantería y grabado de la piedra que me habían realizado en el reino de Valencia, se me ocurrió que podía utilizar mis nuevas influencias en la corte aragonesa para colaborar de manera desinteresada en las obras de restauración del monolito fundacional del monasterio de Rascanya y en la estatua de San Bernardo de Claraval que allí estaba presente, en cuya base añadí, finalmente, una losa en la que una pequeña cita hacía alusión al Grial, aportando además una clave oculta. De esta forma, dado que mi hijo conocía también El Secreto por ser miembro de la familia Pertusa, conocimiento arcano que solamente un custodio del Grial puede saber, cuando éste viera el texto contenido en la losa podían ocurrir tres cosas. Que mi hijo comprendiera al descubrir el mensaje oculto que su padre seguía con vida, con lo cual mi alma podría ya reposar en paz. O que mi hijo nunca reparara en la existencia de dicho texto, con lo cual yo nada tendría que perder con intentar que éste le llegara. O bien que mi hijo me delatara al descubrirlo, traicionando con ello a su propio padre, aunque, en cualquier caso, Vicente de Pertusa salvaría la vida al demostrar su ortodoxia acusando a un hereje.

Y fue así como ejecuté mi obra en el monasterio de San Bernardo y a partir de entonces y hasta el día de mi muerte juré utilizar este mensaje oculto como sello personal en todas mis obras junto a mi habitual marca de cantería. De esta forma serían firmados todos mis trabajos del país: la losa de la batalla de El Puig e incluso mi propio sepulcro; así como mis obras en el extranjero, la más importante de las cuales es la base de la estatua del emperador de Oriente, Marciano. En todas ellas el mismo mensaje en clave anunciando la revelación contenida en este pergamino depositado en mi sepulcro.

Y de esta forma transcurrirían los que intuía que serían mis últimos meses, firmando las que a buen seguro serían mis obras finales de cantería y preparando concienzudamente mi propia tumba, al tiempo que comenzaba la redacción de este pergamino que...

Javier detiene la lectura porque ha llegado a la zona donde la piel comienza a estar en mal estado como consecuencia de los daños sufridos, al quedar el pergamino partido en dos.

—Nos va a resultar complicado leer las pocas líneas que aún nos quedan para acabar este fragmento del pergamino, fíjate que aquí el texto resulta ya muy poco legible —comenta Javier, sumamente decepcionado.

Javier se levanta entonces de la silla, fruto de la desesperación por no poder leer el pergamino completo, e impotente comienza a dar vueltas alrededor de la mesa pronunciando con un leve susurro lo que parece ser una frase en latín. Mario, contrariado por no poder saber más sobre el mensaje contenido en el texto medieval, no deja de seguir a su colega con la mirada, hasta que tras estar así por lo menos un par de minutos, finalmente consigue leer los labios de Javier, a la par que él mismo pronuncia la siguiente frase en latín:

—*SCYPHUM CHRISTUS MYSTERIUM REUELATUM ERAT OREMUS IN NOMINE IUDAS APOSTOLUS
FALSUM PAENITENDUS EST QUOD IAM SANCTUM EST*

—Acto seguido, el sepulturero afirma: —Ese es el mensaje que deben de contener las últimas obras del cantero antes de su muerte.

Y de nuevo, perfectamente sincronizados, los dos colegas se miran fijamente a los ojos para pronunciar la misma frase al unísono:

—El secreto de la copa de Cristo fue revelado. Oremos en el nombre de Judas, falso apóstol finalmente arrepentido que por ello ahora santo es.

Tras esto Javier continúa dando vueltas lentamente sobre la mesa, que aun sirve de soporte para el desenrollado fragmento de pergamino, al tiempo que sigue diciendo la misma oración en latín, ahora en un volumen perfectamente audible, como si su cabeza tratara de buscar la inspiración en tan misteriosas palabras para poder resolver el enigma que les ha surgido. Paralelamente, Mario saca del bolsillo su teléfono móvil y tras buscar en el menú de las fotografías procede a releer para sí en la pantalla el texto en latín, lengua ésta que él sí domina, grabado sobre el sepulcro de Pedro de Pertusa. Así permanece varios minutos, observando detalladamente la escritura epigráfica de la imagen, al tiempo que Javier continúa con sus giros y con su especie de “rezo” latino.

—Lo que estamos leyendo no es el contenido que el caballero de Pertusa pretendía mostrar, el mensaje revelador se haya oculto entre estas palabras —comenta finalmente Mario sin dejar de mirar las fotos de su celular—. ¿Estarán desordenadas? —Es entonces cuando el arqueólogo comienza a cambiar de posición la pantalla del teléfono colocándola alternativamente en vertical y en horizontal hasta que al cabo de un rato grita lleno de excitación—. ¡Javier, ven a ver esto, fíjate, lee sólo las palabras

que aparecen al principio de cada párrafo, lee de arriba hacia abajo y olvídate del resto! ¿Qué dicen al unir las de esta forma? “*Scyphum falsum est*”. ¡La copa falsa es! ¡El Grial es falso! ¡El Grial que hay en la catedral de Valencia y que pensamos que fue custodiado por el caballero de la tumba es falso!

—Estoy alucinando Mario, acabas de dar con la clave para desvelar un secreto que llevaba oculto seis siglos, a pesar de que parte de la prueba principal, es decir, este pergamino, no está completo —comenta Javier, mientras Mario prosigue con su disertación, plenamente lanzado.

—¡Ese era el principal mensaje revelador que quería contar Pedro de Pertusa! Cuando su antepasado, el caballero Blasco de Pertusa, bebió de “la sangre de Cristo” no le fue entregado el Grial físico, se refería a un Grial inmaterial, recibió realmente lo que los cátaros llamaban el *consolament*, una especie de sacramento, el único de su religión, que automáticamente te otorgaba el grado de perfecto y que, a su vez, liberaba el alma de todo pecado, motivo por el cual era empleado como si fuera la extremaunción para aquellos creyentes que estaban en el lecho de muerte. No hemos caído en la cuenta de que no se menciona ninguna anécdota sobre la vida de Blasco tras leer la parte del texto en la que éste es herido en la batalla de Muret, simplemente porque este moribundo caballero recibió el *consolament* y, aunque no conste en el pergamino, acabó muriendo. Por ello su hijo Jaime fue educado por los cátaros tolosanos, mientras que Juan marchó a la corte aragonesa junto al niño-rey, Jaime I el Conquistador. El pergamino está relacionado con el Grial pero de otro modo, no nos va a contar el trozo que nos falta más detalles de cómo el antepasado del cantero (o más bien caballero) recibió una copa del siglo I de manos de los perfectos cátaros, acabará diciéndonos, sin duda, que la reliquia que llegó a Valencia en tiempos de Alfonso V el Magnánimo y Pedro de Pertusa, es decir, en el siglo XV, es falsa. Esta era la venganza que al parecer tramaba Pedro de Pertusa: revelar que el Grial, el objeto más sagrado de toda la Corona de Aragón, una de las reliquias que cualquier devoto más desearía tener entre sus manos, la pieza cerámica que aún a día de hoy se venera en la *Seu del Turia*, no es más que una falsificación.

—¡Mario, chaval, vas lanzado! —exclama bromeando Javier—. ¿Me vas a dejar hablar a mí?

—Sí, claro —responde Mario—. Precisamente ahora tengo una pregunta para ti. Hay una cosa en todo esto que no me acaba de cuadrar. ¿Cómo es posible que el cátaro Pedro de Pertusa se autodenominara “custodio del Grial”?

—Pues muy fácil, Mario —responde Javier—. Puede que “custodio del Grial” sea un cargo honorífico recibido originalmente por la familia Pertusa, en concreto por parte de Blasco, a quien parece ser que le fue otorgado con carácter póstumo. Este título sería heredado en adelante por sus descendientes hasta llegar a manos de Pedro de Pertusa. Puede ser que la familia Pertusa, históricos mesnadero reales, portaran el honor de ser denominados guardianes de la reliquia más preciada de la Corona de Aragón.

—¡Vaya! De la forma que lo has expuesto parece que ya todas las piezas de este *puzzle* acaban de encajar —exclama el sepulturero—. Pero de todos modos lo que más claro está de este embrollo es que hay que hallar el resto del pergamino para ver qué más dice y confirmar nuestras sospechas, también debemos leer esta parte del texto que no poseemos para descubrir por qué hay intereses depositados en evitar que desvelemos este secreto oculto durante siglos y por qué hay quien asesina con tal de alcanzar este objetivo.

—Sí —responde Javier y continúa comentando—, pero ante lo complicado y peligroso que debe resultar hacerse con el resto del pergamino quizá antes deberíamos confirmar que estamos en lo cierto verificando la existencia de la escritura epigráfica que Pedro de Pertusa afirma que grabó en la base de la estatua de San Bernardo de Claraval. De coincidir su contenido con el que hallamos en el sepulcro del caballero sólo nos quedará hallar el resto del pergamino para refutar tu teoría. Lástima que la losa conmemorativa que mi equipo encontró en la excavación de El Puig esté tan dañada que no podamos leer completamente su texto, porque aunque muy probablemente sus palabras digan lo mismo que lo que vimos en la tumba nunca podremos llegar a confirmarlo.

—Cierto, es un fastidio, pero no podemos hacer nada al respecto —se lamenta Mario y continúa diciendo—. Mañana mismo por la tarde, cuando acabe de trabajar, me acerco a mi antiguo colegio, a lo que antaño fue el monasterio de San Bernardo de Rascanya, luego conocido como San Miguel de los Reyes y que ahora es la sede de la Biblioteca Valenciana. Es más seguro que tú te quedes aquí y que no me acompañes. Además, yo me conozco algo el complejo, aunque el colegio solamente ocupaba un área determinada del mismo y cuando yo estudiaba allí había bastantes zonas a las que no se podía acceder. ¿Qué te parece?

—A mí bien —contesta Javier—, así yo puedo aprovechar para tratar de ver qué dice la parte final del fragmento de pergamino que tenemos en nuestro poder, aunque, poco quedaría ya por leer y no estaría mal rematar el tiempo restante intentando averiguar un poco más en el monasterio de El Puig...

—¿Estás loco? —vocifera Mario—. ¡Ni se te ocurra moverte de aquí a no ser que tu vida corra un peligro inminente porque algún extraño merodee por los alrededores! Es preferible que mi abuelo se acerque dando un paseo y que mientras visita el monasterio observe bien para ver si nos informa sobre algo interesante.

—Mario, con todos mis respetos, tiene noventa y cinco años. Ya sé que todavía conserva una mente muy lúcida y que tiene un físico impresionante, pero no deja de ser un anciano —comenta Javier.

—Ya —replica Mario— pero así no levantará sospecha alguna. ¿No te ha contado que tras la Guerra Civil estuvo refugiado en Francia y colaboró con la resistencia durante la ocupación alemana? ¡Es una especie de agente secreto retirado!

Mientras dice esto, Mario está observando las fotografías obtenidas recientemente con su teléfono móvil.

—Por cierto —comenta Mario al detenerse a ver los detalles de una de las imágenes que tiene almacenadas en su celular—, no sé si te habrás fijado en la marca de cantería de Guillem Peris: un rombo dividido en dos, o lo que es lo mismo, dos triángulos invertidos uno con respecto al otro, con cruces en su interior. ¿No te sugieren nada, Javier?

—Ahora que lo describes, puede que sí —le responde Javier—. No había caído en que el rombo dividido en dos mitades da lugar a sendos triángulos en contacto a través de sus bases. El triángulo con una cruz en su interior puede ser una alusión al Cáliz de Cristo.

—Efectivamente, estoy totalmente de acuerdo contigo, Javier —contesta un eufórico Mario, que parece lanzado a emitir otra de sus características hipótesis—. Fíjate que el triángulo de la parte superior de la marca de cantería tiene la cruz de su interior invertida, símbolo que puede significar que ese Grial es falso. Pero no sólo eso, además se trataría de una copa inservible, puesto que no podría contener en su interior líquido alguno simplemente porque está boca a abajo. Este triángulo debe de representar al Grial material, la reliquia física que supuestamente es falsa y nunca estuvo presente en la Última Cena ni en las manos del Mesías de Nazaret. En cambio, el triángulo de la parte inferior de la marca de cantería, el que no está invertido, como tampoco lo está la cruz de su interior, debe simbolizar al verdadero Grial, el Grial cátar, aquel Santo Cáliz que es inmaterial y que todo buen cristiano debería buscar hasta conseguir finalmente hallarlo en el Espíritu Santo, o eso al menos debían pensar los seguidores de la religión dualista predicada por los *bons homens*. Encontrar el Grial constituiría, en definitiva, lograr la unión con Dios.

Javier no puede evitar reír, aunque trata en todo momento de hacerlo de forma excesivamente sonora, pues no es su deseo herir el orgullo de Mario.

—Mario, Mario, mi buen Mario, no continúes especulando con esta especie de claves ocultistas porque, aunque lo que estas comentando tiene cierto sentido lógico, no podemos caer en el error de hablar por hablar como simples charlatanes que venden por ahí su esoterismo barato —responde, no obstante, Javier de forma tajante, aunque no exenta de un profundo respeto hacia su colega—. No me malinterpretes, no es que esté contradiciendo tu teoría, sino más bien te recomiendo que no lancemos las campanas al vuelo. Somos profesionales y tenemos al alcance de la mano las pruebas que pueden refutar la hipótesis de que el Santo Cáliz que hay depositado en la catedral de Valencia es falso, así como confirmar nuestra sospecha de que el declarado seguidor del catarismo, Pedro de Pertusa, autor a su vez de estas misteriosas marcas de cantería, se refiere en el pergamino muchas de las veces que habla del Cáliz a la existencia de un Grial espiritual, para él, a buen seguro, la única y verdadera reliquia de la cristiandad.

—Si lo cierto es que tienes razón en todo lo que acabas de decir, pero no me podrás negar otra evidencia. —Mario parece nuevamente envalentonado y da la sensación de que esa especie de sermón que acaba de recibir por parte de su colega

no le haya afectado ni lo más mínimo—. ¿Qué opinas de la rúbrica *S G* de Guillem Peris, cuyo autor real no es otro que el caballero Pedro de Pertusa?

—Pues he de decir que... —Trata de responder Javier, pero es interrumpido bruscamente por un entusiasmado e impetuoso Mario.

—No me digas más, para ti son las siglas que se corresponderían con las palabras en latín *Signum Gulielmus*, es decir *lo firma Guillem*. Sin embargo, a mi me parece demasiada casualidad tener como marca de cantería una figura que recuerda sobremanera al Santo Grial y a su vez emplear junto a ésta la rúbrica *S G* ¿No lo ves Javier, o es qué estas ciego?

Javier no puede evitar reír ya a carcajadas.

—Perdona Mario, sin ánimo de ofender, pero es que eres una especie de monstruo —comenta Javier con la voz entrecortada como consecuencia de su sonora risa—. Tienes toda la razón del mundo, eso es justamente lo que había pensado: *Signum Gulielmus*. Empleando esas letras como rúbrica lo que probablemente pretendía el caballero de Pertusa era, en primera instancia, que la mayoría de la gente, es decir, los no iniciados, interpretaran que se trataba de su firma. Pero ahora me has abierto los ojos y... ¿Por qué no? ¿Por qué no podrían ser las siglas de *Santo Grial*? Te lo digo muy en serio, Mario, no me río de ti, solamente es que me hace gracia cómo puedes ser un tipo extremadamente formal y tan sumamente tranquilo, hasta que de repente una de tus ideas provoca una especie de volcán en erupción en tu interior y te aceleras al máximo de forma que ese pensamiento llega a aflorar de ti en forma de palabras.

—Bueno chaval, me conformo simplemente con que al menos en parte me des la razón —responde Mario sin poder evitar mostrar en su rostro una marcada sonrisa, pues en el fondo sabe perfectamente que su colega, aún siendo mucho más prudente que él, está casi al cien por cien de acuerdo con sus arriesgadas hipótesis.

Mañana del miércoles 15 de octubre de 2014

Un anciano espera en la puerta de acceso para las visitas del monasterio de El Puig, mientras que un hombre de mediana edad, apoyado en una mesa con un rollo de piel extendido, se halla encerrado entre cuatro paredes en algún lugar en medio de la huerta valenciana y otro varón, algo más joven que este último, poda un seto de falso boj en un cementerio municipal. Mientras el primero trata sin éxito de acceder al edificio mercedario, cuya visita está clausurada por orden judicial, motivo por el cual al poco tiempo estará de regreso; el segundo emplea una lupa y una linterna para repasar las últimas palabras escritas en el fragmento de pergamino medieval y a la vez realiza anotaciones en un pequeño cuaderno; así como el tercero finaliza por la tarde su jornada laboral en el camposanto y retorna al marjal en el que se localizan el huerto y la caseta de su abuelo. Y así transcurren las horas de ese día, de forma que, cuando Javier repara con su *cutter* los desgarros que presenta el pergamino en su extremo cortado, escucha golpear la puerta y al mismo tiempo una voz que reconoce como la voz de Mario Tejedor.

—Somos nosotros. —Dice Mario desde el exterior del edificio.

—Vale, entrad, entrad —responde Javier.

Y entonces, abuelo y nieto irrumpen en la pequeña estancia, aproximándose a la mesa sobre la cual se encuentra la piel curtida que contiene la crónica del siglo xv perteneciente al caballero Pedro de Pertusa.

—¿Qué tal el día? —pregunta Mario y prosigue diciendo—. Don Juan no ha podido averiguar nada en el monasterio, excepto que permanece cerrado con motivo de la investigación de los asesinatos. ¿Y tú, has conseguido leer algo más?

Es entonces cuando de forma inmediata Javier abre su pequeña libreta y comienza a leer unas anotaciones de su puño y letra.

—Y de esta forma transcurrirían los que intuía que serían mis últimos meses, firmando las que a buen seguro serían mis obras finales de cantería y preparando concienzudamente mi propia tumba, al tiempo que comenzaba la redacción de este pergamino que cuenta la historia de mi familia y mi propia vida, y que se erige en el único documento existente que revela la verdad sobre la Sagrada Reliquia venerada por los reyes de Aragón desde que once siglos después del nacimiento de nuestro señor Jesucristo ésta llegara a la gruta de Juan el Bautista (...).

—¡Eureka, el Santo Cáliz que fue depositado en el monasterio de San Juan de la

Peña, estábamos en lo cierto Javier, va a contar la verdad que esconde dicha reliquia!
—exclama Mario con gran excitación, mientras Javier continúa leyendo su cuaderno.

—(...) llamado santo por los católicos, pero para las creencias predicadas por los bons homens un simple mortal como cualquier otro. No obstante, no es su persona lo que detesta nuestra religión, sino el sacramento del bautismo, ritual que según cuenta la tradición empezó a practicar el susodicho Juan. Pues nuestra comunidad considera que un inocente niño no debe recibir sacramento alguno, ya que no posee uso de razón y no tiene, por lo tanto, capacidad para decidir sobre ello. Es por eso que los perfectos no reconocen el bautismo, pero al mismo tiempo tampoco tiene valor para nuestra religión ningún otro de los sacramentos impartidos por la Iglesia católica, porque éstos son superfluos, están vacíos de espiritualidad y se encuentran llenos de boato y de un fastuoso ceremonial en el que prima lo material sobre el significado místico que supuestamente deberían tener. En su lugar los bons homens administran únicamente el consolament, acto sencillo en el que un creyente iniciado, es decir, un creyente cuya alma está preparada para apartarse del Mundo y para renunciar a todo lo material, recibe el Espíritu Santo. Porque es en el Mundo terrenal donde habita el Maligno, reino material en el que todo lo tangible es obra suya.

Ya desde tiempos muy remotos algunas creencias religiosas comenzaron a plantearse la cuestión de la existencia del Mal como un problema de difícil respuesta. Y es que ya nuestros antepasados de la Antigüedad hallaron ante sí la existencia de un Mundo en el que reinaban los infortunios. Fuerzas de la naturaleza y hambrunas generalizadas que matan a poblaciones enteras. Terribles epidemias que acaban con la vida tanto de inmaculados como de pecadores. Guerras constantes que no sólo dan muerte al ser humano, sino que también lo destruyen eliminando su propia esencia: la libertad. Tanto es así que la esclavitud ha colocado sus grilletes al hombre desde tiempos ancestrales, y no sólo ocurre esto con los prisioneros de guerra, pues los poderosos llegan también a dominar a los débiles dentro de un mismo país imponiendo a estas pobres gentes pesadas cargas serviles y cobrándoles abusivos impuestos, mientras que ellos llevan una vida de puro derroche, llena de un desmedido lujo.

¿En quién puede ampararse el hombre para lograr obtener consuelo por su desdichada vida? Teóricamente debería de darles cobijo el Todopoderoso, pues su benevolencia y omnipotencia le facultan para ello. No obstante, estos atributos de los cuales es poseedora la Divinidad hacen que ésta sea al mismo tiempo una entidad de naturaleza maligna. ¿Cómo es posible si no que este Ser permita siendo todopoderoso que los humanos que él mismo ha creado padezcan todas estas penurias? ¿Cómo, así mismo, es esto también

posible si este Ser es además benefactor? ¿Deja de ser por lo tanto omnipotente la Divinidad o bien posee dos naturalezas, una benigna y otra maligna? Dios no puede dejar de ser todopoderoso, pues esta virtud es consustancial a su propia naturaleza divina. No obstante, por este mismo motivo el Maligno también es omnipotente y ambos se enfrentan en una continua lucha. He aquí el origen del Mal, al igual que el del Bien procede de Dios. Pues tanto uno como otro forman parte de una dualidad indisoluble, en un equilibrio constante, cuya balanza puede desplazarse hacia uno u otro lado según obremos los humanos. Porque con nuestros actos podemos contribuir a que la victoria del Bien esté más próxima, aunque no se producirá de manera definitiva hasta que lleguemos al Fin de los Días y en la Batalla Final el Mal sea completamente erradicado. Será entonces cuando el Mundo será ya únicamente Espiritual. Será entonces cuando todas las almas convivan con Dios. Pero mientras esperamos la llegada de este día todo hombre puede preparar su propio camino para alcanzar a la Divinidad a través de la purificación de su propio Espíritu. Unos pocos elegidos logran con relativa rapidez adquirir la preparación necesaria para que su alma llegue al Espíritu Santo a través de duras pruebas de fe que incluyen llevar una austera vida llena de renunciaciones. En cambio la mayoría de los creyentes sólo estamos listos para enfrentarnos a este desafío cuando nos encontramos en el lecho de muerte, y mientras nos llega esta hora aprovechamos el tiempo que nos da Dios para permanecer en el Mundo de la materia y ayudar a nuestra comunidad y a nuestros hermanos, practicantes de nuestra religión o de cualquier otra, a la hora de desarrollar todas aquellas funciones esenciales para la supervivencia que han sido prohibidas a los perfectos, tales como la procreación o el derecho de la legítima defensa, para lo cual incluso se hace necesario el uso de armas, siempre y cuando se trate de amparar causas justas. Y es por ello por lo que aunque a veces pecamos, ocasión tenemos más tarde de arrepentirnos, pues nuestros perfectos son comprensivos con las debilidades humanas y debido a ello podemos confesarlos en una (...).

Javier finaliza aquí la lectura.

—Se acabó, creo que lo que dice la última palabra de esta frase es “ceremonia”, pero ya no se puede leer nada más pues el rasgado texto se corta justo en esa línea — comenta muy serio el director del yacimiento arqueológico de El Puig, claramente decepcionado por no poder contar nada más.

—No te preocupes, ahora mismo me acerco a San Miguel de los Reyes para ver si puedo localizar la estatua de San Bernardo de Claraval —trata de animar Mario a su colega.

—Un momento, un momento —vocifera el abuelo—. ¿Dónde vas con tanta prisa?

¡Seguro qué llegas tardísimo, come algo antes!

Pero Mario ya está saliendo por la puerta.

Dan las ocho de la tarde y Juan y Javier se encuentran comiendo sobre la mesa, con el pergamino ya apartado a un lado y cuidadosamente doblado, tomando también sendas copas de vino mientras, a la tenue luz de una única bombilla, mantienen, como ya parece ser habitual siempre que se encuentran solos, una agradable conversación sobre los conflictos bélicos que asolaron Europa hacia mediados del siglo xx y que el anciano vivió de primera mano.

Y así acaban dando cerca de las diez, momento en el que una tercera voz puede llegar a escucharse en la sala.

—Soy yo —dice Mario desde fuera de la caseta al tiempo que golpea suavemente la puerta y desliza la llave por la cerradura.

El sepulturero muestra a los allí presentes una expresión extraña en la cara que no se sabe apreciar demasiado bien si se trata de un rostro decepcionado o satisfecho, al tiempo que presenta un deplorable aspecto, con toda la ropa húmeda y manchada de barro. Pero pronto las explicaciones de Mario sacará de dudas a Juan y a Javier.

—Tengo dos noticias, una buena y otra mala. ¿Por cuál empiezo?

—Venga, ya estamos con las tonterías —replica Javier, y Mario prosigue.

—OK, creo que comenzaré por la mala. La biblioteca estaba cerrada, ya que me he entretenido un poco y cuando he llegado a San Miguel de los Reyes era ya demasiado tarde, así que no he podido acceder al antiguo monasterio y, como es lógico, tampoco he podido consultar los documentos allí depositados para averiguar un poco acerca de la estatua y sobre el lugar exacto donde puede localizarse. Esto nos retrasará algo a la hora de verificar que lo que dice el pergamino es cierto y que la losa que hay en la base de la estatua de San Bernardo de Claraval existe. Y, eso lógicamente, provoca que debas permanecer aquí un poco más de tiempo encerrado, ya que todavía eres el principal sospechoso de los tres asesinatos.

—Así es —afirma Javier y añade—. Pero continúa, continúa.

—La buena noticia —prosigue Mario con lo que prácticamente estaba siendo un monólogo— es que (bueno, en realidad son dos buenas noticias) antes no os he dicho que tengo dos semanas completas de vacaciones, días estos en los que puedo dedicarme plenamente a indagar sobre este *affaire* del pergamino medieval, y que, por lo tanto, mañana me permitirán presentarme en San Miguel de los Reyes a primerísima hora para revisar la bibliografía que pueda hallar sobre el monasterio original, es decir, el de San Bernardo de Rascanya. La otra buena nueva es que...

—¡Qué eres un guarro, igual que cuando eras pequeño, seguro que ahora vas a explicar por qué vas todo sucio! —Le corta su abuelo, a grito pelado, impidiéndole acabar la frase.

—Como decía —continúa Mario, esbozando ahora ya de forma muy definida una amplia sonrisa—, la segunda buena noticia es que a día de hoy continúa existiendo el “pasadizo” que cuando tenía unos doce años descubrí con unos amigos, una vez que

ya teníamos el colegio nuevo en el barrio y que, por lo tanto, el edificio de San Miguel de los Reyes había sido clausurado. Bueno, en realidad no se trata de un pasadizo. Cuando éramos unos críos lo llamábamos de esta manera, pero consiste más bien en un tramo de las cloacas del monasterio, que pueden llevarte por debajo de los gruesos muros de piedra al interior del recinto de San Miguel. He podido comprobar que, aunque por lo visto he crecido y el paso es bastante estrecho, aún me puedo colar por ahí en caso de que sea necesario. Resulta que el edificio original del primer monasterio, o al menos eso creo, lo debo verificar mañana en la biblioteca, se localizaba en el actual ala norte del complejo, justo en la zona a la que da a parar el “pasadizo”. Dado que esa área se encuentra actualmente cubierta por los muros de lo que fue un presidio tras la desamortización del siglo XIX, no es visitable, por lo que me va bien tener ya cierta experiencia en acceder al lugar a través de las cloacas...

—¡Estás como una regadera pero creo que otra vez has hallado un posible resultado para un problema sumamente complejo! —Sentencia Javier simulando que protesta y acto seguido pregunta—. ¿Realmente te colaste en el recinto cuando eras un chaval?

—Efectivamente —responde Mario, notablemente excitado—, lo hicimos desde el muro norte del monasterio, que da a lo que actualmente son campos de cultivo, lo poco de huerta que todavía existe en la ciudad de Valencia. Pero un día llegamos demasiado lejos y nos pillaron *in fraganti*. Tuvimos que salir por piernas para que no nos cogieran y a partir de entonces pusieron una trampa que nos cerró definitivamente el paso. Por entonces no la pudimos mover. ¡Pero ahora algo se tendrá que notar el gimnasio! ¿No?

—Pues chaval, haz memoria cuando vuelvas a entrar y aprovéchate de tu experiencia previa por ahí dentro —trata de animarle Javier.

—Bueno, bueno, lo cierto es que bien poco vimos, ya que estaba todo lleno de vallas altas porque el edificio por aquel entonces se encontraba en un estado ruinoso —contesta, sin embargo, Mario un tanto desanimado—. Fue más la emoción de entrar en un lugar prohibido, el afán por descubrir algo nuevo, que lo que realmente pudimos observar. No obstante, sí que recordaba dónde se encontraba exactamente la entrada al “pasadizo”, la cual ya cuando la descubrimos, a finales de los años ochenta, quedaba bastante oculta a la vista de cualquiera que por allí pasara.

La conversación entre Mario y Javier se prolonga hasta la media noche, momento en el que el segundo de ellos repara en que Juan se ha quedado dormido sentado en una silla.

—¡Chaval son las tantas, coge a tu abuelo y llévatelo para que duerma en su casa! —exclama entonces Javier, al tiempo que mira su reloj de pulsera—. Al pobre se le va a partir el cuello con la postura con la que se ha quedado. Además aquí hace bastante frío y sería conveniente que tuviera encendida una estufa.

En pocos minutos Mario se marcha con su abuelo, Javier se queda solo de nuevo en la caseta y, sin nada mejor que hacer, enciende la televisión, aunque no llega a

hacerle demasiado caso, inmerso, como siempre, en sus fantasías medievales.

Mañana del jueves 16 de octubre de 2014

Son las nueve en punto y Mario ya está en la entrada del antiguo monasterio de San Miguel de los Reyes, sede de la actual Biblioteca Valenciana. Según se abren sus puertas, Mario se lanza a la carrera a su interior, carnet de investigador en mano, dispuesto a estudiar algunos de sus volúmenes antiguos, presto a indagar en el pasado del mismísimo complejo religioso cuyo suelo pisan sus pies en esos precisos instantes. Sobre su mesa de trabajo llega Mario a acumular varios manuscritos de los siglos XIV y XV, así como ejemplares de imprenta de los siglos XV a XVIII. Y comienza a escribir múltiples anotaciones sobre un pequeño cuaderno. Dan cerca de las dos de la tarde y el arqueólogo recoge la mesa, pero en lugar de disponerse a buscar un lugar para comer da su búsqueda bibliográfica por concluida y se apresura a recorrer el histórico monumento, al tiempo que repasa sus notas. De esta forma, en primer lugar surca con paso ligero, pero deteniéndose de cuando en cuando para leer en su cuaderno, el claustro sur de San Miguel de los Reyes, del siglo XVI. A continuación pasa a la iglesia, del siglo XVII, la cual abandona con relativa rapidez, dado que al igual que el claustro sur no interesa demasiado para la investigación de Mario, pues también es de época posterior a lo que anda buscando. En cambio, se recrea con lo que le rodea mientras camina por el claustro norte pues, aún a pesar de ser del siglo XVIII, desde allí se va aproximando a su objetivo: los restos que se corresponden con el monasterio cisterciense del siglo XIV, conocido como San Bernardo de Rascanya. No obstante, pronto su decepción pasa a ser mayúscula cuando sus peores temores se confirman. Sobre buena parte del antiguo solar ocupado por este monasterio primigenio se levantó el complejo religioso de San Miguel de los Reyes y el posterior recinto penitenciario, motivo por el cual Mario no halla ni rastro de la estatua de San Bernardo de Claraval. Recorre una y otra vez el área a la que puede acceder libremente donde podría localizarse la estatua pero nada de nada. De vez en cuando se detiene, relee sus notas y vuelta a empezar el mismo recorrido. Encerrado en una especie de bucle, le dan las seis y media de la tarde, el sol comienza a caer y decide abandonar el lugar. Por un momento duda si trasladarse a Massamagrell a ver a Javier o quedarse allí, pero comprende que pronto llegará la noche, que será su mejor aliada si quiere acceder a las zonas de acceso restringido del ala norte de San Miguel de los Reyes, único lugar en el que a día de hoy podría hallarse la estatua de San Bernardo, de existir todavía. Mario cambia el asfalto por la huerta, se aleja del ruido del tráfico de vehículos que circulan por la antigua carretera de Barcelona y para ganar tiempo, mientras la oscuridad se asienta, se dispone a repasar su libreta a la luz de una pequeña linterna.

Dan las siete y media y Mario comienza a deslizarse por la cloaca. Recorre reptando los aproximadamente diez metros que separan la entrada del “pasadizo” hasta que alcanza una zona en la que el techo le permite ponerse de rodillas. Mario está exhausto por el esfuerzo realizado para poder alcanzar el lugar en el que recuerda que se hallaba la trampilla, toma aire y al alumbrar con su linterna hacia arriba descubre que ésta no existe y en su lugar hay una gruesa losa perfectamente falcada. La empuja con todas sus fuerzas pero no tarda demasiado tiempo en comprender que todo intento por desplazarla, aunque sea mínimamente, resultará infructuoso. Es más, ni se le ocurre pensar en solicitar ayuda para conseguir mover la losa, pues el paso de la cloaca es tan estrecho que incluso le impide salir de la misma dándose la vuelta. No es que sea obeso, pero ha pasado mucho tiempo desde que allí entrara con sólo unos doce años de edad. Debido a ello Mario tarda muchísimo tiempo en salir al exterior, ya que debe reptar hacia atrás ante la imposibilidad de girar. Agotado, no tiene siquiera tiempo de alzarse cuando nota un objeto punzante sobre su cuello, sin duda de acero, pues el frío que le transmite parece como si le recorriera la totalidad de su entumecido cuerpo.

Paralelamente, Javier se encuentra en la caseta dando vueltas sin parar a la mesa, visiblemente preocupado, mientras Juan mira el televisor como si nada ocurriera a su alrededor.

—Juan, su nieto tarda demasiado —exclama Javier—. Creo que voy a salir a buscarlo. ¿No tiene usted un...? —Pero el arqueólogo no llega a finalizar la frase, ya que es interrumpido por una serie de fuertes golpes en la puerta.

—¿Mario? —pregunta Juan.

Es entonces cuando desde fuera una voz desconocida contesta, prácticamente susurrando, unas palabras que los dos ocupantes de la caseta entienden, aunque a duras penas se oigan, como “Guardia Civil”. Juan, tal que si de un adolescente se tratara, se levanta de su asiento de un brinco y casi simultáneamente realiza gestos a Javier para que se esconda bajo una de las dos camas, de la cual cuelga un amplio edredón. El anciano se aproxima a la puerta mientras continúa gesticulando sin parar con los brazos, completamente en silencio, y solamente cuando el fugitivo arqueólogo se halla totalmente oculto pronuncia dando un grito:

—¡Ya va, ya va!

Juan consigue retener en la entrada con cierto disimulo a los dos guardias civiles y mientras uno de ellos, el más joven, no pronuncia palabra alguna, el otro, que habla en un tono demasiado bajo para que Javier llegue a escucharlo, comienza a explicar algo. De la conversación lo único que llega a percibir Javier es una especie de murmullo y a Juan que, entre intervención e intervención del guardia civil, pronuncia una serie de escuetas frases.

—No, yo no sé nada. No, no tengo ¡Y me acaba de despertar por el maldito riego! Buenas noches.

Un fuerte portazo parece mostrar a partir de entonces de manera inequívoca que

los agentes se han marchado, aunque, sin embargo, Javier permanece todavía oculto bajo la cama, pues el miedo atenaza sus músculos y le impide salir, al tiempo que su sensata cabeza le indica que es mejor esperar a que el anciano le indique que ha pasado el peligro.

Una situación de peligro es precisamente en la que Mario se encuentra metido justo a esas horas, dado que debe permanecer inmóvil para evitar que la navaja que tiene sobre su gaznate le hiera, motivo por el cual aún ni se ha levantado del suelo, donde permanece medio tumbado. Pero cuando por la cabeza del pobre sepulturero solamente circula la idea de que va a darle trabajo extra a su compañero en el cementerio, pues piensa que próximamente, con toda probabilidad, este tenga que enterrar a un cliente atípico, aparte de los habituales octogenarios, escucha una débil y ronca voz.

—¡Sácate todo lo que llevas en los bolsillos que tengo el mono! —indica el desconocido a Mario.

No tarda en apreciar Mario que se trata de un heroinómano, como aquellos a los que acostumbraba a ver cuando iba al colegio o al instituto de secundaria, que frecuentaban las calles del barrio realizando pequeños hurtos y atracos y que con lo que sacaban acababan el día pinchándose su dosis de “caballo” en la huerta. Mario, por indicación del atracador, se alza lentamente y cuando se encuentra totalmente erguido y frente a él se mete la mano en el bolsillo derecho. Tras escarbar unos instantes en su interior extrae rápidamente la mano y arroja a la cara del *yonki* su pequeña linterna, al tiempo que propina a su agresor un tremendo puñetazo en la barriga, de forma que el flacucho drogadicto cae de bruces al suelo, perdiendo la navaja en medio de la oscuridad. El aturdido toxicómano permanece en el suelo retorciéndose de dolor, tiempo que aprovecha Mario para recuperar su linterna y alumbrarle a la cara.

—¡Hernando, Hernandito! ¿Aún estás así chaval? ¿No sabes quién soy? Soy Mario Tejedor, del Instituto Orriols —al mismo tiempo que el arqueólogo pronuncia estas palabras le ofrece su mano al fracasado atracador para ayudarle a que se levante.

—¡No me jodas! —exclama el toxicómano una vez que ya está en postura vertical—. Pues la verdad es que ahora mismo estoy hecho un lío y no me acuerdo ¡Para pensar estoy yo en estos momentos! ¿Sabes? Pero la gente del barrio para mí es “sagrá”. ¿No tendrás un euro “pa” un pico?

—¡Joder macho —contesta Mario sonriendo, por no echarse a llorar—, cómo han cambiado los tiempos, antes pedías veinte duros y ahora un euro!

Paralelamente, Javier, tras abandonar su escondrijo se encuentra sentado a la mesa junto a su “amigo” de noventa y cinco años. Cuando ya está abandonando el estado de *shock* al que se ha visto sometido y Juan se dispone a explicarle el contenido de la conversación mantenida con el guardia civil, tocan de nuevo a la puerta, pero esta vez los dos ocupantes de la casa se tranquilizan al escuchar una voz familiar, la de Mario, que pronuncia el habitual “soy yo”. Y con los tres de nuevo

sentados en el centro de la acogedora estancia, Mario no les da opción a que expliquen su experiencia vivida, pues directamente se lanza a contar la suya.

Al cabo de unos treinta minutos de intervención Mario concluye con una contundente sentencia.

—En definitiva, dudo mucho que la prueba, es decir, la losa que el cantero colocó sobre la estatua de San Bernardo de Claraval, exista en la actualidad, y de existir estaría localizada en una zona no accesible. Aunque lo más lógico es que la estatua se haya perdido, pues su ubicación más probable estaría incluida en el área que actualmente ocupa lo que fue el recinto carcelario, motivo por el cual debió de desaparecer cuando se construyó el penal.

Mario está a punto de comenzar a comentar su experiencia con el toxicómano, pero en esos instantes su abuelo se lo impide.

—Bueno, ahora me toca a mí contaos qué me ha pasado con la Guardia Civil — comenta Juan.

—Ya veo que no os interesa lo que os iba a comentar... —protesta Mario, pero Juan no le da opción y nuevamente le interrumpe.

—Pues nada, que se nos ha presentado una pareja de la Guardia Civil, que ha debido de ver desde fuera la luz encendida en el interior, he abierto la puerta (con Javier escondido bajo la cama) y uno de ellos me ha empezado a preguntar si sabía algo acerca del robo de cobre procedente de unas instalaciones de riego localizado. Y yo les he dicho que no sabía nada y que, como mi huerto es tradicional, no tengo de eso. Y los he despachado bien pronto —concluye el anciano.

—¡Vaya susto! —exclama Javier, y continúa diciendo—. No podemos tener tanta luz encendida y debemos también dejar las ventanas cerradas, incluso de día. Y tenemos que tratar de hablar más bajo, porque de lo contrario es fácil intuir que hay gente en la caseta.

—Tienes razón, mejor que a partir de ahora no sólo no salgas de aquí, sino que, además, deberías permanecer prácticamente a oscuras —interviene Mario—. ¡Vamos Javier!, seguro que pronto podrás salir de aquí. Hallaremos una vía para demostrar tu inocencia, ligada, a su vez, al conocimiento arcano que el autor del pergamino parece querer desvelar —añade el sepulturero al apreciar el rostro contrariado de un cabizbajo Javier tras oír la anterior frase de la boca de su amigo.

Dicho esto, Mario a punto está otra vez de iniciar el relato de su encuentro inesperado tras salir del “pasadizo” cuando nuevamente es interrumpido, esta vez por Javier, muy pensativo en esos precisos instantes.

—¡Mario, un momento, la estatua de San Bernardo de Claraval no es la única prueba mencionada por Pedro de Pertusa, es la más próxima geográficamente, pero existe otra, aunque está un poco más lejos! ¡Así lo indica el pergamino! ¿No te gusta viajar? ¡Aprovecha tus vacaciones!

—¡Estambul! —gritan los dos colegas al unísono ante la mirada perpleja de su anciano anfitrión.

—¡Silencio, bajad el tono! —protesta el abuelo—. ¡Esta juventud, estáis como cabras! Ya me explicaréis qué quiere decir eso de ir a Estambul, porque lo cierto es que no me estoy enterando de nada. Imagino que lo habréis sacado del papelote ese antiguo que no paráis de leer una y otra vez.

—Efectivamente, señor Juan. Se trata, como vimos —hace memoria Javier—, de la base sobre la que se encuentra una estatua del emperador bizantino Marciano, monumento en el que el cantero afirma que trabajó realizando una inscripción en latín idéntica a la que hay presente en su tumba. Dicho monumento debe de hallarse en la capital imperial bizantina, en Estambul, o lo que es lo mismo, en la antigua Constantinopla, y si hallamos en su pedestal la citada inscripción, junto con la marca de cantería de Guillem Peris, tendremos otra prueba más de que el caballero Pedro de Pertusa trató de legar a la posteridad un secreto que a día de hoy no interesa a ciertas personas que vea la luz. Ello serviría, a su vez, para ir metiéndonos en el camino correcto de forma que podamos demostrar mi inocencia en relación con los delitos por asesinato que se me imputan.

—Por mi parte está claro, Javier —contesta Mario—. ¿Y tú abuelo, ya lo has entendido? —Juan gesticula con el brazo derecho sin llegar a hablar, lo que Mario interpreta como un sí, o al menos como que no se ha enterado de nada pero que no le importa, motivo por el cual continúa hablando—. Tengo una guía de viajes de Estambul en mi casa, ahora mismo llevo a mi abuelo para que se meta en su cama y me pongo a revisarla. Y mañana mismo me voy a una agencia de viajes a buscar los vuelos y a reservar el hotel.

En pocos minutos, Javier se halla nuevamente sólo, pero ahora totalmente en penumbra, sin ni tan siquiera llegar a encender la televisión por miedo a que alguien perciba su presencia en el interior de la caseta. No le queda más opción que tumbarse en la cama y, aunque no consigue dormirse, se dedica a dejar que el tiempo transcurra, ayudado para ello por un poco del alcohol que Juan Tejedor almacena en la estancia.

Mediodía del viernes 17 de octubre de 2014

Mario, sonriente, se encuentra ante la puerta de la caseta de su abuelo. Llama golpeando su frágil aluminio, al tiempo que introduce con la mano derecha la llave en la cerradura, tratando de evitar que se le caiga al suelo un libro que porta bajo el brazo derecho, así como una pesada carpeta llena de documentos que sostiene a duras penas con su mano izquierda. Accede con premura a la vivienda, de modo que incluso se olvida de cerrar la puerta.

—¡Alegra esa cara que me voy a la antigua Constantinopla! —dice Mario a Javier mientras le saluda con un gesto.

Pero no obtiene respuesta de forma inmediata. Javier, en su lugar, responde alzando la mano lentamente y con poco afán, muy molesto, además, con la luz que entra desde el exterior y completamente desmoralizado como consecuencia de la inactividad y de la soledad que está sufriendo, extrema incluso para un “lobo solitario” como él.

—¿Cómo puedo alegrarme —replica Javier— si permanezco encerrado día y noche en esta especie de celda de castigo? Si saliera de aquí al menos hasta que me echen el guante podré disfrutar de la libertad...

—¡Arriba amigo —dice Mario, mientras agarra a su colega con fuerza por los dos brazos—, que no te venza el desánimo! Me voy pasado mañana, el domingo, y retorno el 24, viernes. Y seguro que pronto tendremos la prueba que nos confirme que la historia contada por Pedro de Pertusa en el pergamino es verídica, que por lo tanto la versión oficial sobre el origen del Grial de la catedral de Valencia es a todas luces cuestionable, al tiempo que podremos demostrar también con ello que unos zumbados están asesinando para tratar de evitar que esta información, muy probablemente revelada en su totalidad en el trozo de pergamino en poder del monje, salga a la luz... Mira —continúa diciendo Mario— la guía turística de Estambul: “la columna de Marciano, de mármol corintio y granito, localizada en la parte europea de la ciudad, en la antigua Constantinopla, concretamente en el barrio de Fatih, cerca de la mezquita de Mehmet el Conquistador”. Ahí debe de estar la losa con la inscripción que buscamos. No obstante, antes de partir el domingo quisiera acercarme de nuevo a la biblioteca a buscar información que el otro día no tuve tiempo de localizar. Se trataría de hallar documentos relacionados con los procesos inquisitoriales de finales del medievo, antes de que se creara la Inquisición española, ya que he visto que en San Miguel de los Reyes se conservan textos de la época que podrían ayudarnos en nuestra investigación ¡Así aprovechamos el tiempo al máximo! ¿No?

Javier apenas tiene ánimos de sonreír, pero finalmente logra forzar que su boca esboce una leve mueca que podría asemejarse ligeramente a eso.

Mañana del sábado 18 de octubre de 2014

Mario llega a primerísima hora a las puertas de la Biblioteca Valenciana para tratar de exprimir en su totalidad las horas de la mañana durante las que el edificio público permanecerá abierto. Nada más acceder al complejo se encamina a toda prisa a la sección en la que el día anterior localizó, en el archivo digital, que se encuentran depositados los ejemplares en los que ahora está interesado, es decir, aquella documentación que describe procesos inquisitoriales auténticos que en el siglo xv tuvieron lugar en la Corona de Aragón antes del reinado de los Reyes Católicos. El arqueólogo inicia por lo tanto una búsqueda más exhaustiva en este archivo y, finalmente, detecta un título en latín que le llama poderosamente la atención.

—Documento sobre el proceso inquisitorial abierto contra los miembros de la familia de Pertusa por herejía y contra sus criados y amistades como fautores de herejía por no denunciar ante las autoridades eclesiásticas sus heterodoxos crímenes, aún a pesar de tener conocimiento de los mismos y de la gravedad que estos representan —lee Mario, traduciendo mentalmente al castellano.

—¡Era cierto! —Piensa ahora el sepulturero—. ¡La familia Pertusa fue condenada por herejía!

Mario se dirige de forma inmediata a solicitar el documento en cuestión al bibliotecario para poder realizar su consulta y al poco tiempo regresa a su mesa dispuesto a continuar consultando el archivo. El funcionario tarda un rato en llevar ante Mario el texto medieval, motivo por el cual éste tiene tiempo de encontrar otro documento para él sumamente interesante. Nuevamente se levanta de su mesa y antes de que el bibliotecario termine de localizar la primera demanda de Mario éste ya le está solicitando el segundo título. Finalmente, el bibliotecario lleva a la mesa del arqueólogo los dos textos, el segundo de ellos también escrito en latín, y Mario deja a un lado el que había demandado primero para proceder a leer el último de ellos.

—*Documento de reconciliación del hereje de la secta de los maniqueos Vicente de Pertusa* —puede leer el arqueólogo sobre el texto en latín, realizando nuevamente en su mente la traducción al castellano.

—*Sentencia dictada contra el reo Vicente de Pertusa y penitencias impuestas a este hereje de la secta de los maniqueos por fray Pedro de Albuixech, inquisidor y legado de la Santa Sede apostólica a la que está encargado de representar, en el quinto día del mes de octubre del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1428.*

Carta de reconciliación del encausado, Vicente de Pertusa, quien ha abandonado por la Gracia de Dios la secta de los herejes maniqueos, y al que hemos mandado,

después de habernos él prometido con juramento firmado, ejecutar nuestras órdenes para cumplir con esta su penitencia.

Invitados todos los feligreses para que puedan ser testigos de los hechos que aquí han tenido lugar, acudiendo a la convocatoria gran número de asistentes que así lo han podido ver y oír, nos reunimos en esta iglesia de Santo Domingo, en la magna ciudad de Valencia, para que al acusado por el crimen de herejía, Vicente de Pertusa, situado de pie, subido en catafalco y con la cabeza descubierta, le sean presentados la Cruz y los Santos Evangelios, no sin antes escuchar misa todos los allí reunidos, después de leerles la epístola fray Pedro de Albuixech y tras recibir por parte de su ilustrísima un sermón en contra de la herejía. Es a través de estos dos sagrados objetos sobre los que se ordena al reo realizar su pública abjuración de la herejía, ratificada así mismo por una renuncia firmada de su puño y letra en la que Vicente de Pertusa muestra su rechazo hacia estas conductas heterodoxas. Es por ello por lo que el inquisidor fray Pedro de Albuixech otorga la absolución al procesado y por lo que éste es reconciliado con la Santa Iglesia católica en el caso de cumplir de forma estricta la penitencia impuesta por este tribunal.

El acusado, Vicente de Pertusa, deberá dejarse conducir por tres domingos consecutivos por un fraile cisterciense que le castigará con azotes en el recorrido que va desde la puerta de la catedral hasta la entrada de esta iglesia. Este castigo será recibido por el penitente desprovisto de sus hábitos. El reo reconciliado también deberá los días de Todos los Santos, de Navidad, de la Epifanía del Señor y de la Virgen de la Candelaria, así como todos los domingos de Cuaresma, excepto el domingo de Ramos, presentarse en la catedral vestido con una túnica, con los pies descalzos y con los brazos tendidos en cruz para ir de esta guisa en procesión por el interior del templo, a lo largo de cuyo recorrido será de igual forma azotado por un monje cisterciense. El miércoles de ceniza el penitente ya habrá acudido a la catedral de la misma manera y será entonces expulsado del templo por todo el tiempo que dure la Cuaresma, periodo a lo largo del cual estará obligado a no traspasar su entrada y a asistir desde la puerta a la celebración de los divinos oficios. El Jueves Santo ocupará también este mismo sitio. Todos los domingos de Cuaresma entrará en la catedral para redimir sus pecados y volverá a ocupar su puesto en la puerta del templo. Así mismo, en todo momento portará dos cruces, una en el pecho y otra en la espalda, de diferente color que el de sus ropajes para que así puedan distinguirse bien. La penitencia así impuesta por nos deberá durar un mínimo de siete años por tratarse de un reo vehementemente sospecho de herejía.

Igualmente imponemos por penitencia al hereje redimido de no comer carne, ni huevos, ni queso, ni cualquier otro alimento que proceda del reino animal. Esto será así a lo largo del resto de su vida, excepto en los días de Pascua, de Pentecostés y durante la Natividad del Señor, jornadas en las que le ordenamos expresamente comer de aquellos en señal de aversión a su abandonada herejía. Del mismo modo el reo deberá practicar tres ayunos al año, de cuarenta días cada uno, en los que no

comerá pescado. Tendrá también que practicar ayunos tres días a la semana durante toda la vida, en los que se abstendrá de tomar pescado, aceite y vino, a no ser que por grave enfermedad esto no sea recomendable. Deberá, así mismo, vestir con el hábito religioso de la orden del Císter, tanto en la forma como en el color; tendrá que oír misa cada día y rezar siete Credos a la mañana, diez a la tarde y veinte a media noche. Se le ordena al hereje redimido, mismamente, que viva perpetuamente en castidad y que presente esta carta una vez cada mes ante al abad de San Bernardo de Rascanya, monasterio en el que el reo ingresará por el resto de su vida para que de esta manera pueda sobrellevar con mayor facilidad sus penitencias y, así mismo, pueda obtener su sustento de forma honrosa, ya que también le condenamos con la confiscación de todos sus bienes. Y sólo de esta forma su alma logrará finalmente descansar en paz, so pena de ser declarado hereje relapso de no cumplir estrictamente con todas y cada una de las penitencias impuestas por este Santo Tribunal, en cuyo caso sería nuevamente excomulgado y condenado a morir en la hoguera.

Mario concluye con ello la lectura de este texto y procede a continuación, no sin antes consultar la hora en su reloj, a revisar el segundo documento, al tiempo que realiza anotaciones en su cuaderno relacionadas con los dos manuscritos. Tan atareado está Mario que se acerca la una de la tarde, momento de cierre de la biblioteca, por lo que el sepulturero se apresura a realizar las últimas observaciones en el segundo texto y a escribir todo lo rápido que puede en su libreta una serie de notas relacionadas con esta investigación. Finalmente, consigue acabar esta tarea breves instantes antes de que se produzca el cierre definitivo, recoge todas sus cosas y acaba dirigiéndose al exterior del complejo edificio para coger su coche y tomar la autovía V-21 en dirección norte, hacia Massamagrell. En pocos minutos, Mario se encuentra ya dentro de la caseta de su abuelo, presto a describirle sus interesantes hallazgos documentales a Javier.

—He leído al detalle —explica Mario a Javier, mientras que el anciano Juan se encuentra dormido sentado en una silla, con la cara en dirección hacia el techo y roncando sonoramente con la boca abierta de par en par— un texto fechado en 1428 que tiene por título “*Documento sobre el proceso inquisitorial abierto contra los miembros de la familia de Pertusa por herejía y contra sus criados y amistades como fautores de herejía por no denunciar ante las autoridades eclesiásticas sus heterodoxos crímenes, aún a pesar de tener conocimiento de los mismos y de la gravedad que estos representan*”, en el que se habla del proceso judicial abierto contra todos los miembros de la familia Pertusa, así como sus criados y una lista nada despreciable de supuestas amistades, por practicar ritos heterodoxos o por no denunciar los mismos. Concretamente les pillan *in fraganti* dando el *consolament* cátaru a Martín de Pertusa, el anciano padre de Pedro de Pertusa, ritual que estaban utilizando en sustitución del sacramento católico de la Extremaunción. Todos los

componentes de la familia son también condenados por otra serie de prácticas consideradas “maniqueas”, que son descritas al detalle en el documento, algunas probablemente reales y, la mayoría de ellas, seguramente falsas e inventadas, Los Pertusa son acusados, mismamente, de recitar la oración cristiana del Padrenuestro en lengua vulgar, en valenciano o catalán, vamos, y no en latín, así como de practicar la lectura de los Santos Evangelios también en lengua romance. Así mismo se les acusa de no acudir a misa con la frecuencia con la que cualquier buen católico lo haría, motivo por el cual da también comienzo la investigación secreta por parte de las autoridades eclesiásticas que les acaba desenmascarando como herejes. Éstas achacan precisamente a esa última falta el inicio de sus fundadas sospechas en relación con la herejía cometida por parte de los Pertusa. También son condenados todos ellos por negarse a jurar que dirían toda la verdad cuando se les prestó declaración al poco de ser detenidos, ya que los cátaros rechazaban el acto de jurar en sí mismo.

—Cierto —interviene Javier, hasta ese momento callado y muy atento a las palabras de Mario—, los cátaros nunca juraban, motivo por el cual en ocasiones se les ha tildado de “antisistema”, pues algunos consideran en la actualidad que iban en contra del régimen feudal, en el cual el juramento de fidelidad del vasallo hacia su señor resultaba ser el sostén fundamental de la red de relaciones feudovasalláticas. Aunque este postulado carece de cualquier tipo de fundamento.

—Curioso, yo también había escuchado algo relacionado con esto que comentas —responde Mario, y a continuación prosigue desarrollando su tesis sobre el proceso inquisitorial—. Bueno, el caso es que el obispo de Valencia, Hugo de Llupià, por motivos que desconocemos, ya que resulta difícil que sospechara que los Pertusa, que vivían como cátaros en la clandestinidad desde hacía más de doscientos años, fueran herejes, se las arreglaría para animar al párroco de esta familia para que sus miembros fueran investigados. Este sacerdote no tardaría en alegar, falsamente o no, es difícil de demostrar, que los Pertusa no acudían con frecuencia a oír misa, algo que puede, además, resultar ser muy relativo. Sea como sea, el caso es que el proceso de investigación quedaba abierto de esta forma. La excusa perfecta para que la Iglesia pudiera profundizar en sus indagaciones llegaría cuando el párroco fue consciente de que el viejo Martín se estaba muriendo y nadie le demandó ayuda espiritual. Fue entonces cuando acudió al obispo para que instara a las autoridades laicas a enviar hombres de armas, junto con representantes de la Inquisición, a apresar a los sospechosos de herejía, con tan mala suerte para estos últimos que les pillaron a todos practicando sus heterodoxos ritos religiosos. Será en esos momentos cuando a las órdenes del inquisidor, fray Pedro de Albuixech, se detenga a los componentes de la familia Pertusa y a sus criados. Esto tiene lugar el 13 de marzo de 1426. Y casi de manera inmediata se da inicio a las torturas para que confiesen su crimen. Sólo llega a admitir su culpa y a arrepentirse de ella Vicente de Pertusa, motivo por el cual se le da la oportunidad de redimir sus pecados cumpliendo una estricta penitencia que incluye vestir los hábitos monásticos de la orden del Císter. En cambio todos los

demás mueren en la cárcel antes incluso de que se dicte sobre ellos sentencia y se les ejecute. Fallecerán en poco tiempo como fruto de las atroces torturas y de las condiciones insalubres a las que fueron sometidos durante su encierro. La sentencia, fechada a 5 de octubre de 1428, indica la vuelta de Vicente de Pertusa a la comunidad católica, siempre que cumpla de manera estricta con la dura penitencia impuesta, así como se le condena con la confiscación de todos sus bienes y los que por herencia pudieran corresponderle procedentes de sus parientes difuntos. El resto de los Pertusa, todos ya muertos, son condenados a que sus restos sean quemados y todos sus bienes les son confiscados. Así mismo se juzga una estatua que representa al ausente Pedro de Pertusa, la cual es arrojada al fuego para ejecutar la sentencia definitiva, y también todas las posesiones le son arrebatadas.

—¡Con todo esto queda demostrado que la familia Pertusa fue condenada por herejía y que Pedro de Pertusa fue, como él afirma en el pergamino hallado en su tumba, un importante noble valenciano al servicio de la Corona! ¡Es muy probable que el pergamino, por lo tanto, diga la verdad! —comenta Javier muy emocionado, pues las palabras de Mario le dan también esperanzas a la hora de demostrar su inocencia en los asesinatos que se le imputan.

—En la documentación a la que he tenido acceso —continúa Mario— queda patente que la actitud de las autoridades laicas a lo largo del proceso inquisitorial abierto contra la familia Pertusa fue de sumisión total a la voluntad del inquisidor y al poder ejercido por el obispo Hugo de Llupià. El rey y sus representantes tendieron incluso una trampa a Pedro de Pertusa para atraparlo en Valencia. Tanto poder tenía Hugo de Llupià que parece ser que convenció al rey para apresar y condenar a todos los Pertusa.

Los dos arqueólogos preparan una ligera comida mientras continúan hablando de los documentos de la Inquisición y de esta forma transcurre la tarde para ellos. Llegada ya la noche, Mario abandona la caseta junto a su abuelo, dispuesto a llevarle a su casa para luego dedicarse a preparar la maleta ante el inminente viaje a Estambul. Partirá por la mañana, motivo por el cual se despide por unos días de su colega, quien le desea tener de su lado toda la suerte del mundo durante su investigación en Turquía.

Tarde del domingo 19 de octubre de 2014

Mario Tejedor se dispone a abrir la puerta de la habitación de su hotel, en pleno casco viejo de la ciudad de Estambul, en el barrio costero de Kumkapi, a menos de un kilómetro de distancia de su objetivo: la columna del emperador bizantino Marciano. Una vez dentro, Mario se sienta en la cama y despliega sobre la misma un plano de la ciudad, en el que, al mismo tiempo que repasa las fotografías de su teléfono móvil, anota algunas cosas. Entretenido en estos menesteres se le hacen casi las diez de la noche, instante en el que decide salir para buscar un lugar donde cenar. Pronto descubre que se halla en el sitio más adecuado para saciar su hambre, dado que le encanta el pescado y el marisco, y a la costa de Kumkapi, bañada por el tranquilo mar de Mármara, llegan ingentes cantidades de estos productos en fresco capturados en dichas aguas, mercancía que surte muy bien las cocinas de los innumerables restaurantes que allí se localizan. El sepulturero no deja pasar esta oportunidad para deleitarse con tan exquisitos manjares, pues piensa que no le vendrá nada mal atiborrarse con una buena cena ahora que el tiempo se lo permite, dado que conoce a la perfección que la siguiente mañana andará lo suficientemente ocupado como para volver a realizar una comida decente, sobre todo si tenemos presente que, además, Mario tiene serias dudas acerca de la idoneidad del desayuno que pueda llegar a ofrecer el hotel. Tanto es así que acaba degustando una copiosa cena en el primer restaurante que “le entra por el ojo”, y tras aproximadamente cuarenta minutos de pleno disfrute para su paladar, finalmente abandona el local, aunque en esos momentos se siente incapaz de retirarse al hotel de forma inmediata, tal y como en un principio tenía previsto. En su lugar, decide pasear un rato para “bajar la comida”. Por unos instantes se siente tentado a dirigirse directamente al emplazamiento donde se localiza la estatua de Marciano, pero al no llevar en esos momentos un plano encima, prefiere recorrer un pequeño tramo del perímetro de la muralla medieval que rodea la ciudad y evitar así el riesgo de perderse en medio de la noche. Y aún más se convence de no precipitarse en su investigación cuando comprende que durante el día la luz natural le permitirá obtener con mucha mayor nitidez las fotografías que tiene previsto realizar de la inscripción de la base de dicho monumento.

Durante su paseo, Mario no tarda demasiado en alcanzar la línea de costa del mar de Mármara y extramuros de la ciudad inicia un lento recorrido por tan peculiar entramado defensivo. Es entonces cuando el arqueólogo acaba esbozando una amplia sonrisa al descubrir que bien poco le va a costar orientarse en la ciudad antigua, dado que a pesar de no tener a mano plano alguno, es tal el grado de conocimiento sobre Bizancio logrado a través de la lectura de libros clásicos de historia, tales como *La caída de Constantinopla*, de Sir Steven Runciman, que es muy consciente que

caminar por la ciudad del Bósforo no le supondrá ninguna dificultad. De esta forma, un Mario anonadado por el impresionante paisaje urbano y natural de Bizancio, sin apenas haberse dado cuenta de ello, lleva ya recorridos unos tres kilómetros de muralla en sentido suroeste.

Mario entonces mira el reloj y observa que son ya más de las doce de la noche. Considera que sería conveniente retirarse ya a descansar, pero, al mismo tiempo, piensa que el castillo de las Siete Torres, en turco llamado *Yedikule*, no debe de encontrarse demasiado lejos. La idea de visitarlo, aunque solamente pueda observarlo desde el exterior, le entusiasma, puesto que es consciente de que dicha fortaleza alberga la conocida como Puerta Dorada, aquella entrada principal a Constantinopla que era cruzada únicamente por el emperador, con el pertinente boato, cuando realizaba una entrada triunfal en la ciudad, accediendo a continuación a la llamada Avenida Triunfal. El arqueólogo sabe perfectamente que si continúa caminando en ese sentido, siguiendo el perímetro de la muralla marítima, se acabará dando de bruces contra ese castillo de planta pentagonal, construido por los otomanos en torno a la mítica entrada de la ciudad. Es más, si una vez en la fortaleza de las Siete Torres bordea sus muros en dirección norte, sabe perfectamente que allí hallará las legendarias murallas de Teodosio II, el complejo sistema defensivo que entronca en ese punto con la muralla costera que acaba de recorrer.

Las murallas teodosianas son otro ejemplo más de las maravillas de la antigua Constantinopla, una auténtica obra de ingeniería cuya construcción dio comienzo en el siglo V y que supuso una revolución para su tiempo. Hasta ese momento, la típica fortificación bajorromana estaba compuesta solamente por un foso y un muro, pero los bizantinos añadieron entre estos dos elementos una muralla intermedia de tamaño algo inferior al muro principal, además de fortificar el foso con un pequeño parapeto almenado. El sistema defensivo quedaría reforzado, a su vez, por la construcción de numerosos torreones y por la presencia de amplios corredores a ambos lados de la muralla principal, denominados *peribolos* y *parateicon*, los cuales permitían la circulación de tropas entre los diferentes sectores de todo este entramado. De esta forma, si un ejército hostil deseaba entrar en Constantinopla primero debía de superar un foso inundable de casi dieciocho metros de anchura. A continuación, el enemigo se chocaría de bruces con una pared almenada, tras la cual se parapetaba la primera línea de defensa bizantina. Una vez rebasada esta última, la hueste invasora se encontraría con el *peribolos*, un espacio de entre doce y quince metros que separaba el foso de la segunda muralla, de siete metros de altura. Esta muralla intermedia estaba también separada de la principal, de doce metros de altura, por un corredor de entre doce y dieciocho metros de anchura, conocido como *parateicon*.

Todos estos datos están en la cabeza de Mario, a quien entusiasma la historia del Imperio bizantino, lo que provoca que sea muy consciente de que no puede dejar pasar la oportunidad de visitar el impresionante complejo amurallado, dado que Estambul es una urbe enorme y probablemente no tendrá tiempo de volver al lugar.

Como consecuencia de ello, finalmente el arqueólogo, aunque se encuentra ya muy cansado, decide no dar todavía media vuelta en dirección al hotel y prosigue su camino a lo largo de la muralla marítima en el mismo sentido, aunque, esos sí, dispuesto a parar un taxi cuanto antes. Y por suerte para él no debe esperar demasiado tiempo para tomar uno, pues este destino turístico parece no dormir nunca y el movimiento de gente y vehículos en la gran ciudad del Bósforo es constante. Es muy consciente de que a esas horas no podrá visitar la fortaleza de las Siete Torres, pero se conforma con poder observar la emblemática Puerta Dorada. Sin embargo, una vez que ya se ha bajado del taxi, poco tarda el sepulturero en borrar de su cara su gesto de felicidad cuando, sorprendido, descubre en medio de una casi absoluta oscuridad, que lo que parece ser la entrada principal a la antigua Constantinopla se halla oculta entre la maleza y, lo que resulta más sorprendente, el paso hacia la puerta está bloqueado por un antiguo cementerio otomano. Mario no tarda entonces en comprender que poco más queda que ver allí, motivo por el que reanuda su recorrido a lo largo del perímetro de murallas, ahora en dirección norte. Mientras su vista comienza a divisar las ruinas de lo que se intuye es el sistema de triples murallas, Mario continúa reflexionando sobre el motivo por el cual la Puerta Dorada se encuentra en tan pésimo estado. Hasta qué de pronto, sin poder evitarlo, acaba gritando de la emoción al darse cuenta de un pequeño detalle.

—¡Eureka! ¡Los otomanos también inutilizaron del mismo modo la puerta de la muralla de Jerusalén por la que se supone que entrará el Mesías de los judíos! ¡Bloquearon su paso con un cementerio, de forma que los hebreos, muy escrupulosos con todos los asuntos relacionados con los muertos, serían incapaces de atravesarlo! En el caso de la Puerta Dorada de Constantinopla, si un bizantino, miembro de la familia imperial o cualquier otro noble, deseaba reclamar para sí el trono arrebatado por los otomanos, no podría contar con la posibilidad de realizar una entrada triunfal por la mítica puerta y provocar con ello un alzamiento popular en la ciudad, sencillamente porque esta entrada estaba bloqueada. ¡Es algo increíble...!

Mario calla de repente cuando en las proximidades de la muralla detecta una sombra humana, cuyo propietario es más que probable que se haya percatado de su presencia como consecuencia de su innecesario vocerío. El arqueólogo decide entonces dar media vuelta y rehacer el camino realizado, en primera instancia con paso lento, pero, finalmente, cuando sus oídos detectan que puede que le estén siguiendo, acelerando la marcha. Mario no deja de pensar en lo estúpido que ha sido, cómo se ha dejado llevar por el entusiasmo y se ha puesto a hablar en voz alta cuando ni tan siquiera va acompañado. Es más, tiene la sensación de que se está jugando su propia vida desde que Javier y él se metieron en la cripta del monasterio de El Puig. No entiende, además, cómo ha podido ser tan confiado y aventurarse él solo, en medio de la madrugada, a ir a una zona de la ciudad tan deshabitada, un lugar donde ni por asomo acuden los turistas, y menos a esas horas, algo que contrasta con el resto de la bulliciosa Estambul.

Mario trata de agudizar los cinco sentidos para intentar librarse de su perseguidor y no puede dejar de darle vueltas a la cabeza a una idea que le perturba: una especie de organización parece estar interesada en el pergamino del siglo xv y es probable que sepa de su visita a Estambul ¡Su vida corre peligro! Y su mente no deja de recordar a aquellos dos pistoleros que sin ninguna contemplación dispararon sus revólveres sobre él y sobre Javier en los pasillos del monasterio de El Puig. Tanto es así que mientras su cerebro procesa toda esta información y, al mismo tiempo, tiene más puestos los ojos en lo que pueda ocurrir a sus espaldas, de repente, choca de bruces con alguien situado enfrente suyo y cae al suelo. Mario vuelve la vista hacia arriba antes de incorporarse y, en medio de la oscuridad, apenas alcanza a distinguir la silueta de un hombre robusto con un objeto largo que sujeta firmemente con las dos manos.

—¡Por favor, no dispare! —grita aterrorizado el turista español.

Es entonces cuando el extraño comienza a pronunciar unas palabras ininteligibles para Mario, a quien ni tan siquiera ese idioma le parece turco, al tiempo que le tiende la mano para ayudarlo a levantarse. Justo en el momento en el que Mario acaba de incorporarse llega a sus espaldas un segundo individuo que porta una linterna. Mario, muy sorprendido, se da cuenta de que realmente se trata de dos agricultores, al parecer de etnia gitana, y que lo que lleva entre manos el hombre con el que se ha tropezado no es más que una azada de labor. Parece que estos hombres, al igual que otros, simplemente se dedican a cultivar unos improvisados huertos que ocupan buena parte de lo que antaño era el foso de la muralla de Constantinopla, ahora cegado, y que al ver merodear por allí a un intruso a esas horas de la noche, se habrán asustado, al igual que ha ocurrido en sentido contrario. No obstante, resulta evidente para los dos labriegos que Mario no es más que un turista. Una vez que se da cuenta de su error, Mario les pide disculpas una y mil veces, aunque, al parecer, los dos hombres no entienden ni una de sus palabras. Uno de los dos individuos, al observar a aquel extranjero que parece estar tan nervioso, decide incluso ofrecerle un cigarro. Mario rechaza la invitación, les da las gracias y, sin más, decide regresar al hotel, por ese día ya ha experimentado suficientes emociones. Es muy consciente de que el miedo le ha acabado venciendo y que es muy improbable que nadie más que Javier Claramunt y su abuelo sepan que se halla en Estambul o, es más, que se encuentra en esta ciudad por un objetivo muy concreto: estudiar la inscripción que debe de haber en el pedestal de la estatua de bronce del emperador Marciano. En consecuencia, Mario coge otro taxi, ya en el área del mar de Mármara, regresa al hotel y se va directo a la cama, todavía muy atemorizado.

Paralelamente, en Massamagrell, Javier Claramunt continúa sumido en la penumbra de su encierro “voluntario”. Únicamente ha recibido durante el día la visita de Juan, pero el anciano se halla a menudo cuidando del huerto o, en no pocas ocasiones, se duerme nada más sentarse en una silla. Entre las tareas que el abuelo se ha impuesto está incluida la de mantener el *stock* de la despensa de la caseta, para que

a su huésped nunca le falten buenas viandas y algún que otro trago de *brandy* y vino, bebidas que normalmente Javier rechaza cuando su anfitrión se las ofrece y que solamente suele consumir en pequeñas cantidades junto al viejo. No obstante, la soledad es mala aliada para aquellos seres humanos que caen en la depresión y en esos complicados momentos, si hay alcohol a mano, el asunto se puede torcer aún más. Sobre todo cuando pierdes a la que en estos momentos es tu única compañía...

Mañana del lunes 20 de octubre de 2014

Mario se levanta temprano y antes de salir de la habitación dispuesto a desayunar prepara la mochila con algo para “picar”, además de su pequeña libreta, su teléfono móvil, una cámara *reflex* digital y, por supuesto, la guía turística y el plano de la ciudad sobre el que el día anterior realizó varias anotaciones. Durante el desayuno se toma el tiempo necesario para nutrirse bien, pues sabe que cuando se anda con un asunto entre manos es capaz de aguantar muchísimas horas sin ingerir ningún tipo de alimentos y deja de ser consciente de su necesidad de comer. Y para su sorpresa, además, el bufé que ofrece el hotel a esas horas de la mañana no está nada mal.

Mario, finalmente, sale del hotel en torno a las nueve de la mañana y se encamina a pie hacia el norte de la ciudad antigua, presto a localizar su objetivo: la columna de Marciano. Mario, que continúa desde la noche anterior maravillado con el encanto que la histórica urbe rezuma por todos los lados de su península con forma triangular, no puede evitar entretenerse prácticamente con todo lo que se encuentra a su paso, aunque muy consciente como es de que está allí con una misión muy concreta, y no de viaje de placer, finalmente decide acelerar un poco la marcha para no demorar más su investigación.

No obstante, antes de llegar a su destino tiene el suficiente tiempo como para deleitar su vista con las impresionantes construcciones romano-orientales de la ciudad que van apareciendo en su ruta, entre las que sin lugar a dudas destaca el acueducto de Valente, obra de ingeniería que distribuía el agua en Constantinopla procedente del bosque de Belgrado, localizado a las afueras de la capital. Precisamente unos minutos después de que la vista de Mario se aleje de lo poco que en pie queda de la memoria del emperador Valente, el arqueólogo consigue por fin llegar a la pequeña plaza en la que supuestamente se halla la misma marca de cantería y la misma inscripción que hay en la tumba de El Puig. Nada más entrar en la plaza, Mario descubre que hay una columna, similar a las que se encuentran en Roma, pero en la que, a diferencia de las de la Ciudad Eterna, falta la estatua que la corona, que normalmente representa a un emperador. No obstante, esto no parece preocuparle lo más mínimo y se encamina hacia la base del monumento, dispuesto a sacar fotografías de la misma. Pero mientras realiza un *zoom* para aumentar la imagen que escoge, mirando para ello a través del objetivo de su cámara fotográfica, algo le llama la atención: una inscripción en inglés. Mario obtiene múltiples fotografías de la columna y de la escritura de época contemporánea, aunque únicamente lee las primeras palabras en inglés que están grabadas en la base del monumento. A continuación recorre lentamente el perímetro de la columna, rodeándola, hasta que se detiene, con cara de decepción, y no puede evitar “pensar en voz alta”:

—¡Ni rastro de la inscripción del cantero valenciano, ni tampoco de la estatua de Marciano!

Mario continúa tomando fotografías, seguidamente se agacha para realizar algunas anotaciones en el cuaderno y, a continuación, abandona el lugar sin saber demasiado bien qué hacer. El arqueólogo no puede dejar de darle vueltas a lo que acaba de descubrir, es decir, que la inscripción que busca no existe y que, por lo tanto, lo más probable es que la historia que cuenta el pergamino del siglo xv sea falsa, hasta que tras un breve paseo nuevamente un imponente monumento vuelve a atraer su atención: la mezquita de Mehmet II, o de *Fatih*, “el Conquistador”.

De todas las mezquitas de Estambul que Mario conoce esta es la que más le atrae por el hecho de ser la más antigua. Su construcción se inició pocos años después de ser conquistada la ciudad por los otomanos en el año 1453 y fue levantada sobre la antigua iglesia bizantina de los Santos Apóstoles, templo ortodoxo que debido a su ruinoso estado fue demolido. Al parecer esta mezquita se erigió, por mandato de Mehmet II el Conquistador, a imagen y semejanza de la catedral ortodoxa de *Hagia Sofía* y según cuenta la leyenda el sultán montó en cólera, ordenando la amputación de la mano derecha del arquitecto cuando comprobó que su cúpula era menor que la de tan emblemático edificio bizantino.

Con esas impresionantes vistas, Mario llega por suerte a abstraerse por unos instantes de los pensamientos acerca de la columna de Marciano, los cuales le estaban dominando, y acaba por adentrarse, finalmente, en el complejo de la mezquita del Conquistador, el cual originalmente incluía una serie de edificaciones anexas entre las cuales en la época actual todavía perviven la madrasa, un cementerio y el mausoleo del sultán.

Es en las proximidades de este último edificio funerario cuando a Mario se le aproxima un desconocido cuyo rostro se encuentra poblado por una espesa barba. El sepulturero no puede evitar sentirse de nuevo invadido por el pánico y decide, tratando de evitar llamar demasiado la atención, emprender la huida. Mario se encamina hacia una de las salidas con ese hombre pisándole prácticamente los talones y sin dejar de hablarle en una especie de inglés ininteligible que a veces parece tornarse en un francés rarísimo. Y justo cuando el arqueólogo consigue salir de allí divisa en las proximidades a una pareja de policías, motivo por el que acelera la marcha y se dirige hacia ellos. Curiosamente, es entonces cuando el extraño personaje deja de perseguirle y vuelve a adentrarse en el complejo de la mezquita de *Fatih*. Mario llega finalmente a la altura de los policías, que se quedan mirándole fijamente esperando a que, como es frecuente que en esa ciudad haga cualquier turista, les pregunten por la localización de cualquier monumento, sobre todo por aquellos más conocidos. En esos momentos Mario no sabe muy bien qué decir, por lo que permanece callado durante unos instantes.

—*Fatih Camii*? —acaba preguntando Mario, a quién no se le ocurre otra cosa que decir, ante la cara de sorpresa de los agentes turcos.

—*It's just here, sir* —responde uno de los policías, señalando con el dedo hacia la mezquita.

Mario continúa sin acertar qué hacer ni qué responder y, muy nervioso, alcanza a hacerles un gesto con la mano, en señal de agradecimiento. Es entonces cuando, sorprendido incluso consigo mismo, vuelve a adentrarse en el complejo de Mehmet II. En esta ocasión el sentido del ridículo del sepulturero llega a vencer su temor y tratando de evitar que los policías piensen que es un auténtico imbécil se muestra incapaz de eludir volver a introducirse en el entorno de la mezquita.

Según desaparecen de su campo de visión los agentes, una mano fuerte le agarra por el brazo derecho al tiempo que alcanza a escuchar unas palabras en un peculiar castellano con fuerte acento turco.

—Español, eres español. ¿Catalán?

Se trata del hombre de antes, al que un acongojado Mario es incapaz de contestar.

—Ibrahim, profesor en esta escuela coránica, también soy profesor de historia —continúa el misterioso sujeto—. Aquí la tumba de Mehmet el Conquistador ¡Yo te llevo, yo te llevo, es gratis pero no puedes entrar si no eres musulmán! No importa, tú no hables, tú serás mi sobrino. ¿Tienes diez euros? Pequeño donativo para restaurar mausoleo.

Mario se da cuenta nuevamente que ha vuelto a asustarse injustificadamente, pues no tarda en entender que solamente se trata de un embaucador que intenta colarle en el mausoleo de Mehmet el Conquistador a cambio de unos cuantos euros. El arqueólogo saca diez euros de su cartera, piensa que no le vendrá mal olvidarse un poco de que su viaje a Estambul va a resultar finalmente infructuoso.

—Otros diez, por favor —dice el simpático turco casi metiendo también la mano entre los billetes de Mario—, una pequeña ayuda para mis jóvenes alumnos de la madrasa.

Mario sonríe y le entrega un total de veinte euros, mientras que el satisfecho e improvisado guía turístico comienza a contarle la historia del sultán antes de entrar en su mausoleo.

—Ya antes de acceder al trono el sultán Mehmet II parecía predestinado a conquistar Constantinopla. Así al menos lo creía él, por eso cuando fue coronado en 1451, el joven Mehmet hizo las paces con todos los enemigos, dispuesto a pagar cualquier precio para concentrar todas sus fuerzas en esa especie de obsesión que le perseguía día y noche. ¿Sabes qué ocurrió cuándo el sultán ordenó que su gran visir compareciese ante él a altas horas de la madrugada? El anciano Chalil Bajá no se demoraría ni un instante, pues conocía la ira de su señor cuando no se le complacía de inmediato. Es más, temía que sería depuesto de su cargo como consecuencia de su avanzada edad, motivo por el cual con mano temblorosa pensó calmar los ánimos del ambicioso sultán llevándole una bandeja llena de monedas de oro. Cuando el visir se presentó de esta guisa ante Mehmet II, el perplejo sultán no dudaría en recriminar su acción diciéndole: no quiero regalos, sólo entrégame Constantinopla. —Ibrahim

finaliza esta frase a las puertas del Mausoleo de Mehmet el Conquistador y, seguidamente, él y Mario entran en el edificio.

Una vez en el interior, el supuesto profesor turco insta al sepulturero a que realice fotografías del lugar.

—Foto, foto, no problema —le dice, y acto seguido continúa con la descripción de la batalla de Constantinopla, eso sí, en un tono mucho más bajo que anteriormente, dado que en el lugar de reposo de los restos del emblemático sultán otomano hay alrededor de unas quince personas, varias de ellas rezando y, es más, algunas mujeres tienen incluso aspecto de plañideras, lo que aún provoca que el lugar imponga un mayor respeto.

—Las horas parecían contadas para los últimos restos del Imperio bizantino, dado que su soberano, Constantino XI disponía solamente de un débil ejército formado por unos escasos siete mil hombres que junto a su población de alrededor de treinta y seis mil personas se preparaba tras las sólidas murallas de la ciudad dispuesto a resistir el inminente asedio. No obstante, la capital del Imperio había llegado a tener cerca de un millón de habitantes en su época de máximo esplendor, en torno al siglo x. Estas débiles defensas estaban acantonadas en Constantinopla, motivo por el cual no podrían acudir a socorrer a los últimos reductos bizantinos que todavía existían en Tracia y en la orilla europea del estrecho del Bósforo, de los cuales Mehmet II se apoderaría sin ninguna dificultad tras una serie de acciones militares sencillas que constituirían una especie de “aperitivo”, a la espera del que pronto sería el “plato principal”: la opulenta Constantinopla. Y para ello Mehmet disponía al parecer de ochenta mil guerreros profesionales y unos veinte mil *bashi-bazuks*, los indisciplinados y temidos soldados irregulares. El joven sultán podía parecer ser impetuoso y ambicioso pero, no obstante, no dejaba de demostrar ser bastante astuto cuando, como sabemos, consciente de que su principal objetivo era entrar en la capital bizantina, firmaría la paz con el resto de sus vecinos. Y aunque su rival, Constantino XI, trataría en paralelo de contrarrestar la labor diplomática otomana con el envío a buena parte de las cortes europeas de su embajador, Andrónico Briennio Leontaris, su estéril resultado haría ver al emperador bizantino que en esos momentos se hallaba totalmente aislado del mundo, ya que nadie en Occidente parecía dispuesto a ofrecer su ayuda a un país cuya religión había abierto un cisma con el papado de Roma y que osaba hacer frente al todopoderoso Imperio otomano.

Un sonriente Mario, ahora ya más relajado tras el fiasco que para él ha supuesto no hallar la inscripción medieval que buscaba, no puede evitar que por su cabeza circule la idea de que el bueno de Ibrahim le ha sacado veinte euros, pero lo cierto es que se los está ganando a pulso con su magistral exposición de los hechos que acontecieron en el lugar hace ahora ya más de cinco siglos, en época próxima a lo ocurrido al otro lado del Mediterráneo en el entorno de Pedro de Pertusa. Y mientras el arqueólogo piensa todo esto, el improvisado guía prosigue con su narración de tan dramáticos acontecimientos desarrollados en torno al año 1453.

—Fue por ello por lo que Constantino XI trataría por todos los medios de someter a la Iglesia ortodoxa a la autoridad papal, aunque cualquier intento por lograr la unión con la sede romana fracasaría como consecuencia de la oposición del pueblo y el estamento clerical bizantinos, algo comprensible si tenemos presente que el Cisma había tenido lugar ya cuatro siglos atrás. Solamente quedaba al emperador bizantino la desesperada opción de negociar directamente con el sultán. Sin embargo, Mehmet II, al no desear mostrar ni tan siquiera un mínimo atisbo de debilidad, actuaría con contundencia y decapitaría de forma inmediata a los embajadores bizantinos que ante él se presentaron. Corría entonces el año 1452, instante temporal en el cual los otomanos se dispondrían a estrechar el cerco sobre Constantinopla a través de la construcción de una fortaleza, conocida a día de hoy como *Rumeli Hisari*, en la cara europea del Bósforo, exactamente en su parte más angosta. Esta estratégica posición avanzada les permitía controlar el tránsito de navíos entre el mar Negro y el mar de Mármara, mediante la instalación en sus almenas de varios cañones. Con el dominio del mar a su alcance, el sultán lanzaría a su flota rumbo a Constantinopla en el mes de marzo de 1453. Paralelamente, un gigantesco ejército turco se movilizaba también hacia este mismo objetivo. Pero entre esta tropa no sólo desfilaban soldados, también formarían parte del asedio el primer cuerpo de artillería de la historia, así como un selecto grupo de ingenieros y otros muchos sabios. Y precisamente los cañones diseñados por uno de estos ingenieros resultarían ser clave a la hora de provocar la caída de Constantinopla. Se trataría del húngaro Orbón, quien construyó para el asedio un cañón de enormes proporciones. El tubo de bronce empleado para fabricarlo poseía unos veinte centímetros de espesor y daba forma a un cañón de casi ocho metros de largo. Con estas dimensiones su traslado resultaba ser de una gran complicación, ya que era necesaria la fuerza proporcionada por sesenta bueyes para arrastrar de él, así como doscientos hombres debían prestar todas las labores de apoyo necesarias en su desplazamiento. El tamaño de los proyectiles que disparaba era también gigantesco, pues cada uno pesaba unos seiscientos kilogramos. Estas balas provocaban detonaciones que según los testigos podían ser escuchadas a veinte kilómetros a la redonda, tenían un alcance de más de un kilómetro y medio y si impactaban en el suelo podían provocar un cráter de unos dos metros de profundidad. Con los soldados, barcos, cañones e ingenios bélicos ya preparados, Mehmet II arribaría ante las puertas de Constantinopla a principios de abril de 1453 junto a su guardia personal formada por veinte mil jenízaros.

Mario parece encantado con la brillante exposición de los hechos del “profesor” y tanto es así que de su boca no salen palabras, pues está ocupada en sonreír constantemente al bueno de Ibrahim, sin que sea necesario que fuerce esto, mientras el peculiar ciudadano turco prosigue desarrollando la descripción de los acontecimientos del mítico asedio otomano.

—No sería en absoluto un sitio prolongado, puesto que la artillería otomana provocaría tantos daños a las murallas medievales de Constantinopla que aquél

duraría menos de dos meses. El destino de Constantinopla parecía sellado cuando el 29 de mayo de 1453 Mehmet II ordenó un ataque generalizado a lo largo de la totalidad del perímetro amurallado de la ciudad, tanto por tierra como por mar. Tras un terrible ruido, mezcla de gritos, tambores y trompetas, que tenía como únicos objetivos arengar a las tropas otomanas y, al mismo tiempo, atemorizar a los defensores de Constantinopla, se daría inicio al asalto definitivo sobre las murallas, buena parte de ellas ahora en ruinas y tras cuyos escombros todavía resistían heroicamente los defensores bizantinos. Durante el ataque masivo, al parecer algún bizantino traicionaría a su pueblo y dejaría abierta una de las entradas de la muralla, concretamente la conocida como puerta de *Kylókerkos*, en el barrio de Blanquerna, al noroeste de la ciudad. Algo que no fue desaprovechado por los soldados del sultán, que entraron en Constantinopla e izaron una de sus banderas sobre la muralla. Tal actuación tendría el efecto psicológico deseado sobre los sitiados, muchos de los cuales abandonaron sus posiciones producto de la desmoralización. Esto facilitaría el trabajo de un grupo de jenízaros, que asestaría el golpe definitivo sobre los soldados bizantinos que permanecieron defendiendo sus puestos. Mehmet ya era dueño de Constantinopla y si bien la ciudad fue saqueada durante las primeras horas, el sultán no permitiría la orgía de pillaje y destrucción a la que había sido sometida por los conquistadores cruzados de 1204. Porque los otomanos respetaron mucho a esta civilización, a la que amaban y admiraban, a diferencia de otros enemigos de los bizantinos, tales como los cruzados o los visigodos.

Estas últimas frases de Ibrahim provocan un profundo cambio en la expresión del rostro de Mario, muy reflexivo en esos momentos, quien además pasa de mostrar una constante sonrisa a aparentar una profunda preocupación. Es entonces cuando el arqueólogo interrumpe a su acompañante turco justo en el momento en el que iba a hablar de nuevo.

—Ibrahim, un momento. ¿Qué has dicho, que los cruzados sometieron a Constantinopla a un expolio desmedido tras conquistarla en 1204? —pregunta Mario.

—Si, eso es —contesta un sorprendido Ibrahim.

—Espera, espera —le indica entonces Mario, al tiempo que repasa las fotos que hay en la memoria de su cámara y se detiene en una que muestra con nitidez el texto en inglés que presenta la base de la columna del emperador Marciano.

El arqueólogo entonces puede leer para sí: *Emperor Marcian's bronze statue that use to be on top of the column has been taken from Istanbul by the venetians at XIII century and is now believed to be the Barletta statue in Bari.* Y una vez finaliza esta lectura, ni corto ni perezoso, saca de su cartera otros diez euros y se los entrega a su improvisado guía turístico.

—Muchas gracias Ibrahim, ahora he de marcharme, cuida bien de tus pupilos y también de los turistas, aunque esto doy fe de que ya lo haces. ¡*Salam aleikum!* —Se despide Mario sin más.

—*Aleikum salam* —contesta un perplejo pero satisfecho Ibrahim cuando Mario

ya está saliendo por la puerta del mausoleo de Mehmet II el Conquistador.

Mario abandona también el complejo de la mezquita y con paso ligero se dirige camino de su hotel. Sube corriendo las escaleras, entra en su habitación y a toda prisa toma entre sus manos su cuaderno y lo abre apresuradamente para escribir. Luego va a la caja fuerte de su habitación, introduce la combinación y extrae del interior un ordenador portátil. Lo enciende, se conecta a Internet escribiendo los datos que aparecen en una tarjeta del hotel y comienza a navegar por la red dispuesto a obtener información. Tras un par de búsquedas sin lograr ver nada que le interese llega un momento en el que, después de leer parcialmente el contenido de una página web, no puede evitar gritar por la emoción de un nuevo descubrimiento.

—¡Eureka! ¡Qué inútil he sido, el caballero no menciona en ningún momento que la estatua de Marciano esté en Constantinopla, dice que realizó un trabajo en el “extranjero” sobre la estatua de aquel emperador de Oriente, pero no indica dónde se localizaba en el siglo xv! Como asegura la inscripción en inglés que hay en la columna, la estatua de Marciano que había sobre ella fue robada por los venecianos durante el saqueo al que sometieron a la ciudad durante la Cuarta Cruzada, en 1204. Luego, cuando trataban de llevársela a su país, el barco que la transportaba al parecer tuvo problemas cerca de la costa de Apulia, motivo por el cual la estatua hubo de quedarse allí, concretamente en la ciudad de Barletta. Y resulta que Barletta pertenecía al reino de Nápoles, bajo dominio de Alfonso V el Magnánimo por la época en la que a Pedro de Pertusa, bajo la identidad de Guillem Peris, afirma que realizó una nueva base para la estatua de Marciano. Todo cuadra de esta forma: el nuevo mecenas, el rey aragonés, que traicionó a su fiel caballero Pedro de Pertusa, fue quien por lo tanto le encargó al cantero la restauración de la base de la estatua de este emperador ¡No hallaré nada más en Estambul, la estatua con la inscripción de Pedro de Pertusa está en Barletta! ¡Tengo que viajar a Italia, y allí localizaré la pista que confirme que el pergamino del siglo xv dice la verdad!

Mario continúa navegando hasta que de repente recibe un *whatsapp* en su teléfono móvil que dice: “Mario, llámame cuando, puedas, tengo malas noticias”. Y el sepulturero, con un oscuro presentimiento sobre su abuelo, se apresura a buscar en la agenda de su teléfono y, seguidamente, marca el número de uno de sus contactos que indica: “MAMÁ”.

Mientras tanto, Javier se halla en estado de embriaguez tirado en la cama, junto a una botella de *brandy* medio vacía, muy preocupado por la ausencia de Juan, que no ha pasado a visitarle sobre la hora de comer, como acostumbra a hacer, y por no poder disponer de noticias sobre los progresos de Mario en Turquía, dado que los dos han acordado no realizarse llamadas de teléfono para evitar posibles “pinchazos” en sus líneas. El más mínimo sonido procedente del exterior parece inquietarle, pues su malestar psicológico, junto a la borrachera, provoca que viva sumido en una constante paranoia persecutoria. Ha pasado de creerse un hombre feliz a darse cuenta de que está solo en este mundo. Ha pasado de estar dieciocho horas al día trabajando

y sólo seis durmiendo a no tener nada que hacer y, lo que más le inquieta, a ser el principal sospechoso de tres asesinatos. Mejor dicho, ya son cuatro las personas que supuestamente Javier Claramunt ha matado.

Martes 21 de octubre de 2014

La madre de Mario le ha comunicado el día anterior que su abuelo ha fallecido. Tras reflexionar durante horas, finalmente, Mario llega a la conclusión de que lo mejor que podrá hacer es quedarse en Estambul hasta el viernes, como en principio tenía previsto, dado que no podrá asistir al sepelio, que tendrá lugar el miércoles. Todos sus intentos por lograr plaza en un vuelo para llegar a tiempo al funeral han resultado infructuosos. Ahora su objetivo es regresar a España el viernes 24 para visitar la tumba de su abuelo, contarle las experiencias vividas a Javier y contratar cuanto antes un vuelo a Bari. Desde allí se desplazaría hasta la cercana Barletta, localidad donde actualmente se encuentra la estatua del emperador de Oriente, Marciano, y, por lo tanto, es probable que también allí esté la pista que buscan. Mientras tanto, para tratar de atenuar la sensación de vacío que le ha quedado al conocer la pérdida de su abuelo, decide aprovechar para visitar con más calma la ciudad de Estambul.

Jueves 23 de octubre de 2014

Los días para Mario en la antigua capital bizantina transcurren entre mezquitas, antiguas murallas, iglesias, palacios, mosaicos... Para el final, deja el Gran Bazar, donde alcanzado ya el jueves espera realizar alguna que otra compra.

Paralelamente, su colega Javier continúa encerrado en la aislada caseta huertana, con las existencias de *brandy* y de alimento fresco casi agotadas, pero todavía con un *stock* considerable de vino, chocolate y galletas. Su grado de desesperación es máximo, próximo al delirio, pues sigue sin saber nada de las dos personas que ahora más le importan: Juan y Mario.

Mientras tanto, Mario sale decepcionado del Gran Bazar, podría decirse que incluso algo mareado de ver tanta gente, de tanto ruido, de la abrumante oferta de productos, de tener que regatear por todo aunque uno esté dispuesto a pagar el primer precio que le piden, simplemente porque así lo marca la tradición. Debido a ello, Mario abandona el lugar sin haber comprado nada y continúa callejeando por la antigua Bizancio, hasta que, de pronto, se cruza con alguien que le resulta familiar.

—Ya, todos los turcos me suenan de algo, como si fueran de la familia —piensa el arqueólogo, sonriente, y prosigue su camino.

Aunque, sin embargo, la expresión de su cara no tarda en cambiar de forma radical, da media vuelta y decide entrar de nuevo al conocido como *Kapali Carsi*, ahora dispuesto incluso a regatear por si el dinero que lleva no resultara suficiente para hacerse con un *souvenir*: un afilado cuchillo de considerables proporciones. Cumplido su objetivo, Mario se dirige al baño de una cafetería para esconder el arma blanca en su pantalón, la cual va en una funda que puede ajustarse a la pierna mediante unas correas. Sólo entonces Mario vuelve a salir a la calle haciendo algo que es muy poco habitual en él: caminar a paso ligero. Al ritmo que va, pocos minutos tarda en arribar a la plaza donde se ubica la columna de Marciano. Llega al lugar y observa detenidamente a todos los transeúntes, hasta que al poco tiempo escoge quedarse discretamente en un rincón para esperar.

Han transcurrido ya unas dos horas, pero Mario permanece en el mismo lugar de la plaza, tratando de pasar inadvertido, hasta que, de pronto, como si un resorte le impulsara, corre en dirección a la columna y de su boca salen, con toda la fuerza que le permiten sus pulmones, unas malsonantes palabras.

—¡Hijo de puta! ¿Qué le hicisteis a mi abuelo? ¡Sabía que te encontraría aquí!

Mientras dice esto, Mario tiene su mano derecha preparada para extraer el cuchillo que lleva oculto en su ropa, pero antes de que pueda agarrar la empuñadura del arma el sujeto al que se enfrenta saca un revólver, al tiempo que se desprende de una gruesa mochila que porta a su espalda, tirándola a un lado. Pero apuntar con un

arma de fuego a un transeúnte en pleno centro de Estambul es una mala idea si no quieres que nadie se percate de ello, dado que esta gigantesca urbe es un hervidero de gente que no deja de circular por sus calles a cualquier hora del día. En pocos segundos, antes de que el pistolero dispare, se oyen voces que pronuncian una palabra en turco que parece querer decir “policía”. Es entonces cuando el extraño pone pies en polvorosa y tras guardarse su pistola acaba oculto entre la muchedumbre y se pierde su pista. Mario se ve pronto rodeado de cuatro agentes de policía, dos de los cuales salen, casi de inmediato, en la dirección por la que se ha marchado el sospechoso.

—¡Señor!, ¿se encuentra usted bien, querían atracarle? —pregunta en inglés uno de los policías que permanece junto a Mario.

—No, no, no se ha mostrado violento —responde Mario con bastante tranquilidad en un inglés muy básico— me venía siguiendo desde el Gran Bazar, ha debido ver que he comprado bastantes cosas, que llevo en esa bolsa de ahí —indica señalando la mochila que hay en el suelo— y pensará que tengo bastante dinero. Al llegar aquí me ha pegado un tirón para quitármela.

—¿Pero no llevaba una pistola? —pregunta el agente.

—No, no —contesta Mario—, la gente se ha asustado, Es eso... Nada más. No se preocupen, estoy bien, era solamente un carterista, ni siquiera pondré una denuncia.

—Tenga cuidado y la próxima vez no se lo ponga tan fácil a los ladrones y no circule por la calle con tantas compras señor, solamente es una recomendación. Buenos días —concluye y se despide el agente.

Nada más girarse el policía, Mario procede a recoger la mochila de su agresor y parte apresuradamente en dirección a Kumkapi sin dejar de volver la mirada constantemente. Finalmente llega al hotel, deja su pesada carga sobre la cama y procede a abrirla. Es entonces cuando descubre que en el interior de la mochila se encuentra lo que parece ser el otro fragmento del pergamino del siglo xv. Mario, no excesivamente sorprendido, lo desenrolla con sumo cuidado y tras cerciorarse de que está en lo cierto, sin atreverse a tratar ni siquiera de leer el texto medieval en catalán que tiene escrito, lo guarda de nuevo con mucha delicadeza y procede a hacer su maleta, incluyendo entre el equipaje el rollo de piel de cerca de seiscientos años de antigüedad. Una vez finalizada esta tarea, el sepulturero decide quedarse todo el día en el hotel y solicita en la recepción un taxi para la mañana siguiente.

Viernes 24 de octubre de 2014

Mario coge su maleta, salda su cuenta en el hotel y se sube al taxi que le espera, siempre observando a su alrededor y con la mano derecha muy próxima a la pernera de su pantalón. Finalmente, tras un trayecto que para Mario parece eterno, consigue llegar sin contratiempos al aeropuerto. Apresuradamente, factura su equipaje, para después dirigirse a los lavabos. Se deshace del cuchillo adquirido en el Gran Bazar y, a toda prisa y sin dejar de mirar si alguien le sigue, acaba accediendo a la zona de embarque. Una vez allí, por primera vez en toda la mañana respira aliviado al descubrir que en su misma puerta de embarque hay una garita de control de la policía turca.

Mientras tanto, a cientos de kilómetros de distancia, Javier continúa encerrado, sin nada de luz y cada vez con menos vino para poder beber, lo único a lo que prácticamente se ha dedicado durante los últimos días... además de dormir. Son las ocho de la tarde y sin que sepa ni tan siquiera el día que es, pues ha perdido ya toda noción de tiempo, oye golpes en la puerta.

—¡Yo! —dice desde el exterior de la caseta una conocida voz.

Se abre la puerta y es entonces cuando los dos colegas se hallan de nuevo juntos. Juntos para continuar formando un equipo para resolver el enigma medieval en el que se han visto envueltos. Juntos los dos arqueólogos, al igual que juntos otra vez se hallan los dos fragmentos del pergamino del siglo xv escrito por el caballero Pedro de Pertusa.

Mario, asombrado por el deplorable aspecto de su amigo, no puede evitar sentirse harto preocupado por él. Es muy consciente de que su estado de embriaguez se debe a su complicada situación personal, motivo por el cual decide infundir ánimos a Javier y comunicarle directamente que se encuentra en posesión de la otra mitad del pergamino, así como que, además, ha localizado la ubicación actual de la estatua de Marciano en Barletta. No obstante, a Javier, aún a pesar de su borrachera, no le cuadra cómo es posible que aquel supuesto fraile mercedario haya viajado a Estambul, como si siguiera la pista de Mario, vestido incluso con ropajes laicos.

—¿Cómo es posible que el monje supiera qué estarías visitando la estatua de Marciano en Estambul? ¿Puede ser que él haya leído la totalidad del pergamino y hayáis coincidido los dos a la vez en este mismo lugar? —Plantea Javier—. Demasiada casualidad. Me estás ocultando algo...

En esos momentos, Mario no puede ya contener las lágrimas y, aunque no pronuncia ninguna palabra durante unos instantes, finalmente no tiene más remedio que hablar de un doloroso tema entre sollozos.

—Tengo una mala noticia, el asesino se topó el lunes pasado con mi abuelo y no

sé exactamente cómo, según indica la policía debían conocerse, debió obtener de él la información de que yo estaba en Estambul. El caso es que ayer mismo me lo crucé allí por la calle, creo que él no me vio. Al principio no caí en la cuenta de quién se trataba, pero cuando me percaté de ello, inmediatamente intuí que podría encontrarle en la columna de Marciano. Y así fue, llegué a ese lugar antes que él, me limité a esperar y, aunque tardó un poco, acabó apareciendo. Cuando me mostré ante él increpándole sacó un revólver y se quitó de la espalda una pesada mochila que le debía impedir enfrentarse a mí con comodidad. En pleno centro de la ciudad como estábamos se armó un gran lío y entonces al tipo no le quedó más opción que darse a la fuga. Pero con las prisas se olvidó la mochila y, en definitiva... ¡del trozo de manuscrito qué había robado! Y aquí está —afirma Mario mientras deposita en la mesa la pieza en cuestión—. La policía piensa que tú has matado a mi abuelo —continúa diciendo— y puede que en breve comiencen a sospechar que hay cierta relación entre nosotros, ya que creen que el pobre Juan debía conocer a este perturbado debido a cómo fue asesinado. Al parecer no fue asaltado bruscamente, sino que los dos debían caminar juntos cuando... Prefiero no continuar... No quisiera dejarte sólo mucho más tiempo pero debo partir cuanto antes a Barletta para obtener la prueba que nos falta y así confirmar la autenticidad de lo que va a revelarnos el pergamino —continúa hablado Mario—. Cuanto antes lo consigamos antes se acabará esta especie de pesadilla en la que se ha llegado a convertir lo que en un principio iba a ser un emocionante hallazgo. Lo bueno es que ahora tendrás bastante que hacer aquí mientras retorno. Podrás confirmar que nuestra teoría sobre el Grial es cierta y así lo indica Pedro de Pertusa en su manuscrito. Eso servirá, además, para apoyar tu inocencia en los cuatro asesinatos. ¿Crees que pueda haber algún secreto más oculto en el texto medieval? —concluye el sepulturero.

Pero no obtiene respuesta de Javier, quien entre su lamentable estado físico y la magnitud de las noticias que le ha traído Mario, está tratando de poner orden en su cabeza a las múltiples ideas que por ella deambulan.

—¿Dónde has dicho qué tienes que ir ahora, a Valetta? —pregunta el director de la excavación arqueológica de El Puig cuando, por fin, logra comenzar a atar ciertos cabos.

—No, no —responde Mario— he dicho Barletta, en Italia, no en Malta —y comienza a contar a su colega la historia del saqueo de Constantinopla durante la Cuarta Cruzada y del traslado frustrado de la estatua de Marciano a Venecia. Pero antes de que pueda concluir, Mario se percata de que su ebrio amigo se ha quedado dormido. Finalmente, decide no despertarle y abandona el lugar para retirarse a su vivienda.

Mañana del sábado 25 de octubre de 2014

Son las doce de la mañana y Mario abre la puerta de la caseta de su abuelo, descubriendo, sorprendido, que Javier por fin se ha despertado y, por suerte para ambos, parece bastante despejado.

—¡Vaya, buenos días “bella durmiente”! —exclama Mario, antes de anunciar a Javier—: Ayer aproveché tu descanso para sacar el billete de avión a Bari, el aeropuerto más próximo a Barletta... Bueno, mejor ahora te explico detalladamente dónde está Barletta y qué voy a hacer allí...

—Ye, alto ahí. —Mario es interrumpido por Javier—. Puede que estuviera algo borracho, puede que tenga ahora mismo una resaca más grande que el cimborrio de la catedral de Burgos, pero no por ello ayer dejé de entender todas tus explicaciones.

—¡Serás cabrón, si te quedaste dormido! —replica el sepulturero.

—Sí, pero con un sueño lo suficientemente lúcido como para escuchar tus interesantes palabras —concluye Javier, bromeando.

—Bueno, bueno, salgo mañana para Bari y vuelvo el miércoles, día 29 —comenta Mario entre las risas de ambos colegas.

Javier y Mario pasan juntos el resto del día en la caseta. El primero de ellos parece recuperar por momentos su debilitado estado de ánimo. Tanto es así que no llega a probar ni gota de alcohol mientras Mario permanece con él. Pero la cosa cambia cuando cae la noche y vuelve a quedarse solo, ya que el sepulturero no desea levantar sospechas ante nadie y prefiere pernoctar en su domicilio, tal y como ocurriría en condiciones normales.

Domingo 26 de octubre de 2014

Mientras Mario Tejedor vuela en dirección a Madrid para enlazar con Bari, Javier Claramunt, a pesar de su resaca, se ha levantado al alba para continuar, a la tenue luz de una pequeña linterna, estudiando el texto contenido en el segundo fragmento del pergamino del siglo xv que ante sus ojos revela sorprendentes datos.

—Y es así que las confesiones realizadas ante nuestros clérigos no son secretas —reza el manuscrito— sino que tienen lugar en público, ante todos los creyentes de nuestra comunidad, de forma que todos son testigos de los pecados cometidos por sus correligionarios, al tiempo que todos, sin excepción, deben admitir, así mismo, sus faltas ante los allí presentes. Porque para la Iglesia de los bons homens tampoco tiene valor alguno la confesión secreta a la que los corruptos sacerdotes católicos se aferran para vender sus caras indulgencias a aquellos feligreses más acaudalados, a los cuales, a través de esta fórmula, pecar les puede salir muy barato espiritualmente. Y es por ello por lo que la realidad nos muestra que en el seno del catolicismo únicamente pueden hacer gala de su faceta humana aquellos feligreses que poseen riquezas, ya que son los únicos que pueden pecar y ser perdonados de inmediato, aunque cometer pecados es inherente a la naturaleza material de las personas y, por lo tanto, este acto no debería ser condenado por la Iglesia, ni tan siquiera aunque quien así obre sea de condición humilde y no pueda pagar para ser redimido.

Es por ello por lo que el clero católico lleva siglos corrompido y sus miembros, especialmente los de más alto rango, cometen sin reparo alguno éste y otros actos de simonía. Ya en la doceava centuria los templos católicos estaban ocupados por un inepto clero, cuyo único objetivo era lucrarse a través de sus corruptas actuaciones. Tanto es así que a finales de ese mismo siglo incluso el propio papa recién elegido, llamado Inocencio, se atrevía a lanzar esta misma acusación contra sus prelados y sacerdotes. El joven y enérgico pontífice elaboraría, además, una minuta con las renunciaciones a las cuales, a su entender, deberían llegar los obispos, dando así ejemplo al clero subordinado. Y no se trataría de prohibiciones cuyo respeto obligaba a llevar una austera vida llena de renunciaciones, tales como el ayuno o la carencia de bienes materiales, como ocurría en el caso de nuestros sacerdotes, sino que, más bien consistía en renunciar a ciertos lujos, tan sorprendentes como emplear delicados arneses de orfebrería en sus cabalgaduras, pagar elevadas sumas de dinero a trovadores que les distrajeran durante sus aburridas y en absoluto frugales comidas, escuchar maitines descansando en la cama o aceptar no sólo la fornicación de sus sacerdotes con mujeres, sino que éstos las tomaran incluso como concubinas sin tratar de ocultarlo ni lo más mínimo.

Pero quienes se atreven a denunciar sucesos de este tipo deben de tener mucho

cuidado de quién hablan y de su posición social, pues si el denunciado es un influyente prelado perseguirá sin ninguna piedad a aquel que lo delató, así como también a toda su familia e incluso a sus amigos. Y si el delator es un devoto católico al que no se le pueda achacar más que presentar un comportamiento religioso ejemplar, ya se encargarán sus enemigos de buscar cualquier excusa para que éste acabe siendo condenado por la justicia laica o, lo que es peor, y mucho más fácil de conseguir, por los temidos e implacables inquisidores.

Y ya era Valencia una de las diócesis más acuciantemente corrompidas cuando su obispo, Hugo de Llupià, agotaba su vida hacia el año 1426 de Nuestro Señor Jesucristo, año en el que mi familia fue condenada por herejía. Tras su muerte, acontecida un año más tarde, alcanzaría el obispado la familia Borja, cuyos ambiciosos miembros resultarían ser aún más corruptos y más peligrosos que el propio Hugo de Llupià y su séquito. No obstante, cierto es que cuando regresé a Valencia en el año 1447 era Alfonso de Borja (...)

—¡El que luego fuera papa Calixto III, el primer “Papa Borgia”! —No puede evitar exclamar Javier al leer esta parte del manuscrito.

—(...) quien controlaba la sede episcopal valenciana —continúa el arqueólogo con la lectura del antiguo texto— y aunque él era un personaje mucho más odioso que el propio Hugo de Llupià, sería sin embargo quien se encargaría de emprender la persecución de mi familia aprovechando mi ausencia, inmerso como estaba en la guerra de Nápoles combatiendo para mi señor, el rey Alfonso. El único objetivo que perseguía el obispo torturando a los Pertusa no era otro que vengarse de su cabeza de familia, es decir, de mi propia persona, por haber criticado con tanta dureza su gestión al frente de la diócesis de Valencia.

—¡Tengo cada vez más claro que oficialmente se procesa se los miembros del clan Pertusa por lo expuesto en los documentos de la Inquisición medieval, pero realmente no sólo son sometidos a juicio inquisitorial por su heterodoxia, sino también, en buena medida, por el recelo despertado en el obispo de Valencia, Hugo de Llupià, dado que Pedro de Pertusa parece ser que criticó duramente su corrupta gestión al frente de la diócesis de Valencia! —interrumpe repentinamente Javier la lectura del pergamino para realizar este comentario en voz alta, notablemente excitado—. ¡Creo que tenemos aquí un claro ejemplo de una curia eclesiástica medieval corrompida a cuyos miembros nadie se atrevía a acusar de simonía!

—Vamos que, en definitiva, el proceso inquisitorial contra la familia Pertusa es cierto que condenó su herejía, pero no lo es menos que constituyó una especie de venganza personal del obispo de Valencia hacia el caballero don Pedro —piensa ahora el arqueólogo, y acto seguido continúa leyendo el manuscrito del siglo xv.

—Y por suerte para mí cuando regresé a mi país en el año 1447, aunque ya fuera bajo la identidad de Guillem Peris, el execrable Alfonso de Borja se hallaba en el reino de Nápoles, al servicio del magnánimo rey Alfonso, como miembro de su consejo real, más ocupado el obispo, ahora también cardenal, en hacer partícipes a

sus familiares y personas más allegadas de las intrigas políticas que tenían lugar en la curia romana que de los acontecimientos que se desarrollaban en la diócesis de Valencia. Algo parecido a lo que le ocurría al rey de Aragón, quien prácticamente dejaría de lado sus asuntos hispánicos para trasladar su corte a tierras napolitanas, lugar en el que centraría sus intereses y desde donde se inmiscuiría en los entresijos del pontificado romano, así como antes había hecho ya en las sedes papales de Aviñón y Peñíscola.

Por esos años, en la Seu de Valencia ya se custodiaba el Grial, depositado allí por el rey Alfonso, y continuaba siendo venerado por los fieles como la mayor reliquia de Aragón, motivo por el cual comenzó a verse allí también rodeado de un fastuoso ceremonial y a acoger la llegada de peregrinos que realizaban sus cuantiosos donativos a la catedral. Todo ello provocaba y provoca que el lucrativo negocio existente en torno a la Copa continuara existiendo y que ahora, incluso, se hubiera maximizado.

Pero la avaricia del clero católico recibirá pronto su castigo con mi revelación, pues este Santo Grial no tiene el origen que todos afirman que posee. Y así lo certifico como caballero custodio de la reliquia en cuestión, título honorífico portado por mi familia desde el año 1213, que permite a su portador ser conocedor de la verdadera historia que rodea a esta pieza. Porque si mi propia vida como Guillem Peris no es más que un engaño, la mentira se halla también encerrada en torno a la Copa. Falso Grial, falso como el apóstol Judas. Porque además es falso simplemente por tratarse de un material tangible, pues nadie debería venerar como si de ídolos se tratara a simples objetos físicos, tal y como hacen los practicantes de la religión católica. ¿Cómo, además, pueden venerar los cristianos los supuestos fragmentos de la Vera Cruz cuándo de ser éstos auténticos pertenecerían al instrumento de tortura que daría muerte al Hombre? ¿Cómo puede adorarse un sudario sólo porque supuestamente cubrió el cuerpo sin vida de Jesús de Nazaret, si no es más que un simple trozo de tela? ¿Por qué no son objeto de veneración los múltiples actos piadosos de este Hombre en lugar de hacer lo propio con simples objetos materiales? ¿Por qué los católicos no pueden prescindir de lo tangible para tratar de llegar a Dios y utilizan un camino equivocado que irremediablemente les conduce a fracasar en esta empresa? El auténtico Grial es el que cada uno puede hallar en su interior. Pero su búsqueda no resulta sencilla, requiere en algunos casos de toda una vida, y cuando al fin lo hallemos podremos beber de él y solamente entonces nuestra sed será definitivamente saciada, por toda la eternidad. Porque es en esos momentos cuando recibimos el Espíritu Santo, cuando nuestra alma logra liberarse de la Carne y se fusiona con Dios Todopoderoso. Así es como se nos permite alcanzar la paz interior. Es entonces cuando el verdadero Grial se presenta ante nosotros, un Grial que no puede verse con los ojos, ni tocarse con las manos, pero cuya existencia es real.

Fue cuando el reino de Aragón se hiciera vasallo de la Santa Sede cuando unos embajadores de su rey, Sancho Ramírez, peregrinaron en el año 1068 a Roma y a la

sagrada ciudad de Jerusalén. Una vez en tierras de Oriente estos nobles caballeros no solamente se dedicaron a seguir los pasos dados por nuestro señor Jesucristo mil años atrás, pues estos aragoneses no pudieron resistirse al poder de seducción del mercadeo de reliquias que registraba ya por entonces esa especie de Babilonia en la que se había convertido la otrora ciudad santa, y cayeron, por lo tanto, rendidos ante la abrumadora oferta de los tenderetes de Jerusalén. De esta forma los ricoshombres pensaron que la compra de un antiguo cáliz a un comerciante local resultaría del agrado de su rey, aún a pesar de que todos, incluida su majestad, supieran con total garantía que este objeto nunca estuvo en las manos de Jesucristo. De este modo la Copa, que lograría colmar el anhelo por la posesión de reliquias que tenía Sancho Ramírez, aún a pesar de que tenía conocimiento de su nula autenticidad, llegaría en poco tiempo, en el año 1071, al monasterio de San Juan, en el reino de Aragón, y en torno a ella comenzaría a entretenerse la falsa historia del diácono San Lorenzo, a quien el Papa supuestamente entregó en el siglo III la custodia de este Cáliz en tiempos de las duras persecuciones romanas contra los cristianos. Según cuenta la tradición, Lorenzo envió el Santo Grial a su patria aragonesa para protegerlo y allí permaneció hasta nuestros días. Eso al menos dice la leyenda que todos los católicos creyeron hasta el más mínimo detalle a través de los siglos, hasta día de hoy. No obstante, lo que sí que es bien cierto es que la idea del rey Sancho Ramírez de depositar este falso Cáliz en el monasterio de San Juan, en las proximidades de Jaca, no perseguía otro objetivo que el de atraer a los muchos peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela por esta ruta, y de esa forma poder participar también de tan interesante negocio, tal y como sucederá siglos más tarde con el traslado de la Copa a Valencia, próspera y populosa ciudad que ahora resulta mucho más interesante que custodie la falsa reliquia.

Compostela y Valencia, ciudades en las que se guardan las reliquias de dos santos: el apóstol Santiago y el Mártir San Vicente. ¿Pero qué sentido tiene venerar unos huesos, aunque sean de uno de los apóstoles de Jesús de Nazaret o de uno de los primeros cristianos que sufrieron martirio, si éstos no son, en definitiva, más que materia? ¿No seríamos más coherentes simplemente con recordar las acciones que estos buenos hombres realizaron en vida? Porque no podemos olvidarnos de que el propio espíritu de Jesucristo debió encarnarse en un hombre para poder desarrollar en la Tierra la misión que Dios Padre le encomendó: descender al mundo terrenal para ayudar a los seres humanos a redimir sus pecados. Sólo de esta forma un ente divino pudo acercarse al Hombre, de manera que poseyendo él mismo un cuerpo físico, aún siendo un ser humano excepcional, llegó como toda nuestra especie a ser tentado por el Maligno, y no dudo que presentó las mismas debilidades que el resto de sus congéneres. Porque Cristo en la Tierra poseyó naturaleza humana, como cualquier otra persona, y no hubo más dualidad en él que la que hay en todos: un cuerpo material y un alma espiritual. Esa es la única dualidad que posee Jesucristo, la misma que la que poseen todas las personas. No podemos olvidar que nuestro Espíritu

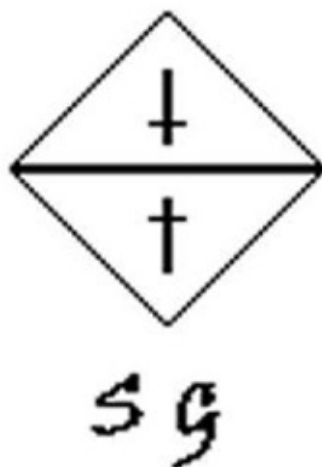
pertenece a Dios y que todos nosotros, sin excepción, tenemos una parte divina encerrada en nuestro cuerpo: el alma.

Y no quisiera finalizar mis revelaciones sin aportar un último dato que puede resultar crucial a la hora de refutar que lo que aquí escribo es bien cierto.

La parte superior del Grial, es decir, el vaso de ágata, porta grabado en la parte exterior de su base el nombre del Casal de Pertusa, junto a su blasón, una pera, marcas realizadas en honor al cargo desempeñado por los miembros de mi familia como protectores honoríficos de la reliquia. Y tantos años hace que se le practicó esta litografía que la misma ha caído en el olvido. Y allí permanece oculto tal distintivo, ya que el vaso de ágata está engarzado sobre un pie de oro que cubre su base. Y si bien es cierto que la Inquisición trató por todos los medios borrar de la memoria colectiva que los heréticos Pertusa fueron custodios del Grial, no lo es menos que se le pasó por alto la existencia del citado grabado y es por ello que esto constituye la prueba definitiva sobre la autenticidad de mis palabras. Porque aunque a pesar de que las autoridades eclesiásticas lograron temporalmente su objetivo, y hoy por hoy nadie conoce que los Pertusa custodiaron el Grial durante más de dos siglos, finalmente la verdad verá la luz.

Y hecha esta mi revelación mi alma puede descansar ya en paz, porque a buen seguro que en algún momento, aunque para ello tengan que pasar meses, años o incluso siglos, alguien abrirá mi tumba y hallará este pergamino. Sólo entonces mi venganza será consumada. Sólo entonces el secreto que encierra la Copa de Cristo será revelado. Sólo entonces se descubrirá que el Santo Grial de Valencia es falso.

—SCYPHUM CHRISTUS MYSTERIUM REUELATUM ERAT OREMUS IN NOMINE IUDAS
APOSTOLUS FALSUM PAENITENDUS EST QUOD IAM SANCTUM EST Signum Petrus—



Con esta contundente sentencia Javier Claramunt concluye la lectura completa del pergamino del siglo xv.

Mientras tanto, Mario Tejedor llega en autobús a su hotel en Barletta, tras un

vuelo en el que, para suerte suya, no se ha registrado ningún retraso ni la menor incidencia. Nada más entrar en su austera habitación ni tan siquiera deshace la maleta o se acomoda para darse un respiro, tal y como suele hacer cada vez que se dispone a iniciar alguna tarea, aunque se trate de los quehaceres más cotidianos. En su lugar coloca a toda prisa el equipaje sobre la minúscula cama, el diseño de cuya colcha recuerda sobremanera a los alicatados y cortinas de las películas de Almodóvar, y se limita a extraer de la misma una mochila y unos cuantos objetos. De forma apresurada, como bien sabemos, algo totalmente atípico en alguien tan sosegado, se dispone a preparar la bolsa que portará para esta su primera salida por Barletta, para lo cual introduce en la mochila todo lo que pueda llegar a necesitar, de manera un tanto desordenada. Forman parte de este batiburrillo de objetos una pequeña botella de agua, un *dossier* con unos cuantos folios impresos con información procedente de distintas *webs*, una guía turística del lugar, su cámara de fotos y lo que Mario llama ya *el diario del Grial*, ni más ni menos que el pequeño bloc de notas en el que el arqueólogo ha ido anotando sus avances en las investigaciones relacionadas con el manuscrito del siglo xv.

—Sólo faltaría que cerrara mi valioso cuaderno con una goma, tal y como hacía Indiana Jones en la película, pero prefiero no hacerlo porque entonces ya sí que me parecería a mi abuelo, y no sólo en el físico, pues éste aseguraba el contenido de su bien máspreciado, es decir, su cartera, mediante dicho “elástico sistema” —llegó a decir Mario a su colega Javier en tierras valencianas, antes de partir hacia Italia.

Una vez así equipado, Mario parte de forma inmediata hacia el que es su único objetivo en esa ciudad: estudiar la estatua bizantina del emperador Marciano. No entra en sus planes perder el tiempo, motivo por el cual, sin conocer exactamente la distancia entre el hotel y el monumento, decide coger un taxi. No es momento para deleitarse con el paisaje o el encanto de una ciudad histórica como esta en la que se encuentra. No está de turismo. Es muy consciente de que se ha metido en un buen lío y que no hay lugar en el que pueda sentirse seguro ya, como demostraron los hechos acontecidos en Estambul. Se juega la vida, tal y como quedó esclarecido en el monasterio de El Puig y en Turquía. Han muerto, además, ya cuatro personas en relación con este turbio asunto, incluido su abuelo, y a su colega Javier Claramunt se le busca por cuádruple asesinato, además de por un delito de expolio y por atentar contra el patrimonio histórico. Es más, Javier le preocupa mucho, ya que ha podido comprobar cómo su encierro involuntario está minando su moral e incluso está afectando a su salud mental. Es muy consciente que, aunque Javier no lo quiera reconocer, es una persona muy vulnerable y que ahora que el sepulturero anda metido de lleno en la búsqueda de pistas que demuestren la autenticidad de las palabras recogidas en el pergamino de Pedro de Pertusa, el director del yacimiento arqueológico de El Puig se encuentra totalmente solo, sobre todo desde que falleció el abuelo Juan. Mario es consciente de que debe darse toda la prisa posible en obtener la prueba que busca en el “Coloso de Barletta” para saber que lo que dice el pergamino

medieval tiene credibilidad. Es más, no desea volverse a topar con “el fraile”, y sabe a ciencia cierta que existe esa posibilidad, como ya ocurrió en Constantinopla. No obstante, una pequeña chispa mantiene el estado de ánimo de Mario a un alto nivel y ésta alumbraba su espíritu aventurero, ya que intuye que pronto podrá cumplir uno de sus sueños: poner de manifiesto un descubrimiento arqueológico de primer nivel, desvelar el secreto del Santo Grial enterrado durante seis siglos.

Mario toma un taxi que le espera a la puerta del hotel y de camino hacia la basílica del Santo Sepulcro, en cuyas proximidades se localiza la efigie del emperador Marciano, aprovecha para ojear la guía turística.

—El Coloso de Barletta —lee Mario en el libro de viajes—. Si usted realiza una excursión a la ciudad de Barletta no debe dejar de visitar esta estatua de bronce de unos cinco metros de altura, una de sus principales atracciones turísticas. La estatua representa a un emperador romano o bizantino, probablemente Valentiniano I o Teodosio II (...)

—¡Ya, seguro! Más bien será Marciano —piensa Mario y, acto seguido, continúa leyendo.

(...) y según cuenta la tradición en 1204 estaba siendo transportada por un barco veneciano que llevaba sus bodegas cargadas con los tesoros saqueados a Constantinopla durante la Cuarta Cruzada. Fue el naufragio del navío frente a la costa de Apulia lo que permitió que desde entonces el Coloso haya permanecido en Barletta. En el siglo xv la estatua en cuestión se encontraba muy deteriorada, motivo por el cual fue restaurada (...).

—Y por eso nuestro cantero, Guillem Peris, o mejor dicho, don Pedro de Pertusa, remató el trabajo realizado sobre la estatua proporcionándole una nueva base de piedra, en la que, además, dejó su sello personal: su marca de cantería y la famosa frase en latín.

*SCYPHUM CHRISTUS MYSTERIUM REUELATUM ERAT OREMUS IN NOMINE IUDAS APOSTOLUS
FALSUM PAENITENDUS EST QUOD IAM SANCTUM EST.*

O eso al menos espero —vuelve a pensar Mario, al tiempo que cierra el libro, procede a guardarlo en la mochila y emite un potente y prolongado suspiro que incluso llega a mover el cabello del chófer. Mario entonces traga saliva profundamente y dice—: ¡Oh, scusi!

El taxi no tarda demasiado tiempo en detenerse en las proximidades de la basílica. Mario paga al conductor un precio que considera excesivo y mientras comienza a caminar por un terreno empedrado, al tiempo que por su cabeza no paran de pasearse más que blasfemias lanzadas contra los que se dedican a practicar la “usura” a costa de los turistas, pronto descubre que no puede dejar de mirar hacia arriba cuando ante él aparece el Coloso pegado a la fachada del templo. Sin darse apenas cuenta de ello, Mario acelera entonces el paso con una inercia tal que se le descuelga la mochila del único hombro del que la llevaba colgada, con tan mala suerte que su cámara réflex cae al suelo y su objetivo se hace añicos. El despistado Mario, con las prisas, se ha dejado la cremallera de la mochila medio abierta tras sacar el dinero para pagar el taxi. No parece importarle en exceso, pues continúa avanzando con paso firme hacia la estatua esbozando su rostro una marcada sonrisa. Cuando se halla a escasos metros de su objetivo se detiene, corrige su posición y al tener el rostro de la estatua en línea recta saca su teléfono móvil, que indica “BATERÍA BAJA”, y comienza a hacer fotografías. Permanece de esta guisa durante unos minutos y finalmente se aproxima a la imponente figura de bronce hasta llegar a su base. Una vez allí se agacha y comienza lentamente a palpar la piedra, que hace de soporte de la estatua, alrededor de todo su perímetro, así hasta que se sitúa a espaldas del emperador bizantino de bronce, justo en la zona en la que la escultura se encuentra a escasa distancia de la pared de la basílica. Es allí donde Mario localiza un relieve en el que el paso de unos seiscientos años ha provocado que a duras penas se pueda leer una frase en latín.

—*SCYPHUM CHRISTUS MYSTERIUM REUELATUM ERAT OREMUS IN NOMINE IUDAS
APOSTOLUS FALSUM PAENITENDUS EST QUOD IAM SANCTUM EST.*

Mario muestra ahora una sonrisa de oreja a oreja y permanece inmóvil y de cuclillas por un tiempo indefinido, hasta que, de repente, frunce el ceño y su boca se contrae. Es entonces cuando se aleja de la estatua todo lo que la pared del templo le permite para poder encuadrar bien una fotografía de la inscripción que hay sobre el pedestal. No obstante, no parece conseguir enfocar la imagen como a él le gustaría y, tras realizar varios *zooms*, finalmente el teléfono agota totalmente su batería.

—¡Mierda! —No puede evitar vociferar un indignado Mario.

Es entonces cuando aprecia que no pocos turistas no apartan la vista de tan curioso personaje. Mario, avergonzado, se alza, guarda el teléfono en uno de los bolsillos de su pantalón y comienza a alejarse del Coloso. Sin embargo, defraudado como está por no haber podido obtener ninguna fotografía de la inscripción de la losa, no puede evitar continuar farfullando lo que hasta los que no entienden la lengua castellana llegarían a identificar como insultos. Se dirige entonces a la terraza de una cafetería próxima, pero lo suficientemente apartada de la vista de aquellos curiosos

que acuden a visitar el famoso monumento. Una vez sentado cómodamente, pide un zumo de naranja natural y con el Sol dándole de pleno se dispone a relajarse unos minutos. Para lograrlo de manera más sencilla extrae su cuadernillo de la mochila junto con un bolígrafo y comienza a realizar anotaciones, por supuesto relacionadas con el pedestal de la estatua del emperador bizantino Marciano.

De esta forma, el tiempo transcurre muy deprisa para Mario, que además ha aprovechado para comer en ese mismo lugar, y, tras caer en cuenta que sería interesante regresar al hotel para poner a cargar el teléfono móvil y así poder hacer más tarde las fotografías de la losa, pide la cuenta y se marcha, de nuevo con cierta prisa. En unos minutos llega al hotel, esta vez caminando, abre la puerta de su pequeña habitación, conecta el móvil a la red eléctrica y se tumba en la cama suspirando. No transcurren ni cinco minutos y se queda profundamente dormido.

Paralelamente, en la caseta del marjal de Massamagrell, tras finalizar la lectura del pergamino, un estupefacto Javier se dispone a enrollar el largo trozo de piel de cabra, sin que su cabeza pueda dejar de dar vueltas a todos los misteriosos descubrimientos realizados hasta la fecha en torno al Santo Cáliz. Al arqueólogo le ha quedado muy claro que la revelación del caballero podría haber causado mucho daño al lucrativo negocio que se había creado en torno a la reliquia del Grial. Sobre todo si tenemos presente que quien de esto informa era un personaje tan influyente como Pedro de Pertusa, mesnadero real, mano derecha del monarca e incluso custodio de la propia Copa de Cristo, prestigioso título honorífico portado por su familia por más de dos siglos. Resulta innegable la importancia que debió de alcanzar el caballero de Pertusa, posición privilegiada que le permitió incluso, como han descubierto Mario y Javier, llegar a escapar de las redes de la Inquisición cuando, tal y como sospecha el director de la excavación arqueológica de El Puig, el propio Alfonso V el Magnánimo le tendió una trampa dándole permiso para acudir a visitar a su moribundo padre en Valencia, algo que resulta a todas luces contradictorio, ya que el rey se hallaba en esos momentos inmerso junto a Pedro de Pertusa, uno de sus principales caballeros, en plena campaña napolitana. Como piensa Javier, es más que probable que en esos momentos el monarca deseara librarse de su fiel caballero. No obstante, como bien indica el de Pertusa en su crónica, fue avisado a tiempo para lograr zafarse de las implacables garras de los monjes dominicos. Afirmar que el Santo Grial es falso podría haber provocado, a su vez, una crisis de fe y, es más, incluso en la época actual podría desmontar toda la parafernalia que circula en torno a la supuesta reliquia: cofradías y hermandades, o liturgia y culto, tales como las celebraciones del Jueves Santo o la Fiesta Anual del Santo Cáliz, en las que participan personajes de la alta sociedad valenciana. Sin duda que a muchos de los devotos que adoran la reliquia no les haría ninguna gracia que en pleno siglo XXI se haga público el contenido de un manuscrito del siglo XV que da fe de la falsedad del Grial.

Una vez que Javier ha terminado ya de recoger el pergamino enciende un cigarro,

al tiempo que va a buscar una botella de vino. Se sirve un vaso lleno y se lo bebe de un trago.

—¡El asesino, por lo tanto, puede ser cualquier fanático que no desea que este secreto vea la luz y que el tradicional ceremonial que acompaña a la reliquia se vea ni tan siquiera modificado! —exclama Javier, atragantándose, pues justo antes de ingerir completamente el contenido no ha podido evitar pronunciar estas palabras en voz alta. Una vez concluida la frase la intención de Javier es beberse de golpe otro vaso de vino que, apresuradamente, ha vuelto a llenar, pero sus movimientos son tan bruscos y torpes que todo el líquido acaba en su camisa. Es entonces cuando arroja por los aires el vaso y agarra firmemente la botella para pegarle un buen sorbo. Nuevamente bebe un gran trago y deposita la botella con las manos temblorosas sobre la mesa, quedándose ya completamente inmóvil y en silencio, con la mirada perdida. Nada ya tiene que hacer en esa especie de jaula. Ahora toca salir de su encierro y demostrar ante todos su inocencia, debe pensar. No obstante, parece ser consciente de que ha de esperar las noticias que Mario traerá de Italia, motivo por el cual, para hacer tiempo, enciende la televisión y, mientras apura los últimos mililitros de la botella, se dispone a ver el canal autonómico, la cadena de televisión que, según sus propias palabras, “más le hace reír”.

Transcurren así las horas frente a la “caja tonta”, amenizadas por más cigarrillos, mucho alcohol y no pocos temblores de manos que le impiden verter el líquido en un vaso, algo que no supone ningún problema para Javier, que continúa bebiendo directamente de la botella. De esta forma, finalmente da comienzo el noticiero de la tarde-noche. Javier prácticamente no se entera de nada de lo que oye hasta que una noticia llama poderosamente su atención: se anuncia el evento religioso que tendrá lugar el próximo jueves.

Como cada último jueves del mes de octubre, se celebrará en la catedral de Valencia la Fiesta Anual del Santo Cáliz de la Última Cena, en la cual el Grial es trasladado en procesión dentro de su relicario desde la capilla en la que se aloja, conocida como capilla del Santo Cáliz, hasta el altar mayor de la catedral. Allí, el arzobispo celebra la Eucaristía junto a centenares de fieles, representantes políticos y miembros de la alta sociedad, así como los asociados de la Hermandad y la Cofradía del Santo Cáliz. En esos momentos Javier no puede evitar reír a carcajadas al mismo tiempo que se lleva otra botella de vino a los labios, entrando prácticamente menos líquido en su boca que el que se le cae mojando todo su cuerpo, la silla en la que está sentado y el suelo. Y así continúa hasta que se atraganta y llega el vómito.

—¡Ese es el momento! —exclama tras jadear unos segundos cuando ya ha dejado de expulsar fluidos corporales por la boca y, acto seguido, vuelve a beber un buen trago de vino cuando ya dan las 20:45 horas—. ¡A su salud, Juan! —grita entre carcajadas.

A esa misma hora, un somnoliento Mario se despierta bastante desorientado. Rendido tras el madrugón que se ha dado para poder enlazar bien los vuelos, como él

afirma: “no es persona si no descansa bien por la noche”. Permanece unos minutos más acostado, sin apenas moverse, tiempo en el que puede comprender que el día ya ha dado bastante de sí y que será imposible tomar las fotos que tenía previstas de la losa, ya que se ha hecho de noche y no habrá luz suficiente. Debido a ello Mario decide salir a cenar algo en las proximidades del hotel con el objetivo de regresar pronto. Tras una cena sin mayores contratiempos retorna a la habitación, enciende la televisión y, aunque tenía pensado leer un poco, se engancha a ver una reposición de la serie estadounidense *El show de Bill Cosby...* hasta que hacia las dos de la madrugada se queda dormido.

Mañana del lunes 27 de octubre de 2014

Por suerte para Mario, había puesto el despertador para levantarse de la cama a una hora prudencial. Debido a ello está en pie a las diez en punto, no sin antes haber dado unas cuantas vueltas en su reducida cama. Seguidamente se asea y se viste, tomándose para todo ello su tiempo, como es costumbre en él, y, finalmente, sale de la habitación dispuesto a desayunar. Una vez en la sala donde se sirve el desayuno, toma asiento y antes de consumir nada, aprovechando la red *wi-fi* que ofrece el hotel, comienza a consultar las ediciones digitales de la prensa española. Con ello se le hacen cerca de las once y cuarto y, consciente de esto, se apresura a pedir un café con leche mientras se aproxima a la zona de *bufet* para coger algún producto de bollería.

Dan ya las once y media de la mañana cuando Mario abandona definitivamente el hotel, justo a la hora en la que deja de servirse el desayuno. Una vez en la calle, Mario saca de su bolsillo un pequeño plano de la ciudad, de esos en los que los recepcionistas de los hoteles tienen la “sana costumbre” de llenar de rayajos con un bolígrafo, dispuesto a divisar la ruta para volver a la basílica del Santo Sepulcro. Tras unos breves instantes consultando el plano, el arqueólogo lo dobla cuidadosamente, vuelve a guardarlo en el mismo bolsillo donde antes estaba e inicia la marcha a pie hacia el templo. Dan aproximadamente las doce cuando Mario comienza a pisar el enlosado del suelo sobre el que se hallan la iglesia y el Coloso, momento en el que, sin dejar de caminar lentamente, prepara la cámara de su teléfono móvil. Esta vez no cometerá el mismo error que el día anterior y en lugar de recrearse fotografiando la totalidad de la estatua se limita a ir directo al grano, es decir, a obtener la imagen de la inscripción que realizó sobre la piedra el maestro cantero. Así de prudente se muestra Mario, ya que aunque cierto es que el nivel de carga de la batería de su móvil ha descendido un poco tras “navegar” durante el desayuno, esta energía debería ser suficiente para sacar las fotografías que necesita.

Muy precavido es en este aspecto pero se muestra con la guardia muy relajada con respecto a vigilar a los que le rodean. Tanto es así que cuando se encuentra agachado en una postura un tanto incómoda para hacer una de las fotografías del relieve, una voz se ofrece para prestarle ayuda.

—¿Puedo echarle una mano?

—Si, claro —contesta un despistado Mario, no sin antes perder el equilibrio y para evitar caer al suelo agarrarse firmemente a la mano derecha del desconocido—. ¡Muchas gracias! —exclama entonces.

Mario alza ahora ya la vista para descubrir que... ¡Se trata del monje mercedario! Vestido, eso sí, en esos momentos con ropajes laicos, al igual que ocurrió en Turquía. No porta equipaje alguno y sus manos están desprovistas de armas. No obstante, se

aferra con dureza a la mano del arqueólogo, de tal forma que incluso llega a hacerle daño. Mario se queda entonces bloqueado. Nada hace y nada dice, únicamente mira fijamente a los ojos del que piensa que es el asesino de su abuelo. El otro sí tiene algo que decir.

—Señor Tejedor, imagino que no habrá sido tan insensato como para haber traído la mochila que me robó usted en Estambul —dice el misterioso personaje—. No importa, no soy rencoroso. Le emplazo a usted y a su colega, el señor Claramunt, a que asistan a la misa que se celebrará en la catedral de Valencia el próximo jueves. Traiga entonces la mochila con su contenido íntegro, ah, si no le parece mal incluyan también el “otro” pedazo. Yo a cambio me conformo con deleitarme con su presencia y puedo facilitarles más información sobre el *affaire* del Grial, además de este pequeño anticipo. Pero le advierto, no traten de burlarse de mí, pues, aunque, insisto, no soy rencoroso, puedo llegar a tener muy mal genio. No obstante, es complicado que puedan llegar a engañarme, saben que tengo ojos y oídos en todas partes. ¿Se esperaba usted si no que mi persona hiciera acto de presencia en Estambul o en Barletta?

Antes incluso de terminar esta frase el supuesto fraile da un par de “amistosas” y pequeñas bofetadas en la mejilla a Mario con la mano izquierda y, una vez que da por concluido su monólogo, le suelta y abandona el lugar a paso ligero.

El sepulturero continúa en estado de *shock* por unos instantes, mientras que los turistas cercanos no han llegado a percibir nada extraño entre los dos sujetos españoles. Mario se yergue al fin y, con cara de pánico, abandona también el lugar lentamente.

—¡Seré imbécil, no deseo nada más en el mundo que aclarar cuentas con ese monstruo y cuando lo tengo delante y sin armas no soy capaz de hacer nada! — Piensa Mario una vez que ya está en la habitación del hotel.

Resulta obvio que Mario se ha despistado mientras tomaba las fotografías y no ha visto cómo se iba aproximando hacia él el “fraile”. La tranquilidad de estos días ha provocado que el sepulturero se relaje en exceso, motivo por el cual parece como si hubiera bajado la guardia. A consecuencia de este fortuito y desagradable encuentro, una vez ya obtenida la prueba de inscripción de la estatua de Marciano, Mario considera que debe de ser más precavido a partir de ahora y que no merece la pena arriesgarse a abandonar la seguridad que le proporciona permanecer encerrado en la habitación del hotel. Decide por tanto esperar allí hasta que llegue el momento de partir hacia el aeropuerto rumbo a España.

—¿Cómo demonios sabía que me encontraría aquí? —continúa Mario tratando de ordenar las ideas de su cabeza—. ¿Qué demonios es esto? —No puede evitar ahora el arqueólogo pronunciar esta frase en voz alta, al tiempo que extrae de uno de los bolsillos traseros de su pantalón un par de folios doblados que incluyen un texto mecanografiado. Y comienza a leer lo que parece ser la confesión del asesino.

—Mi nombre poco importa —dice la carta del “monje”—, aunque a buen seguro que se referirán a mi como “el fraile”. Del mismo modo no es asunto a tratar aquí si soy o no soy clérigo. Lo que sí soy por encima de todo es un buen católico. Así fui educado desde el mismo día en el que nací, en el seno de una familia católica en la que lo más importante era y es conservar intactas las tradiciones propias de nuestra cultura valenciana y española. Debido a ello, cuando descubrí el pergamino, cuyo contenido, a mi entender, es falso, no dudé en tratar de hacerme con él con la intención de estudiarlo concienzudamente y, de ser necesario, destruirlo, tal y como haría un régimen estatal que actuara con corrección, al que le importara el fin y no los medios. Tal y como hubiera ocurrido si la efigie del Caudillo se hubiera perpetuado en el tiempo. No obstante, por desgracia para todos, en este país existe algo execrable que llamamos democracia y vivimos en un Estado laico que impide que estos sencillos actos de ferviente devoción religiosa tengan lugar. Es por ello por lo que aquel buen día en el que accedí a la cripta y descubrí la inscripción sobre el Grial en la tumba no dudé en profanarla nada más tuve la mínima sospecha de que en su interior encontraría alguna obra del Maligno. Y efectivamente, allí hallé el herético pergamino y no vacilé tampoco ni un instante en tratar de llevármelo, como ya he comentado, con la firme convicción de estudiarlo y, finalmente, destruirlo para corregir el mínimo atisbo de desviación de la ortodoxia católica que pudiera ser detectado en él. Pero por desgracia para todos el pergamino se quebró cuando lo cogí y para evitar ser descubierto en aquel lugar y que entonces no pudiera finalizar la tarea que Dios Todopoderoso me había encomendado tuve que partir con premura, aunque, eso sí, estaba dispuesto a regresar a aquel maldito lugar ocurriera lo que ocurriera. Pero por azares del destino apareció también por entonces una losa con la misma inscripción y la misma marca de cantería que yo había hallado en la tumba. Este hecho sin lugar a dudas ponía en serio peligro mi sagrada misión. Por eso concluí que debía actuar con celeridad para hacerme con la losa y con el resto del pergamino. El manuscrito medieval permanecía a salvo en la tumba, oculto a miradas indiscretas, por lo que en primer lugar me decanté por hacerme con la losa. Pero la pesada losa no me la podía llevar y como tenía claro que era imposible admitir su blasfema existencia destruí su inscripción, sin más ¡Nadie fue capaz de leer el mensaje completo de la losa y yo borré antes sus párrafos! ¿Nadie fue capaz de leerlo antes que yo? Y luego se hacen llamar “arqueólogos”... Pero antes de cumplir esta mi primera misión me topé con aquel idiota. Y como no podía aceptar que nadie se interpusiera en mi camino, Dios me dio las fuerzas necesarias para acabar con él.

El segundo objetivo estaba ya listo para ser alcanzado, aunque no es necesario que les cuente demasiado acerca de este intento frustrado para

hacerme con el fragmento inicial del pergamino. Allí, en la cripta, tuvimos el placer de conocernos. Pero ustedes no fueron los únicos entrometidos. Con demasiados de ellos me topé aquel día y los eliminé a casi todos. Ellos mismos eligieron su destino al interponerse entre mi divino menester y yo. Porque todos estáis condenados y todos arderéis en el Infierno. Una vez que estudié la parte final del pergamino que estaba en mi poder llegué a la conclusión de que podría encontrar a mis oponentes entrometidos en Estambul, buscando el pedestal de la estatua del emperador Marciano, y a pesar de que acerté de pleno en cuanto se refiere a encontrar a mi enemigo en aquel lugar, en cambio erré, al igual que mis queridos arqueólogos, en relación con la ubicación exacta del Coloso. Pero subsanar este error ha resultado ser algo bien sencillo, motivo por el cual nos hemos encontrado también en Barletta.

¿Cuál será el próximo lugar de reunión? El jueves, día 30 de octubre, en la catedral de Valencia. Sean buenos católicos y asistan a esa especial *Eucaristía que allí se celebrará en tan marcada fecha. La fiesta de los feligreses valencianos en la que se oficia el servicio religioso haciendo uso de la Sagrada Reliquia: el Santo Cáliz.*

¿Por qué este maldito país sufre una profunda crisis de fe? Los valores tradicionales, que cultivamos en la Fundación, se están perdiendo y ya es hora de que los que por encima de todo tenemos fe en Jesucristo reaccionemos y luchemos contra aquellos que se nos opongan y que, por lo tanto, portan la marca de la bestia, aquella que les conducirá directamente hacia el Averno. Porque Dios nos dará fuerzas para que los combatamos con mano de hierro y pronto puedan todos ser castigados. Todos deben ser exterminados, al igual que todas sus obras.

El próximo jueves, mientras el arzobispo de Valencia esté realizando la bendición del pan y el vino, acudan con premura a la capilla del Santo Cáliz, pues allí les estaré esperando. Y por favor, sean discretos, no vayan a ser descubiertos. También les ruego que no asistan a la catedral sin los dos fragmentos del pergamino, aquel que me robaron en Estambul y el que se quedó adherido al sepulcro de piedra, pues me pertenecen y deben ser destruidos. A cambio les ofrezco un sacrificio: mi confesión y la admisión de mi culpa en todos los asesinatos y delitos que puedan imputárseme. ¿Les he convencido? Yo creo que sí. Lástima que aquel anciano no siga con vida para contarles que a él también lo convencí para que me contara más cosas sobre su querido nieto, aquel enterrador municipal que fue muy estudioso y que ahora está ayudando a otro arqueólogo a resolver unas escrituras epigráficas en latín, lengua en la que es todo un experto, que hablan sobre el Cáliz de Cristo. Esas fueron sus palabras textuales ¡Deberían haberle dicho que no merodeara por los alrededores del monasterio de El Puig y que no le contara

*su vida y la de su propia familia al primer desconocido con el que se topara!
El viejo demostró saber demasiadas cosas y... lo demás ya es historia...
¡Arriba España!*

Mario permanece inmóvil tras acabar de leer el escrito. El único movimiento que puede percibirse en él son las abundantes lágrimas que brotan de sus grandes ojos. Lleva sollozando desde que leyó en la carta manuscrita la palabra “anciano”. Ha sido un golpe muy duro para él recordar que su abuelo fue cruelmente asesinado por el maniaco con el que se acaba de topar.

Finalmente, Mario logra recomponerse un poco.

—¡Qué hijo de puta, me ha metido esta carta en el bolsillo y no me he enterado! —vocifera el arqueólogo—. ¡Por eso decía que podía facilitarnos en la catedral más información sobre lo del Grial además de este pequeño anticipo!

Después de la traumática experiencia de su nuevo encuentro con el asesino, Mario opta por no volver a salir de su habitación y, dado que no tiene nada mejor que hacer, decide que durante el resto del día practicará su catalán medieval leyendo una edición de bolsillo que porta entre su equipaje, traducida también al catalán actual, del *Llibre dels Feyts*, es decir, la crónica del rey Jaime I el Conquistador. Al día siguiente, martes 28 de octubre, continúa con esta tarea, en la cual se mete de lleno, motivo por el que sus horas finales de estancia en Barletta no se le hacen excesivamente largas.

Mañana del miércoles 29 de octubre de 2014

Mario abandona su hotel temprano y se sube a un taxi que le espera en la puerta. Durante el trayecto hasta el aeropuerto de Bari el arqueólogo es incapaz de disfrutar del paisaje que le brinda la región de Apulia, pues el preocupado viajero anda más pendiente por detectar cualquier presencia extraña que de cualquier otra cosa. Su mayor temor es en esos momentos volverse a encontrar con el psicópata que asesinó a su abuelo, que vaya subido en un vehículo y pueda seguirle hasta el aeropuerto. Sin lugar a dudas, sus dos repentinas apariciones en Estambul y en Barletta, lugares en los que surgió aparentemente de la nada, han inducido a Mario a padecer una especie de manía persecutoria. El sepulturero no puede llegar a percibir toda la belleza del sur de Italia en su más pura esencia, aunque en condiciones normales sería capaz de quedarse ensimismado con el más común de los paisajes, urbanos o naturales, entornos que a la mayoría de la gente ni tan siquiera llamarían la atención lo más mínimo. En consecuencia, mientras el taxi avanza entre las áridas llanuras características del “tacón” de Italia, ocupadas por esa seca vegetación arbustiva que crece al abrigo proporcionado por los montes Apeninos y por las aguas tranquilas y azules del pequeño mar Adriático, la mente de Mario no logra procesar la información visual que el nervio óptico le envía. La razón es que su cerebro permanece ocupado al cien por cien en un obsesivo pensamiento: zafarse de manera definitiva del acoso del “mercedario”. No es de extrañar que cuando concluye este estresante trayecto por carretera entre el centro de la ciudad de Barletta y el aeropuerto de Bari, el rostro de angustia del arqueólogo parezca haber desaparecido. No obstante, Mario Tejedor solamente se siente totalmente seguro, al menos por el momento, cuando, sin mayores contratiempos, se encuentra por fin embarcando en su vuelo con dirección a Madrid.

Son las 13:15 horas y Javier permanece tirado en la cama de la caseta propiedad de Juan Tejedor, dormido y con la televisión en funcionamiento. Varios golpes y una voz en la puerta no logran despertarle, motivo por el cual, finalmente, puede escucharse una llave que gira el mecanismo de la cerradura y entonces Mario aparece en la estancia. Va directo al televisor, lo apaga, y a continuación abre sin ningún cuidado la persiana de una de las ventanas. Este ruidoso acto tiene al parecer el efecto buscado por Mario, es decir, logra despertar a su colega.

—¡Mierda, me vas a dejar ciego! —exclama Javier.

—¡Ya será menos, la “invidencia” te viene a ti desde hace ya unas cuantas horas, creo! —responde Mario frunciendo el ceño—. Venga, levanta, si es que puedes, porque tenemos mucho de qué hablar.

Y mientras Mario inicia una detallada narración de sus peripecias durante su

productiva estancia en Barletta, Javier va despertando y despejándose con la ayuda de varios cafés. No obstante, cuando llega su turno de palabra para describir a Mario el contenido del segundo fragmento del pergamino medieval, Javier aún se tambalea en la silla, le tiemblan bastante las manos, motivo por el cual considera que para serenarse debe servirse un vaso de vino y sólo entonces comienza a hablar ante su sorprendido amigo que, boquiabierto, no es capaz de articular palabra.

De esta forma transcurren las horas en la pequeña caseta. Mario y Javier han comido allí mismo lo primero que han encontrado mientras participaban de la abastecida tertulia. Una vez alcanzada la noche, en torno a las veintiuna horas, cuando los dos arqueólogos han expuesto más que de sobra sus respectivas experiencias vividas durante los días que han estado separados, el sepulturero sentencia:

—Veamos, con los datos que hemos puesto sobre la mesa podemos realizar la siguiente reconstrucción de los hechos. En primer lugar, nuestro sospechoso un buen día se cuela en la cripta del monasterio, cuya entrada no se encontraba bloqueada, como sabemos, por una losa falcada, y descubre una inscripción en latín, en uno de los sepulcros allí localizados, que dice algo sobre el Santo Grial —a esas alturas de la noche un muy bebido Javier no alcanza más que a mover los ojos, los cuales tiene ya medio cerrados, para mostrar su aprobación a Mario, y es incapaz de realizar comentario alguno al respecto, motivo por el cual el sepulturero continúa con su monólogo—. El sujeto en cuestión, que en principio llegué a pensar que podría tratarse de una persona interesada en el ocultismo y el esoterismo, pero ahora descarto ya esa opción, es sin duda, como declara en su carta, un ferviente católico, además de falangista, perteneciente a “la Fundación”, como nos indica, e ignoramos si es miembro de algún otro colectivo ultraconservador y ultracatólico o si pertenece a alguna hermandad o cofradía relacionada con la actividad religiosa de la diócesis de Valencia. Casi con toda seguridad podemos desestimar que se trate de un clérigo, aún a pesar de que sabemos que ha utilizado vestiduras monásticas: luego entraremos con mayor detalle en este asunto. Nuestro “fraile”, es, a su vez, un personaje culto, pues conoce una lengua muerta, el latín, y una lengua romance medieval, el catalán primigenio, así como es presumible que tenga nociones bastante respetables de historia y arqueología. Fíjate que a mí mismo me cuesta horrores leer textos medievales en catalán ¡Pero estoy practicando con el *Llibre dels Feyts* para mejorar!

Javier no puede evitar reírse a carcajadas, al tiempo que se sirve otro vaso de vino. Mario continúa entonces con su recapitulación.

—Debido a todo ello, no duda en abrir la tumba cuando descubre la inscripción que hay grabada en la piedra y dentro encuentra un antiguo pergamino enrollado. Comienza a desenvolverlo y en la parte final del mismo alcanza a leer sus últimos párrafos, en los que se indica que el Cáliz de la catedral de Valencia es falso. En esos momentos, probablemente bastante excitado al ver cómo uno de sus dogmas queda seriamente dañado, trata de llevarse el manuscrito, pero éste se le rompe. Finalmente,

al parecer ya muy nervioso, decide abandonar el lugar con el fragmento arrancado como “trofeo”, ante la posibilidad, como nos transmite en su carta, de ser descubierto *in fraganti*. Para evitar dejar rastro de su presencia en la cripta antes de salir huyendo trata de colocar todo en su mismo lugar, aunque como tú y yo sabemos, le costó bastante, ya que dañó la piedra del sepulcro, que finalmente se nos partió a nosotros. Muy probablemente antes de salir del monasterio cayera en la cuenta de que como en algún momento debería regresar con alguna herramienta para liberar del sepulcro el resto del pergamino, sería interesante robar también un hábito de fraile mercedario para poder circular por allí sin levantar tantas sospechas.

Javier, como si el alcohol le proporcionara las energías que le faltaban, alcanza ya a asentir con la cabeza, mientras su amigo continúa con sus hipótesis.

—La cuestión es que en el monasterio, como bien nos indicó la guía, notaron que alguien se había colado por allí, y a pesar de que no echaron nada en falta prefirieron precintar la cripta, aunque como “las cosas de palacio van despacio” tardaron bastante en ejecutar esto, como bien sabemos. En medio de todo este embrollo sale en prensa el anuncio del descubrimiento de la losa del siglo xv procedente de la excavación arqueológica que tú diriges, en el que se indica que hay en ella una inscripción muy deteriorada que cuenta algo sobre la Copa de Cristo. Se publican, además, imágenes de esta losa, en varios medios de comunicación, de forma que el asesino reconoce en dicha piedra la misma marca de cantería y el mismo texto hallados en el sepulcro. Insisto, a mi juicio el asesino es muy inteligente, por lo que es probable que al leer en el pergamino que el Grial de Valencia es falso descubriera también este mensaje oculto en la tumba, concretamente “la Copa falsa es”, y pensara que lo más probable es que la losa hallada en la excavación porte también este encriptado anuncio. El asesino tiene desde entonces como objetivo destruir el fragmento de pergamino que tiene en su poder, el pedazo que se le quedó adherido a la tumba, la inscripción del propio sepulcro y el grabado de la losa localizada en la excavación arqueología, aunque este último prácticamente no sea legible. Es por ello por lo que un buen día se viste de fraile y trata de acceder a la cripta del monasterio, aunque sin éxito. Y ante la imposibilidad de llegar de nuevo a la tumba del caballero debió pensar que no sería mala opción ocuparse en primer lugar de la piedra deteriorada encontrada por tu equipo de trabajo. Debido a esto marcha vestido de monje hacia la excavación de El Puig, se deshace del guardia de seguridad y a continuación daña la losa aún más de lo que ya estaba, de forma que según todo un experto en estas cuestiones como es el doctor don Javier Claramunt, el texto que contenía no podrá conocerse al completo. Pasan los días y al fin nuestro sospechoso logra colarse de nuevo en la cripta, otra vez vestido de mercedario, tal y como pudimos comprobar aquel día. Pero con tan mala suerte para él que nos encuentra allí dentro. Antes de revelar su presencia ante nosotros, asesina al operario que estaba encargado de precintar la cripta, nos encierra en el subsuelo y creo que luego se topa con la guía, a la que también “cose” a puñaladas. Las dos víctimas debieron

“molestarle” a la hora de conseguir sus propósitos de aquella jornada. Una vez que el asesino mató a estos dos pobres inocentes debió encontrar la zona despejada por lo que con nosotros atrapados en el subsuelo, sin posibilidad de escapar, se tomó su tiempo para esconder los cadáveres y para “jugar” con un pequeño y afilado objeto punzante con el que se ensañó con los cuerpos haciéndoles los “dibujos” de las *senyeras* que pudimos observar y a partir de los cuales llegamos a la conclusión de que se trata de un trastornado. Es más, este hecho demuestra que este maniaco forzosamente ha debido de poder llegar a leer al menos una parte del pergamino y descubrir en él su vinculación con las historias de la Corona de Aragón y Occitania. Horas después, el sujeto en cuestión vuelve a la cripta, recuerda que tuvimos mucho tiempo para leer el primer fragmento del pergamino, nos permite salir y cuando nos lo encontramos en la superficie nos hace descender de nuevo a punta de pistola.

—¡Extraordinario! —vocifera Javier.

Mario sonrío y prosigue, lanzado como está, para finalizar su exposición verbal.

—Pero finalmente el “mercedario” abandona el lugar y le perdemos la pista, probablemente porque detecta por allí alguna presencia adicional, a parte de la nuestra, o porque algo le asusta. Salimos de la cripta, hallamos los cadáveres y entran en escena los dos pistoleros que casi nos fríen a tiros. Y aquí tenemos tres posibles hipótesis. En primer lugar, podría ser que alguien más tuviera conocimiento del misterio del Grial y, en competición con el “fraile” y con nosotros mismos, anduviera tras su pista. En segundo lugar, podría ser, a su vez, que los dos individuos trajeados sean “compañeros” del asesino, aunque de ser así ¿dónde estaba el “monje” en esos momentos? Eso no acabaría de encajar. En tercer lugar, para mí la hipótesis que va cobrando más cuerpo, es probable que los dos sujetos sean policías que acudieron alertados por alguien y que el hecho de pillarte a ti corriendo pergamino en mano, con un *cutter* y con las manos y la ropa manchadas de sangre, a la par que me vieron a mí junto a los cadáveres, haya dado pie a que seas el principal sospechoso de los cuatro asesinatos cometidos hasta la fecha y yo, a quien no han podido poner aún nombre, sea tu cómplice. Pasan los días y no tenemos noticias del asesino, hasta que estando yo en Estambul, el tipo debió merodear por los alrededores del clausurado monasterio de El Puig y se encontraría allí con mi abuelo. Como ya sabes, el bueno de Juan no era capaz de callarse ni debajo del agua o de permanecer quieto ni un solo segundo, motivo por el cual, debió estar cotilleando por la zona, para ver si descubría algo nuevo. El caso es que, sea como sea, hubo de conversar más de la cuenta con el asesino, que por allí también andaba. Creo que fue por ello, y no por sus conocimientos en arqueología como alardea en la carta que me dio, por lo que supo que me encontraría en Estambul, en la columna de Marciano, y para allí se fue, dispuesto a destruir la nueva inscripción del cantero y con la esperanza de poder arrebatarme el fragmento de pergamino que estaba a salvo en la caseta de mi abuelo. No pienso que supiera esto por el pergamino, pues su mitad creo que no dice nada sobre la estatua del emperador Marciano. En la antigua Constantinopla nos

encontramos, perdió allí “su” fragmento de pergamino y yo comprobé que no hay en la columna bizantina ningún grabado de Pedro de Pertusa. Tal y como deduje, la pista buena estaba en Barletta, conclusión a la que él también llegó, lo que nos demuestra que aunque sea un fanfarrón es en realidad una persona con una mente prodigiosa. Ya sabemos qué pasó en Barletta, pero desconocemos si ha destruido también la inscripción del cantero que había en el pedestal del Coloso, aunque eso ahora nos trae sin cuidado, pero a buen seguro que entraba también dentro de sus planes, pues su “divina misión” se resume, básicamente, en destruir todo aquello que pueda revelar que el Santo Cáliz es falso: tanto objetos como personas. Esto último nos pone en un serio peligro a la hora de enfrentarnos a él. Nos ha propuesto un trueque, su confesión a cambio del pergamino completo, pero no debemos fiarnos. Lo único que nos queda es dirigirnos a la policía y contárselo todo.

—¡Pero no tenemos coartada! —Casi grita Javier, hasta el momento prácticamente callado y cuyos únicos movimientos realizados durante el monólogo de Mario han tenido como objeto continuar emborrachándose—. Somos los únicos sospechosos de los delitos de expolio, atentado contra el patrimonio histórico y cuádruple asesinato. Tengo o tenemos relación con todas las víctimas, y/o estaba o estábamos en el lugar de los crímenes cuando estos se produjeron —con estos comentarios Javier demuestra una cordura excepcional para alguien en su estado de embriaguez, sobre todo si además consideramos que lleva ya muchos días sometido a un aislamiento cuasi absoluto—. Ahora es ya demasiado tarde para acudir a la policía. Puede que el ritmo vertiginoso con el que se han ido desarrollando los acontecimientos no nos haya brindado esta oportunidad, pero si en algún momento la tuvimos, insisto, ya es demasiado tarde.

—Tranquilo —responde Mario—, no acudiremos todavía a la policía. Te propongo que esperemos para ver qué ocurre en la catedral mañana, seamos pacientes porque seguro que este maniaco, u otros miembros de su hipotética organización, si es que no actúa sólo, irrumpe en el lugar y “la lía parda”. Es capaz de aprovechar que el Cáliz saldrá de su capilla para robarlo o vete tú a saber qué. Seguro que sin que nosotros hagamos nada previamente, él mismo nos aporta la clave mañana para acudir a la policía con fehacientes pruebas de que somos inocentes. Seamos pacientes y esperemos aquí con la televisión encendida.

—¡Vete a la mierda, me voy a dormir, bastantes tonterías he escuchado ya por hoy! —Se irrita Javier, quien inmediatamente da un buen trago a la botella casi vacía de vino y se tira en el que durante las últimas semanas ha sido su lecho.

—Buenas noches, yo también estoy cansado —responde Mario, que no puede evitar sentirse muy ofendido con el que considera su amigo.

Javier no contesta, en su lugar se levanta a por otra botella, la última de alcohol que queda en la despensa, de *cognac* auténtico en esta ocasión, licor que Juan reservaba para una ocasión especial. Paralelamente, el sepulturero sale por la puerta de la caseta.

Mañana del jueves 30 de octubre de 2014

Es el último jueves del mes de octubre, motivo por el cual, como cada año, tendrá lugar la celebración de la Fiesta Anual del Santo Cáliz en la catedral de Valencia.

Javier Claramunt se ha levantado muy temprano, como acostumbraba a hacer cuando no era un proscrito. El arqueólogo dedica todo el día a repasar los dos fragmentos del pergamino del siglo xv. No obstante, aunque parece más despejado que en los días anteriores, no deja de beber hasta agotar la botella de *cognac* empezada la noche anterior.

En cambio su colega, Mario Tejedor, es más de dormir y precisamente hoy parece que se le han “pegado las sábanas” como nunca. El viaje de retorno desde Italia le ha dejado agotado y por eso es por lo que se hace necesario que den las doce de la mañana para que comience a dar vueltas en la cama tras más de diez horas durmiendo sin moverse apenas. Al cabo de una media hora practicando esta especie de “danza”, Mario acaba finalmente levantándose. Y el caso es que le ha venido bien dormir tanto, y no sólo para beneficiarse de tan necesario descanso, ya que también le ha servido para dejar pasar las horas de una mañana en la que no tenía en mente hacer nada. El sepulturero se encuentra todavía de vacaciones y sin su quehacer diario en el cementerio municipal, una vez que, al mismo tiempo, considera finalizados sus viajes y su investigación relacionados con el Grial, ahora ya no sabe exactamente en que puede ocuparse a lo largo del día. El caso es que sea como sea entre sus planes no entra en absoluto ir a visitar a Javier, todo un personaje al que tiene en gran estima, pero con el que en esos momentos se siente bastante enfadado por su actitud mostrada la noche anterior. Mario pasa la mayor parte del tiempo repasando sus notas sobre la investigación llevada en relación con el manuscrito del siglo xv hallado en la cripta del monasterio de El Puig, para después acabar escribiendo en su cuaderno la reconstrucción de los hechos realizada ante su colega el día anterior. El objetivo principal de dedicarse a realizar estas tareas no es otro que dejar transcurrir las horas hasta que llegue el final de la tarde, momento en el que tendrá lugar la celebración de la Fiesta del Santo Cáliz, evento en el que intuye que algún acontecimiento extraordinario se producirá. No obstante, aún a pesar de ello, Mario se aplica concienzudamente en desempeñar estos trabajos, de tal forma que, incluso habiéndose levantado tan tarde, cuando se alcanzan las 15:00 se encuentra agotado. Tan cansado está que prefiere no comer nada y en su lugar decide echarse un rato, acotando para ello un tiempo de sólo media hora de siesta. Mientras ha estado atareado con el asunto del Grial ha tenido tiempo de darle vueltas al asunto de su discusión con Javier y ha decidido visitarle antes de que acabe la tarde para evitar que

haga alguna “tontería”. Mario fija por lo tanto esos treinta minutos en su reloj digital, se tumba en la cama e inmediatamente cae en un profundo sueño.

Dan las 18:40 horas y en esos momentos Mario abre un ojo en una habitación que se halla en la más absoluta penumbra. Acto seguido Mario suspira profundamente y se da la vuelta. Tras un par de minutos más consigue abrir el otro ojo, cuyos párpados prácticamente tenía pegados por los efectos de tan reparadora siesta. Es entonces cuando emite un profundo bostezo que proporciona a su cerebro el oxígeno necesario para que comience a reaccionar. Su mente parece que empieza en esos precisos instantes a procesar cierta información relacionada con los estímulos que en él produce el entorno que le rodea, aunque, sin embargo, por el momento Mario únicamente piensa: “tengo hambre”. Y es entonces cuando comienza a salivar de forma abundante. Es normal que esté famélico, pues el día anterior no ha hecho más que “picotear” lo que tenía su abuelo en la despensa, galletas y chocolate, en definitiva, y ni tan siquiera cenó. Es más, tanto se ha afanado en las improvisadas tareas de la “mañana” que solamente lleva en el cuerpo un vaso de leche. El hambre parece imprimir a su cuerpo la fuerza más que suficiente para levantarse, pero justo cuando está en pie, cae en la cuenta de que es ya bastante tarde y entonces un negro presentimiento, tan oscuro como el cuarto en el que se halla, le hace que se olvide totalmente de la merienda y le provoca que en su lugar se vista a toda prisa con las primeras ropas que encuentra. Hecho esto parte de su casa velozmente dispuesto a localizar su coche, que como siempre no recuerda dónde ha aparcado. Finalmente, tras dar dos o tres vueltas a pie por los alrededores del portal de su apartamento, llavero en mano y sin dejar de pulsar el icono de “abrir puerta” en el botón de la llave del vehículo, su vista alcanza a divisar unas luces intermitentes de color naranja. Mario por fin reconoce su coche, se coloca al volante del mismo y parte de forma inmediata, a una velocidad considerable, en dirección este, es decir, directo hacia el mar. Tras sólo dos minutos de conducción su vehículo se desvía de la carretera principal que une el núcleo urbano de Massamagrell con su playa y toma un camino rural que, finalmente, le conduce hasta la caseta en la que su abuelo pasó la mayor parte del tiempo de los últimos años de vida disfrutando. Mario prácticamente abre la puerta del coche en marcha, deja el vehículo mal aparcado y sin tan siquiera cerrarlo, con la llave de la caseta en la mano, abre de forma inmediata la entrada de la vivienda. Con las prisas no ha tenido siquiera tiempo de golpear a la puerta ni de identificarse a través de su voz, como acostumbra a hacer cuando intuye que alguien ocupa este lugar, aunque, no obstante, es muy consciente de que nadie debe de haber ya allí. Y sus peores temores son revelados cuando puede observar que Javier no está presente. Es entonces cuando, como si de un loco se tratara, no para de dar vueltas por el reducido perímetro de la caseta. Con ello consigue percatarse que no sólo, como sospechaba, Javier no se encuentra en el lugar, sino que, lo que es peor, los dos fragmentos del pergamino tampoco están, al igual que el revólver que su abuelo solía guardar en el cajón de la mesita de noche, junto a la cama. Mientras Mario continúa

girando por la estancia sin ningún sentido, su mente permanece estática, hasta que al fin logra autodesbloquearse y es entonces cuando el cuerpo del arqueólogo consigue canalizar toda la energía que posee para salir corriendo hacia su coche, presto a partir de aquel lugar donde ya no hay nada que hacer. Mario alcanza a cerrar la caseta dando un portazo, movimiento brusco que provoca que se le caigan las llaves antes de que pueda introducirlas en la cerradura. Finalmente, muy nervioso, decide que lo que hay en el interior de la caseta apenas tiene valor, por lo que no cierra con llave la puerta ni tampoco recoge del suelo el llavero. Tras este percance Mario sube por fin a su coche, lo arranca, sin ni tan siquiera esperar el tiempo necesario que se recomienda en la mayoría de los vehículos con motor *diésel*, y parte a toda velocidad hacia la entrada de la V-21, autovía que toma en sentido a Valencia. De esta forma Mario conduce hasta llegar al centro de la ciudad, sin dejar de mirar constantemente el reloj.

—Tengo tiempo, aún tengo tiempo —no para de repetirse a sí mismo.

Paralelamente, en la catedral ha dado comienzo a las diecinueve horas todo el boato de la fiesta del Cáliz de la Última Cena. La reliquia ha ido en procesión desde la capilla, en la que normalmente está depositada, hasta el ábside, atravesando para ello la catedral longitudinalmente. Una vez que el Santo Grial llega en su relicario al altar mayor, el arzobispo da inicio al pertinente sermón, que parece ser escuchado con sumo interés por parte de todos los presentes, ubicados de forma mayoritaria en la nave central del templo, cientos de feligreses entre los que se encuentran los miembros de la Hermandad y de la Cofradía del Santo Cáliz, individuos pertenecientes a la nobleza y al pueblo llano, respectivamente.

Oculto entre esta muchedumbre se halla un Javier Claramunt para el que la misa está resultando ser soporífera, y da además la impresión de no tener fin. Esto contrasta de manera flagrante con lo que parece pensar el “asesino del Grial”, anónimo personaje que, al igual que Javier, allí pasa inadvertido entre los numerosos devotos presentes y para quien la homilía debe de resultar ser un auténtico “placer para los oídos”. De esta forma, tras transcurrir un cierto tiempo que para Javier se hace eterno, mientras que para el “mercedario” resulta ser incluso escaso, parece faltar poco ya para que se inicie la bendición de la Sagrada Copa, momento en el que Mario irrumpe lentamente y con sumo sigilo en la escena, no sin antes haber dejado su coche en una zona de estacionamiento prohibido, en la plaza de la Reina, para, acto seguido, acceder a la *ecclesia major* por su puerta barroca. Poco a poco, Mario trata de abrirse paso entre la muchedumbre, siguiendo prácticamente el mismo recorrido emprendido por el Grial en la procesión celebrada minutos antes, con su mirada yendo de izquierda a derecha, y de delante a atrás, a la desesperada búsqueda de dos personas muy concretas. Pero esto se antoja misión imposible para el sencillo sepulturero, pues es como si tratara de encontrar una aguja en un pajar. Con la paciencia ya prácticamente agotada como consecuencia de su momentáneo fracaso, aunque sin que por esto deje de guardar en todo momento las formas y no muestre a los demás su extremado nerviosismo, Mario se aleja poco a poco del centro de la

catedral, dado que parece haber hallado la fórmula para localizar a los hombres que busca: Javier Claramunt y el asesino de El Puig.

Antes de emprender la marcha, Mario dirige su mirada hacia la puerta de acceso por la que ha entrado al templo y según pueden divisar sus ojos el camino hacia su objetivo se encuentra, por suerte para él, bastante despejado, dado que éste se localiza en el extremo más alejado del lugar donde transcurre todavía la acción del evento religioso, es decir, en el altar mayor. Cuando el arqueólogo, con suma tranquilidad, pero con paso firme y decidido, alcanza la altura de la entrada conocida como *portal dels ferros*, gira hacia su izquierda dirigiéndose entonces directamente hacia la capilla del Santo Cáliz, lugar al que deberá regresar en breve el Grial y donde, a su vez, acabarán acudiendo estos dos sujetos que sospecha anhelan tener entre sus manos la supuesta reliquia. A punto está ya de arribar a dicha capilla gótica cuando una serie de violentos sonidos le llaman poderosamente la atención y provocan que se detenga de forma inmediata. En esos momentos, instintivamente su cabeza gira para dirigir su mirada hacia las proximidades del altar mayor, lugar de donde parece proceder el ruido. Y es entonces cuando, para su sorpresa, a medio camino entre él y el ábside de la catedral puede divisar a varios prelados caídos en el suelo, a la vez que la muchedumbre comienza a gritar muy alterada, y en un visto y no visto un sujeto veloz, vestido con una sotana, alcanza la posición de Mario con algo entre sus manos: ¡el Santo Grial!

Casi no tiene tiempo el inmóvil Mario para asimilar lo que está viendo, al igual que les debe de ocurrir al resto de los allí presentes, cuando una fuerte detonación tiene lugar en la puerta gótica, la entrada principal al templo, la “puerta de los Apóstoles”, donde tiene lugar el célebre Tribunal de las Aguas cada jueves a las doce en punto. Los gritos y lamentos de la multitud resultan entonces atronadores y ello junto con la gran cantidad de sangre derramada parece aportar la confusión que el ladrón de la reliquia precisa para continuar su alocada carrera sin que nadie se interponga en su camino, de manera que muy pronto supera a Mario y este último, incapaz de reaccionar, solamente alcanza a observar cómo tan rápido “sacerdote” se introduce finalmente en la capilla del Santo Cáliz con su preciado botín entre las manos.

Apenas transcurren unos segundos más, tiempo que no resulta suficiente para que el sepulturero haya llegado ni tan siquiera a mover ni un pie, cuando se produce una segunda explosión, que en esta ocasión parece proceder de las proximidades de la puerta románica del templo, la “puerta de la almoina”, la entrada a la catedral que se sitúa en el extremo opuesto de la puerta gótica. Y entonces Mario queda ya completamente paralizado por el miedo, un estado emocional que invade a todos los allí presentes y que siembra el caos dentro de la sede arzobispal de la capital del Turia.

No obstante, en el interior de la catedral parece haber una persona que, sorprendentemente, presenta en esos trágicos momentos la suficiente cordura como

para reaccionar de forma racional. Es entonces cuando el sujeto en cuestión coge a Mario fuertemente por el brazo.

—¡Corre Mario, entremos en la capilla antes de que pueda ser demasiado tarde!
—grita el individuo.

Mario, prácticamente sin energías, parece dejarse llevar por esa fuerza misteriosa que le arrastra al interior del lugar donde habitualmente se conserva el Santo Cáliz y, casi al mismo tiempo que descubre que quien tira de su brazo no es otro que Javier, puede observar que allí parece esperarles pacientemente aquel sacerdote que hace sólo unos instantes corría como un endemoniado. Para sorpresa de los dos arqueólogos, el individuo en cuestión no es otro que el asesino del abuelo de Mario. En esa estancia gótica permanece aquél, con un semblante muy tranquilo, sosteniendo con ambas manos el Santo Grial, recipiente que alza en ese mismo momento por encima de su cabeza.

—Tomad y bebed todos de él —dice en esos instantes el asesino— porque éste es el Cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía —y acto seguido bebe un gran sorbo del líquido contenido en la antigua copa.

Pero antes de que llegue a finalizar de tragar aquel brebaje, Javier extrae los dos fragmentos de pergamino y un revólver de su abrigo y apunta, con mano muy temblorosa, hacia tan extraño sujeto.

—¡Se acabó el juego fraile! Entrégame el Cáliz —vocifera un Javier muy alterado.

Es entonces cuando el supuesto sacerdote ríe a carcajadas, resbalándole por la comisura de los labios buena parte del líquido que aún contiene su boca.

—Se les acaba el tiempo, arqueólogos míos —comenta repleto de sadismo, nada más deja de reír—. En cuanto se aclare un poco todo el lío que hay ahí fuera, la policía no tardará en entrar. ¿Saben que van a pensar que han sido ustedes? ¡No tienen coartada, son los asesinos de cuatro personas, de otras tantas más que habrán caído con esas explosiones, y son además ladrones de tumbas y de antigüedades! ¿Quieren esta “reliquia”? ¡Pero si saben perfectamente qué es falsa! ¡Mis “rojillos” amigos! ¿Han visto de pronto ustedes la Luz y quieren beber también de la Copa? No se preocupen, que yo les sirvo.

En esos momentos introduce la mano en su sotana, a lo que Javier responde muy nervioso, con la voz entrecortada:

—¡Basta ya de trucos, quieto o disparo!

Y en un visto y no visto el supuesto sacerdote extrae una petaca metálica de licor, cuyo contenido vierte en el Grial y acaba apoyando en uno de los bancos de la capilla que hay a su lado.

Justo entonces tiene lugar una nueva explosión, muy próxima esta vez, concretamente en la puerta barroca. Javier y Mario, sorprendidos por el estallido,

permanecen inmóviles, sin saber exactamente qué hacer o cómo actuar.

—¿Han podido escuchar? —comenta el “asesino del Grial”, esbozando una amplia sonrisa que, a todas luces delata el grave trastorno mental que debe de padecer—. ¡Este año, los que organizamos la Fiesta del Santo Cáliz de la Última Cena hemos tirado la casa por la ventana e incluimos en el programa fuegos artificiales! En fin, ¿han traído lo mío? Yo tengo aquí mi declaración firmada, de puño y letra, no como la que le entregué en Barletta —el psicópata en esos momentos mira fijamente a Mario—, que no tiene valor alguno, anónima y mecanografiada.

El asesino vuelve a introducir sus manos en la sotana, Javier no deja de apuntarle con el arma de fuego y roza nervioso su gatillo. Finalmente, el maniaco extrae unos folios doblados, junto a un paquete de tabaco.

—No teman, tomen ustedes, tomen —dice estirando el brazo derecho con los folios en la mano, mientras se enciende un cigarro con un mechero *Zippo*.

—¿Fuman? —comenta entonces, pero nadie responde.

Una vez que el asesino le da varias caladas a su cigarrillo, sin guardar el encendedor, recoge de nuevo el Grial. Javier parece ahora algo más confiado y saca de su abrigo los dos rollos de pergamino.

—Veamos, yo voy armado y usted no —dice Javier—. Somos dos y usted sólo uno —en esos momentos gira la mirada hacia su colega, Mario, pero éste, que continúa petrificado, aún no es capaz de articular palabra—. Tenemos, además. —Javier continúa entonces su conversación con el supuesto sacerdote—, los dos fragmentos del pergamino, que podrían proporcionarnos ya buena parte de la coartada. Entrégueme usted primero la carta y el Grial y luego ya veremos.

Javier se aproxima lentamente al asesino, extiende el brazo derecho y recoge la carta.

—¡Ahora el Grial, dímelo inmediatamente! —grita muy nervioso el director del yacimiento arqueológico de El Puig.

—Tranquilo —responde el asesino, sujetando con ambas manos el Santo Cáliz lleno de líquido.

El arqueólogo extiende de nuevo su mano derecha, esperando recibir la Copa, al tiempo que sujeta penosamente los fragmentos de pergamino, medio desenrollados, así como la carta de confesión del asesino, soportando todo ello entre la mano izquierda y el tronco. Pero en lugar de ser entregado el Grial, el asesino se lo lanza con fuerza, de forma que su contenido moja tanto a Javier como a los objetos que porta. El Santo Cáliz cae entonces violentamente al suelo, su vaso de ágata acaba desprendido del resto de la copa y queda dividido en varios fragmentos. En esos momentos, ya nada ni nadie puede ocultar que el contenido líquido del Grial desprende un fuerte olor a disolvente, aunque, antes de que alguno de los dos arqueólogos pueda reaccionar el asesino lanza su mechero encendido sobre Javier y de forma inmediata arden tanto el pergamino como su abrigo. Javier arroja al suelo los rollos de piel de cabra envueltos en llamas, así como los folios doblados

entregados por el supuesto cura, y a duras penas logra quitarse el abrigo, sin llegar a soltar ni un sólo instante la pistola que empuña. Se ha librado por poco de padecer lesiones más graves, pero las heridas que tiene en sus extremidades superiores son muy dolorosas, motivo por el cual no puede dejar de jadear y resoplar sonoramente.

El asesino ríe entonces a carcajadas y, de su boca, cuyas comisuras se hallan rodeadas de espumajos, pronto vuelven a salir hirientes palabras.

—Les dije que arderían todos en el Infierno. No se preocupe tanto, que no morirá usted hoy aquí. También les dije que estaba dispuesto a realizar un sacrificio personal: mi vida a cambio de salvar el Secreto —el asesino del Grial continúa vociferando, con el rostro prácticamente desencajado por una constante y descomunal sonrisa—. ¡Deje de quejarse por Dios, que no ha sido para tanto! Ni el puñetero viejo gritó así de fuerte cuando deslicé mi cuchillo sobre su garganta. Lo hice suavemente, así me causa más placer matar rojos. Yo he preparado mi alma y estoy dispuesto, ha llegado mi hora. Puede usted consumir su venganza.

Javier, que continúa con la respiración entrecortada como consecuencia de los nervios y el dolor de sus lesiones, le apunta de nuevo con firmeza con el revólver.

—¡No, no le hagas caso, no dispaes, pretende que le mates, ha dicho que se sacrifica a cambio de salvaguardar el secreto! —Es entonces cuando Mario, por fin, logra reaccionar y pronuncia, gritando, sus primeras palabras desde que entró a la catedral—. ¡Si le matas no habrá coartada posible, no le hagas caso, te está provocando! ¡Es así como pretende que el secreto del Grial permanezca a salvo!

—¡Lo mejor de todo —dice entonces el asesino, nuevamente riendo a carcajadas— fue ver el miedo en su rostro porque, claro, cuando te degüellan con un pequeño cuchillo, poco afilado, además, tardas bastante en morir y no es poco lo que entonces se debe sufrir!

—No dispaes Javier, por lo que más quieras, llegará la policía en breve y nos detendrá a los tres, pero si no disparas finalmente demostraremos nuestra inocencia —le replica Mario, tratando a su vez, de convencer a Javier—. Tenemos además su declaración firmada. No te preocupes por el perga...

Pero no puede acabar la frase porque cinco disparos seguidos salen del arma que empuña Javier y acaban casi en el acto con la vida del asesino, cuyo cuerpo cae pesadamente al suelo rodeado por un amplio charco de sangre.

Javier corre entonces, como si se hubiera vuelto loco, a recoger los fragmentos del Grial y cuando ya ha reunido varios de los más grandes gritan con entusiasmo.

—¡Pertusa, Pertusa! ¡Falso, falso! ¡El Grial cátaru es el único y verdadero Cáliz de Cristo!

Mario mira los restos del pergamino, casi por completo destruido, cerca de los cuales divisa la carta que el asesino entregó a Javier, y que, por suerte, aunque está algo mojada de disolvente, se ha salvado de la quema. Rápidamente, el sepulturero la recoge del suelo, desdobra los folios que la componen con sumo cuidado para evitar que se rompan y, para su sorpresa, descubre que contienen únicamente rezos del

Rosario y que, por lo tanto, no incluyen declaración firmada alguna del asesino. Entonces, Mario, instintivamente gira la cabeza hacia la puerta de entrada de la capilla, momento justo en el que varios agentes de policía irrumpen en la estancia, armas reglamentarias en mano.

—¡Al suelo, al suelo, tire el arma! —grita uno de los policías.

Mario y Javier acceden a lo que les solicitan a punta de pistola.

—¡Inocente, soy inocente, así lo dice el Santo Grial! —vocifera mientras permanece tumbado boca abajo un Javier Claramunt ya totalmente fuera de sí, con la voz entrecortada por una sonora carcajada digna de un lunático sin cura posible.

FIN



CRISTINA DURÁN y DAVID BARRERAS, nacidos en Ferrol y París, respectivamente, son licenciados, ella en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, él en Tecnología de Alimentos por la Universidad Politécnica de Valencia. David es además ingeniero en Industrias Alimentarias, aunque, no obstante, ha podido dedicarse desde 2007 a lo que es su gran pasión: la historia. Si Cristina se ha especializado en historia antigua, David lo ha hecho en historia medieval. Han colaborado conjuntamente en distintos proyectos de historia, en varios de los cuales se encuentra muy presente el periodo de transición que se sitúa entre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Son coautores de cuatro libros (*Breve historia de los cátaros*, por ejemplo, o *Breve historia del feudalismo*) y varios artículos, para la escritura de los cuales han aprovechado sus numerosos viajes por buena parte del ámbito mediterráneo.